

# MÍSTICA NATURAL

Pasado & Presente



Guadalupe Cuahonte-García

Primera Edición:

Caracas, diciembre, 2019

Mística Natural. Pasado & Presente, 2019

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal N° MI2019000383

Registro de Propiedad Intelectual SC 1909041838629

Montaje, Diseño y Diagramación para versión digital:

Guadalupe Cuahonte-García

[www.misticannatural.com](http://www.misticannatural.com)

Revisión y corrección:

Antonietta Fanelli

Deniser Osorio

Derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por  
cualquier medio, sin autorización escrita  
del autor.

Para mi hijo, Onías.  
Tú eres mi sol, mi luna y mis estrellas.

## PREFACIO

Eiris se encontraba sentada en postura de loto sobre una piedra, con las manos descansando sobre sus rodillas; junto a una encantadora cascada que le regalaba un sonido tranquilizador a sus pensamientos.

Sus párpados estaban completamente abiertos y los globos de sus ojos en blanco. Una brisa la rodeaba en forma de espiral provocando el vuelo de hojas y pequeñas florecillas, al tiempo que sus rubios y brillantes cabellos danzaban con el viento.

El crujir de una rama interrumpió su trance, deteniendo la brisa y alertando sus sentidos. Sebastián se acercaba.

—¡Relájate! Transmites tu frustración a kilómetros de distancia —dijo la chica con su dulce voz.

—Me cuesta evitarlo. Frustración es exactamente la emoción que me domina en estos momentos —respondió seriamente el atractivo joven de ojos verdes, mientras se sentaba junto a Eiris, y le entregaba unos pergaminos que ella le había solicitado con anterioridad.

—Te aconsejo que trates de ocupar el tiempo en asuntos más prioritarios, y dejes de buscar explicaciones.

—¿Te parece que estas lagunas mentales no son un asunto prioritario? No es normal que no recuerde períodos de tiempo. No tiene sentido —replicó Sebastián frotándose los ojos.

—Todos esos momentos están relacionados con Luna, ¿cierto? Puede ser que le estés dando un significado equivocado a esa falta de recuerdos. Los períodos que no puedes recapitular, ocurrieron en esos meses en los cuales el gen mágico estaba luchando por despertar, en ese tiempo que compartiste con ella antes de invocar los cuatro elementos. Puede ser un efecto causado por ese poder nuevo y extraordinario. No tiene que ser algo grave o preocupante —dijo Eiris con un tono tranquilizante.

—Es difícil no sentirme afectado por ello. Es una condición inconcebible para nuestra especie; no existe nada que no recordemos. Tengo la sensación como si de repente me faltara una pierna, y no supiera por qué o dónde la perdí —porfió su hermano apoyando su rostro entre sus manos, se sentía agotado.

—Te entiendo, pero te recomiendo que te concentres en entrenar y educar a Luna. Lo que se aproxima necesita la máxima preparación posible; luego aparecerán explicaciones del porqué no recuerdas cosas —insistió la chica acariciando los oscuros cabellos de Sebastián.

—De acuerdo —bufó resignado.

Sebastián no tenía ánimos de seguir insistiendo, y estaba cansado de ocupar todo su tiempo libre en la búsqueda de respuestas que no encontraba.

Seguidamente se levantó con rapidez, y antes de desaparecer, le dio un beso a Eiris en la frente.

La chica perdió la mirada en el bosque que la rodeaba, y su rostro fue cambiando gradualmente

hasta mostrar una tristeza profunda, cada línea de su cara reflejaba un dolor intenso. Sacudió la cabeza esperando dispersar sus pensamientos con ese movimiento, e inmediatamente, se desvaneció también.

## Capítulo I. Un Hogar Temporal

—No puedes pretender que me concentre cuando me miras de esa manera, ¡eso me pone nerviosa! —exclamó Luna entre carcajadas.

—Es agradable mirarte —replicó Aidan sonriendo mientras extendía su mano hacia ella seductoramente—; además, me gusta ponerte nerviosa; eso demuestra que causo una reacción en ti.

Luna trató de esquivarlo disimuladamente, utilizó sus manos para quitarse una rama del cabello. Ambos estaban cubiertos de lodo de pies a cabeza, y caminaban bajo la luz del sol a través de una espectacular área natural de rica vegetación. Aidan, pacientemente, esperó que bajara los brazos y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Tú crees que si sigo este ritmo en mi entrenamiento, estaré preparada pronto para unirme a la búsqueda de Pierah? —inquirió la joven en un intento por cambiar el tema. Aunque estaba intentando tener algún tipo de sentimiento romántico hacia Aidan, cualquier manifestación afectuosa de su parte la hacía sentir extraña.

—A este ritmo no; pero estoy seguro de que lo estarás a su debido tiempo —su sonrisa era tan demoleadora como siempre. Sinceramente, el Diáfano era un chico encantador.

Luna se preguntó una vez más qué era lo que le impedía enamorarse de un ser mágico tan fascinante.

—Será estupendo cuando pueda lograr mantener una manifestación mágica por el tiempo suficiente y gastarte una broma como las que me gastas a mí —dijo ella empujando juguetonamente a su acompañante, aprovechando ese movimiento para zafarse de la mano de él.

Ambos rieron con ganas, recordando momentos pasados. Habían transcurrido casi dos meses desde que Luna había despertado sus poderes en Costa Rica, y Aidan se esmeraba por distraerla y mantenerla feliz en cada lección mágica, tratando de liberar la mente de La Única de cualquier preocupación que pudiera afectar su paz interior.

Conquistar el corazón de Luna era su meta principal, el Diáfano de los cabellos como el sol estaba convencido de que necesitaba enamorarla profundamente, para que juntos, cumplieran el destino dispuesto por La Leyenda. Los dos eran conscientes de que solo uno de ellos amaba perdidamente al otro, así como los dos sabían que había un interés mutuo en tratar de sentir el mismo amor.

—¿Dónde estamos? —preguntó Luna admirando un cristalino río que descendía sobre grandes piedras, y que simulaban un tobogán zigzagueante permitiendo en cada una de sus curvas la formación de pequeñas pozas; el vapor que emanaba demostraba que el agua que lo conformaba era termal. Árboles verdes, brillantes y frondosos adornaban los alrededores.

No se cansaba de cada panorama nuevo que contemplaba, la naturaleza tenía muchos regalos que ofrecerle y ella quería disfrutarlos todos.

—En el Parque Nacional Shiretoko, al norte de Japón.

Aidan no quiso desperdiciar la oportunidad de acercarse a Luna mientras estaba distraída disfrutando la vista del paisaje que los envolvía. Con su acostumbrada delicadeza, posó sus manos en la cintura de la chica rodeándola para colocarse frente a ella, y utilizando esa mirada que sabía que la ponía nerviosa, la inmovilizó estrechándola suavemente contra su cuerpo, y cuando tuvo los brazos cubriendo su espalda, acercó los labios lentamente hacia los de su acompañante.

Una vez más, Luna se encontró en una situación donde sentía que no podía escapar. No le desagradaban los besos de Aidan, sus labios eran suaves y de cierta manera, adictivos; y aunque los momentos previos al beso le incomodaban, al sentir el contacto de la boca del Diáfano sobre la suya, el sentimiento cambiaba a una familiaridad desorientadora.

Sin una explicación aparente, esos labios mágicos le señalaban algo en su mente que parecía bloqueado, sentía un deseo por repetir una experiencia que la hizo feliz en algún momento, pero no sabía cuándo, cómo, ni dónde había ocurrido.

Los besos de Aidan disparaban una alarma en su cabeza que le indicaba que había extraviado unas emociones que debía recuperar, y en contradicción, también le despertaban una sensación que le gritaba que el deslumbrante chico de los cabellos dorados no era el amor de su vida.

Toda la situación era confusa y tentadora.

Precavida, y permitiéndose sentir algo más, Luna rodeó el cuello de Aidan con sus manos, olvidando que cualquier gesto tan pequeño como este, siempre provocaba una desmedida reacción en él.

Con todas las fuerzas de su voluntad, Aidan contuvo las ganas de besarla con más pasión de lo que normalmente hacía, debido a que sabía de antemano, que cualquier exceso en sus demostraciones afectuosas, asustaban a Luna y lograban que ella se retrajera.

La chica accedió a que Aidan jugueteara con la piel cubierta de barro de su cuello y de su espalda; los labios, ansiosos, le besaban tiernamente. La sensación interesante y seductora provocada por el contacto de su boca, permitió que el momento se alargara hasta que él dirigió sus besos hacia las mejillas y la quijada de ella, justo bajo su oreja.

—Necesito una ducha urgentemente —dijo Luna fingiendo un tono casual, dirigió su mirada hacia sus brazos para verlos llenos de lodo; Aidan actuó como si ella no hubiera dicho nada.

—Te amo —declaró Aidan sin soltar su abrazo. Ella levantó sus ojos hacia él, y le regaló una tímida sonrisa. El Diáfano le sonrió de vuelta agregando—: una sonrisa es respuesta suficiente por ahora. Una sonrisa es una buena señal.

Con las mejillas sonrojadas, Luna apartó a Aidan lentamente.

Este era otro momento que le incomodaba: las declaraciones de amor del fantástico chico de los ojos azules, por lo menos, ya no lo rechazaba enfáticamente. Estaba esforzándose por corresponder ese sentimiento tan profundo.

—¿Estamos en Japón entonces?, ¿cuál es el plan para hoy? —interrogó Luna cambiando el tema

drásticamente, como si el beso no hubiera ocurrido.

—Ya verás, es una sorpresa —respondió Aidan con picardía continuando la marcha a su lado, y se apresuró a cambiar el curso de la conversación para comentarle algo que necesitaba hablar con ella—. Esta tarde tengo que reunirme con unos miembros del Consejo, están preocupados por nuestras acciones relacionadas con la búsqueda de Pierah...

—¿Preocupados?, ¿qué quieres decir?, ¿por qué les preocupa que estén buscando a Pierah, si fue secuestrada por Vidar? —interrumpió Luna sorprendida, deteniéndose en seco.

—Ese es el punto. El Consejo considera que Pierah no fue secuestrada, ella está con Vidar por voluntad propia...

—¿Es que acaso se han vuelto locos?, ¡es obvio que Pierah fue engañada por Vidar!, ¡fue compelida a verlo con otra apariencia física! —interrumpió de nuevo Luna, ahora se encontraba indignada—. ¡No puedes permitir que arruinen la búsqueda porque no quieran aceptar la verdad!

—Luna, escúchame —replicó Aidan pacientemente—. Entiende que de cierta manera tiene validez su punto de vista —la joven abrió la boca de nuevo con la intención de interrumpirlo, pero Aidan no se lo permitió acercándose rápidamente a ella, y tomando su rostro con las manos agregó—: tú sabes que Pierah ha ido a visitar brevemente a tu mamá en un par de ocasiones, que Caressa ha tratado de razonar con ella, que hemos montado guardia para capturarla, y hacerla entender a la fuerza que está siendo manipulada, que cuando hay alguno de nosotros cerca, ella no aparece, que tu madre nos ha exigido que nos alejemos y así verla sin interrupciones. Sabes que Pierah no quiere volver. Lo sabes.

Luna apartó las manos de Aidan violentamente, y lo miró con resentimiento.

—¡Es una niña!, ¡yo sí sé todas esas cosas!, ¡pero ella no sabe lo que está haciendo!, ¡alguien tiene que actuar al respecto!, ¡alguien tiene que salvarla! ¿Van a desistir en recuperarla? ¡Dime la verdad!, porque si es así, yo misma la voy a buscar, ¡no me importan las consecuencias! —exclamó Luna con vehemencia.

—Preciosa —susurró Aidan acercándose de nuevo a ella. Su actitud apaciguadora surtía efecto en la chica, pero no lo suficiente para calmarla por completo—, por supuesto que voy a negociar lo más que pueda, debo demostrarle al Consejo que nuestros esfuerzos en localizar a Pierah no afectan tu entrenamiento, ni nuestras labores para descubrir los planes de los Sombríos —suavemente retiró un mechón que cubría una de las mejillas coloradas de Luna por la indignación, y con dulzura, comenzó a acariciar el rostro enlodado con las yemas de sus dedos—. Sé que no es fácil para ti aceptar que el Gran Consejo Mágico tiene un punto de vista válido, y te repito, lo tienen; y eso no quiere decir que esté de acuerdo con ellos, la situación de tu hermana es algo que te agobia y que quiero solventar. Tu felicidad es fundamental para mí; sin embargo, debes entender que no importa cuánto trabajemos en recuperarla, si ella no quiere volver, si ella no quiere reconocer la realidad del engaño en el que se encuentra, es inútil cualquier acción que tomemos para que regrese.

Luna levantó la mirada para fijarla en los ojos de Aidan, sus palabras eran muy ciertas.



Sí, eran ciertas, pero también muy dolorosas, no importaba cuán equivocada estuviera Pierah, ni su edad y ni inexperiencia; la conocía muy bien; si su hermanita creía estar enamorada de Vidar, no iba a surtir efecto ningún argumento para convencerla de regresar a casa.

Tenía que encontrarla ella misma, advertirle la verdad, decirle que intentaban asesinarla, que los Sombríos quieren usarla como instrumento para sus planes llenos de odio y resentimiento, era necesario recordarle quiénes eran su familia, cuáles eran sus valores, y cómo fue educada y por quién.

Pensó en su padre, y lo que hubiera sentido si estuviera vivo y presenciara el comportamiento de Pierah.

No, si Roald estuviera vivo, esto nunca hubiera pasado, su hermanita estaría ahora bajo la protección de sus padres, y probablemente, ella no hubiera decidido despertar sus poderes y llevaría una vida normal.

Las lágrimas inundaron los ojos de Luna todavía fijos en el rostro de Aidan, y un llanto silencioso y contenido le siguió, su cabeza cayó sobre el hombro del chico. Él la abrazó con fuerza, acariciando la espalda de la joven en un intento por consolarla.

Aidan sintió el estado de ánimo de ella, era evidente que estaba agotada física y mentalmente, llevaba días de entrenamiento intenso y poco descanso. Sombríos errantes, cazadores desalmados, intentaban rastrear su paradero para eliminarla, todo por la posibilidad de congraciarse con los líderes de la nigromancia, persuadidos por la idea de que sus planes iban a tener éxito, convirtiéndolos en gobernadores del planeta.

Debido a esto, se habían visto obligados a trasladarla continuamente de un lugar a otro, en algunas ocasiones, hasta siete veces al día; en unas oportunidades tuvieron que despertarla a mitad de la noche, y otras, estuvieron cerca de lograr su cometido.

Últimamente sus acercamientos habían disminuido, Sebastián se había encargado de encontrar soluciones y aportar estrategias para mantener a Luna a salvo. En consecuencia, Caressa y sus hijas tenían seis semanas que no veían a la chica. Muy pocos conocían su paradero, y a pesar de eso, quien acompañara a La Única debía esquivar a los Sombríos errabundos, y ocultar sus rastros por medio de varias técnicas.

Una de estas técnicas era que no se teletransportaban cerca de Luna, sino que lo hacían a una distancia segura y luego caminaban, frecuentemente se tomaban dos o tres horas en llegar a ella; esporádicamente era ella la que debía caminar por horas.

Faltaban unos minutos para que alcanzaran su próximo destino, y Aidan deseó que Sebastián hubiera tenido éxito en su nueva estrategia y lograra ocultar el paradero de Luna, un plan que le permitiera tener un algo de estabilidad, y le ofreciera algún tipo de paz.

Unas semanas pudieran parecer poco para cualquiera, pero con el estilo de vida que estaba llevando Luna, era como si hubiera vivido varios años, largos y tediosos; y ya le afectaba.

Aidan utilizó sus dedos cariñosamente para colocar el rostro de Luna frente a él, y apoyando sus

manos en el cuello de ella, delicadamente besó sus lágrimas tratando de calmar su corazón intranquilo, susurrando le dijo:

—Vamos a conseguir una solución, puede que te parezca improbable que todo mejore, pero confía en mí; tienes muchos seres que te quieren, y juntos, vamos a lograr que seas feliz de nuevo, pronto te veré poderosa y triunfante, enamorada y dueña de tu destino.

Nuevamente sus labios se acercaron a los de ella, la besó suavemente rodeando la espalda de Luna con sus brazos por segunda vez, la chica se dejó llevar por unos momentos, la familiaridad de esa boca mágica distrajo su mente llevándole de nuevo a esa sensación de cercanía, hacia algo que la esperaba, un amor que quería ser encontrado.

Inconscientemente, Luna se vio movilizada hasta un árbol que se encontraba a dos pasos de ellos, poco se percató de que Aidan la apoyaba contra el tronco para presionar su cuerpo con el de ella; su vulnerabilidad dio permiso a que buscara consuelo en los labios del príncipe Guarnat, y él estaba a punto de soltar las riendas de su pasión contenida, y besarla con locura.

Aidan comenzó a mostrar sutiles señas de descontrol, y ella reaccionó abriendo los ojos. Despegó sus labios y lo abrazó ocultando su rostro en el cuello de él. Poco a poco lo alejó para tener la oportunidad de separar su espalda del árbol que permitía que el Diáfano apoyara todo su cuerpo sobre Luna.

—Discúlpame, no he debido alterarme. Sé que debo controlar mis emociones para poder canalizar mis poderes —admitió Luna avergonzada, obligando a su mente a no pensar en los avances que estaba logrando Aidan sobre ella.

—No tienes por qué disculparte —replicó el chico sonriendo—, es normal que necesites desahogarte de vez en cuando, es bueno para tu alma hacerlo.

—¿A dónde vamos entonces? —preguntó Luna dirigiéndose hacia la misma dirección donde se estaban encaminando anteriormente.

—Falta poco, ya vamos a llegar —contestó él tomándola de nuevo de la mano para seguir andando junto a ella.

Un silencio reinó entre ellos. Mientras Luna se concentraba en los sonidos de la naturaleza, ya que todavía no se acostumbraba a esa agudeza de los sentidos, mansamente se dejó guiar por Aidan hacia las espesuras del bosque que cercaba el transparente caudal de aguas termales, hasta que llegaron a un claro unos minutos después.

La chica observó maravillada el panorama delante de sus ojos: un tranquilo lago reflejaba el cielo, a los lejos se veían verdes montañas que asombraban por su belleza; los árboles no se quedaban atrás, el aroma fresco la hizo sonreír. Frente a ella, al otro lado de la laguna, le pareció distinguir una residencia típica de las poblaciones Guarnats, agudizó la vista y se confió de esta perspicacia que le daban sus nuevos poderes.

Al acercarse más, se dio cuenta que no se había equivocado, camuflada entre la vegetación, se ubicaba una encantadora cabaña y se sorprendió de encontrarla ahí. Volteó su mirada hacia Aidan y él le

regaló una sonrisa; ¿esta sería la sorpresa?, ¿acaso podría tener un alojamiento que le regalara un poco de tranquilidad? Le parecía una eternidad desde la última vez que durmió en algún lugar similar a un hogar.

Llevaba noche tras noche durmiendo oculta en cavernas, ramas de árboles, establos apestosos, grutas heladas detrás de cascadas, o cualquier otro lugar que se creyera inaudito para que La Única descansara. En un par de ocasiones, intentaron quedarse en algún pueblo recóndito alejado de grandes civilizaciones, pero los Sombríos se habían acercado más de lo que a Sebastián y Aidan le parecía aceptable.

Bordearon el lago, y Luna parecía una chiquilla dando pequeños brincos de una piedra a la siguiente, esperanzada con la idea de poder pasar una noche normal, sentir que estaba en su hogar o en casa de unos amigos. Sentirse segura, y no sobresaltada esperando ser despertada por una daga atravesándole el corazón.

Aidan desbordaba alivio, y observaba fijamente a Luna, sorprendiéndose una vez más de la sencillez de su alma. Hace unos minutos, el desconuelo la dominaba, y ahora le satisfacía darse cuenta que ella confiaba en él, y que la simple posibilidad de tener la privacidad de una habitación para dormir, hacía que la chica transpirara puro gozo.

Luna no se percató Aidan se quedó atrás, estaba implícito que esta pequeña estructura de madera, que a lo lejos parecía la unión de varios árboles, era su destino; y si había entendido bien, esto significaba que Sebastián encontró una solución temporal o definitiva para ocultar, o engañar, la presencia de su esencia frente a sus enemigos.

Al atravesar el umbral de entrada, un olor a flores, y una sensación de paz la dominó por completo, la estancia era fresca y deliciosa. Por la decoración rústica y peculiar, supo que la mano de Eiris estuvo involucrada, sobre la mesa de un pequeño juego de comedor, había un arreglo floral, que obviamente fue confeccionado por su madre.

Paseó su mirada hacia todas las direcciones sin saber dónde enfocar la vista primero, supo que a mano derecha había una cocina sin necesidad de verla, tenía esa seguridad, así como también que a la izquierda, junto a una sala de estar, se encontraba un estudio o una biblioteca. Una escalera en espiral llevaba a una segunda planta, donde presumió, se localizaba por lo menos un dormitorio y un cuarto de baño.

No se percató cuando Aidan entró a la casa hasta que lo sintió tomándola por la cintura abrazándola por detrás, el chico encajó su cabeza en el cuello de la chica y besó la piel desnuda de su hombro derecho, ciñendo sus cuerpos y así sentirla más cerca. Luna notó cómo la actitud del Diáfano de los cabellos dorados, indicaba un deseo que ella no estaba dispuesta a saciar por los momentos.

Aunque estaba convencida de que los Guarnats guardaban ciertas interacciones para luego de oficializar las relaciones con su pareja, era consciente de que el chico de la sonrisa encantadora, quería lograr con ella una proximidad más íntima de la que le daban unos inocentes besos.

El crujido de una hoja seca, al parecer causado por unas pisadas, provocó que Luna se sobresaltara, empujara a Aidan, y se volteara hacia la puerta de entrada en posición defensiva. Inmediatamente, Eiris atravesó el portal, cargando entre sus brazos una gran cesta con un impactante lazo de color rojo sangre.

—Tu piel va a agradecer esa mascarilla de barro, pero puede que tu cabeza vaya a sufrir las consecuencias al desenredar tus cabellos —dijo la hermana de Aidan al observar el aspecto de Luna.

—¡Eiris!, ¿cómo estás?, ¡cómo me has hecho falta! —exclamó Luna abriendo sus brazos para abrazarla.

Aidan contempló cómo las chicas demostraban su afecto mutuo, a pesar de que su hermana acababa de interrumpir un momento especial, su presencia siempre le agradaba, se sentía confiado de que le iban a sobrar oportunidades en el futuro para estar a solas con Luna.

—¿Dónde estaban ustedes? —preguntó Galvin al cruzar la puerta de entrada con una caja en sus manos. Este no pudo ocultar su carcajada al ver a su amiga embarrada de pies a cabeza, desde que Luna despertó sus poderes, su mejor amigo había estrechado una fuerte amistad con la hermana de Aidan, y eran prácticamente inseparables.

—En Kaziranga —contestó Aidan refiriéndose al parque nacional ubicado en el estado Assam en India—, quise aprovechar los pantanos para dificultar la levitación de rocas pesadas, y por lo visto, la espesura de su fango pudo más que la concentración de Luna, pensé que habíamos avanzado en ese aspecto.

—¡Lo hiciste a propósito! —exclamó Luna con un dejo de indignación en su voz; estaba segura de que Aidan quería verla salpicada de barro para poder jugar con ella.

—¿Quieres saber lo que te envió tu familia? —interrumpió Eiris señalando la cesta que llevaba en sus brazos mientras se encaminaba hacia la cocina.

—¡Por supuesto! —respondió siguiendo los pasos de la hermosa rubia de ojos celestes.

Luna se emocionó al apreciar la decoración del lugar, era similar al hogar de Aidan en el Parque Nacional Canaima en Venezuela; un aparador rodeado con seis sillas altas en el centro de la habitación, la hizo sentir como en casa. Mientras Eiris iba deshaciendo el lazo rojo, le iba comentando su contenido: las tortas, galletas y panes preparados por su familia, fueron los alimentos que más agradeció.

De pronto una voz erizó su columna vertebral, podía reconocerla donde la oyera: era la de Sebastián. Asomó su cabeza hacia la puerta principal de la cabaña, y lo vio cargando una pecera; curiosamente, se fijó en las singulares criaturas que contenía el agua de mar que danzaba con cada movimiento del Guarnat, y no pudo despegar su mirada hasta que soltó el recipiente en la mesa.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Galvin escépticamente.

—Podría asegurar que sí lo hará —contestó Sebastián con su particular voz carrasposa. Luna volvió a estremecerse, todavía no lograba entender por qué se alteraba tanto con la presencia del portador de los misteriosos ojos verdes.

—¿Esos son los Corrutos? —interrogó Luna, con precaución se acercó a la pecera para observar

mejor a los extraños seres que había traído Sebastián: parecidos a los erizos de mar, estos animalitos de variados colores fosforescentes, seducían a la vista e invitaban a ser tocados.

—Sí, estos son —respondió Aidan aproximándose a ella para posar su mano en la espalda de la chica.

—Esta misma noche empezaremos la prueba —comentó Sebastián.

—Creo que deberían hacerlo gradualmente —opinó Galvin.

—Esa es la idea —dijo Eiris mientras se acercaba al grupo.

Mientras todos conversaban, Luna se perdió en sus pensamientos. La utilización de los Corrutos era la última opción que planificaron para ocultar su esencia mágica; las joyas de supresión funcionaron en aquella época cuando no había despertado sus poderes. Ahora, era distinto, su extraordinario poder era único en el mundo, por lo que se les había dificultado mucho ocultarla, convirtiéndola en blanco fácil.

Con pesar, apoyó las yemas de sus dedos en la base del cuello; unas semanas antes, habían intentado que ella utilizara un supresor de esencia de alta potencia, conjurado por seres mágicos de varias especies, y así no ser localizada: un collar de cuero con una pequeña piedra redonda. Pero no funcionó, al hacer contacto con su piel, la pieza la quemó, y Luna sintió cómo pesadamente perdía las fuerzas. Pocos días después, la herida sanó sin dejar cicatriz, sin embargo, la chica continuó estando vulnerable para ser encontrada.

Observó a Galvin, sonriente y conversador; le aliviaba saber que por ser un humano no tenía que ocultarse para poder compartir con ella; había billones de personas iguales a él, se le hacía fácil pasar desapercibido frente a los Sombríos. De pronto pudo apartar sus recuerdos y prestar atención a lo que decían:

—...no podemos permitir que un Corruto permanezca más de unos cuantos segundos sobre su cuerpo, las consecuencias podrían retrasar irremediamente una pronta mejoría —decía Aidan.

—Sigo opinando que es muy peligroso —comentó Galvin preocupado.

De nuevo, Luna se ensimismó en sus pensamientos, observando con detenimiento las extraordinarias criaturas, sabía que eran una especie mágica que había aparecido en el mundo, como consecuencia de una evolución precipitada causada por la contaminación.

Estos animalitos podían corroer cualquier materia, sus efectos eran más nocivos, que lo que podría producir la combinación de ácido fluorosulfónico, dióxido de azufre y pentafluoruro de antimonio.

La madre naturaleza estaba luchando en contra de los ataques humanos con sus derrames de petróleo y desechos de basura en el océano; eran muy peligrosos y por ahora se encontraban en las aguas más profundas.

Debido a que su digestión podía durar más de un mes, a Sebastián se le había ocurrido que podían colocar varios sobre el cuerpo de Luna, permitiendo que absorbieran buena parte de su piel, músculos y huesos, y con un poco de magia, simular la esencia de la chica. Luego los distribuirían por diferentes partes del mundo, y de esta manera, desorientar a los Sombríos que querían hacerle daño.

Luna tembló ligeramente al imaginarse la escena, varios Corrutos sobre ella corroyendo su cuerpo, seguramente debía ser muy doloroso, y aunque le habían dicho que iban a dormirla, no terminaba de aceptar la idea.

De repente uno de los animalitos intentó subir por las paredes de su prisión; y la joven, que se hallaba bajo una sensación de hipnosis debido a los colores de los Corrutos, con cautela fue acercando su mano para probar cómo se sentiría tocar sus puntas...

—¡No! —gritó Sebastián tomándole la muñeca con fuerza. Por el movimiento de su gesto, Luna vio bajo la larga manga de la camisa del Guarnat, una mancha marrón oscura en su brazo, igual a una quemada mal curada—. ¡No se te ocurra tocarlos!

Luna se sonrojó, sintiéndose reprendida y humillada.

—No creemos que puedas soportar el dolor estando consciente —explicó Eiris tratando de aplacar la situación con su dulce voz—; ¿qué te parece si subimos para que conozcas tu habitación?

—Vamos —respondió Luna fulminando con la mirada a Sebastián. Odiaba sentirse tan pequeña e indefensa frente a él; no sabía cómo lo lograba, pero casi siempre se sentía incómoda ante su presencia.

—Entretanto, yo voy a darme un baño en el lago —comentó Aidan mientras le daba un dulce beso en la mejilla. Dio por entendido que nada había pasado, su hermano solo estaba protegiéndola.

—Te acompaño —secundó Galvin tomando a Sebastián por los hombros para que también se uniera a ellos.

Luna subió las escaleras, con la impresión de que sus orejas se iban a quemar por la ira que sentía. Obviamente, el chico de los misteriosos ojos verdes había probado la teoría de los Corrutos con su cuerpo, ¿qué le hacía pensar que él sí podía soportar el dolor, y ella no?

Al llegar a la planta de arriba, y luego de cruzar la puerta que le indicó la Diáfana, frenó en seco. Un sentimiento de alegría la embargó, al punto que las lágrimas afloraron en sus ojos, cuando notó que el decorado era muy similar al de su habitación en su casa natal. La cama, el escritorio, la biblioteca, todo a su alrededor le recordaba su hogar.

—Tus hermanas ayudaron a diseñar la decoración; no pudieron estar presentes cuando amoblamos el lugar, pero creo que estarían satisfechas con el resultado —explicó Eiris.

—¡Es espléndido!, ¡muchas Gracias! —replicó Luna extasiada.

—Aquí puedes encontrar una gran variedad de libros —continuó explicando la chica de los rubios cabellos al señalarle la biblioteca—, algunos fueron enviados por mi padre, sabes que le encanta coleccionar textos de todas partes del mundo, otros, los enviaron tu madre y tus hermanas.

Luna caminó hacia el mueble, y con sus dedos, fue acariciando los lomos con fascinación.

—Aquí encontrarás ropa para cualquier ocasión, Mafe y Marinka confeccionaron algunas prendas bajo la dirección de Bulan —dijo Eiris abriendo las puertas de un gran ropero, luego se dirigió al escritorio—, y aquí, tienes cuadernos y materiales con los que podrás escribir y dibujar, en caso de que te provoque. Miah propuso que te trajéramos una computadora, y hubiéramos podido conseguir conexión

a la Internet, pero pensamos que no sería buena idea que te mantuvieras comunicada por esos medios con el mundo humano, puede ser contraproducente.

—No te preocupes, probablemente no la hubiera utilizado, creo que mis tiempos libres los voy a ocupar durmiendo —replicó Luna. Por un momento tuvo el impulso de saltar sobre la cama, pero se detuvo al recordar que estaba llena de barro, por fin iba a poder dormir en un lecho limpio, y no quería arruinar su oportunidad.

—Aquí está el cuarto de baño —señaló Eiris caminando hacia la izquierda, donde se ubicaba una habitación de paredes curvadas. Avanzó hasta la puerta y Luna la siguió, al entrar, la humana ahogó un grito de emoción.

Era mucho más espacioso de lo que aparentaba, compuesto principalmente por un lavabo, una ducha y una bañera de grandes proporciones; tales que esta última parecía jacuzzi.

Las tuberías simulaban bambú, y estaban incrustadas en las paredes de madera y piedra, y, al igual que la habitación de Sebastián, las últimas se encontraban cubiertas de pequeñas florecillas y musgo. La ducha tenía unas cadenas que permitían que los conductos, se desplegaran formando unos canales que surtían el agua, el mismo sistema acompañaba la bañera y el lavamanos. Una amplia ventana permitía la entrada de la potente luz del sol.

Los estantes estaban llenos de lociones, sales y perfumes, cuyos olores eran frutales y florales. Luna dirigió sus ojos hacia Eiris, y con la mirada, intentó decirle que quería meterse bajo el agua para quitarse el lodo de encima.

—Halando estas cadenas, podrás desplegar los canales de agua fría y caliente —señaló Eiris abriendo la puerta de vidrio de la ducha—, dependiendo del ángulo que le des a cada uno, equilibrarás la temperatura a tu gusto. Te recomiendo que laves tu cuerpo, y luego me permitas llevar a cabo una prueba para desenredar tus cabellos.

Dichas estas palabras, salió del lugar cerrando la puerta tras ella. Luna se miró en el espejo y casi le dio un ataque, cuando vio sobre su cabeza una espantosa maraña de pelos. Trató de pasar sus dedos entre ellos y sintió un dolor molesto inmediato. Bufó frustrada y se metió en la ducha, luego haló las cadenas y acondicionó los canales hasta que la combinación de temperaturas aclimató el agua de manera refrescante.

En una de las paredes interiores, había un estante con diferentes productos. Empezó a analizarlos y a destapar los geles y lociones para oler sus aromas; intentó descifrar sus orígenes leyendo las etiquetas y lo único que pudo reconocer fueron los símbolos que indicaban que su composición era biodegradable.

Tomó una esponja que se encontraba junto a otros accesorios de cuidado e higiene, y empezó a frotar su piel para remover el lodo. Mientras el agua manchada de marrón por el barro, descendía por su cuerpo, sus recuerdos le llevaron de nuevo a su madre, pensó en las sesiones de fangoterapia que aprendió a realizar cuando ayudaba en la tienda familiar, todas las propiedades nutritivas, de hidratación y limpieza que contiene la tierra.

La tierra, ese elemento bondadoso que permitía la vida de tantos seres en el planeta, madre de las plantas, soporte de todos los entes vivos. Mientras tocaba su cutis pudo notar su suavidad, como brillaba y se veía más sana; y a pesar de que el lodo es utilizado para regenerar las consecuencias de las agresiones ambientales y cosmetológicas de la piel, que causan la contaminación y los productos de belleza que rodean a los humanos, Luna supuso que cualquier afección que pudiera tener, sería orgánica debido al estrés.

Luego de enjabonarse con un gel que desprendía un aroma a rosas, trató de lavarse los cabellos, se le hizo muy difícil, y perdió la paciencia a los cinco minutos. Decidió pedirle ayuda a Eiris. Si ella quería realizar alguna prueba para facilitarle el trabajo, no iba a poner resistencia.

Tomó una bata de baño y salió, sobre la cama, la chica de los cabellos dorados había dispuesto un bañador de dos piezas, una camiseta y un pantalón corto.

—¿Vamos a ir a la playa o algo así? —interrogó Luna mientras tomaba una prenda para comenzar a vestirse.

—No —contestó Eiris acercándose a la humana—, cuando vayamos a poner los Corrutos sobre tu cuerpo, es preferible que haya la mayor cantidad de piel descubierta, para hacerte el menor daño posible.

Luna se sonrojó al imaginarse a Sebastián sobre ella en traje de baño inspeccionándola mientras colocaba los animalitos, prefirió no pensar en eso por los momentos.

—¡Voy a necesitar tu ayuda con mis cabellos! —exclamó la chica mirando a Eiris con gesto suplicante.

—Vamos de nuevo al cuarto baño —replicó Eiris tomando la silla del escritorio para colocarlo junto al lavabo.

Cuando Luna se paró frente a la Diáfana, preguntó:

—¿Qué planes tienes en mente para arreglar este desastre?

—Mírate en el espejo, quiero que intentes desenredarte el cabello sin utilizar las manos...

—¿Cómo pretendes que no utilice las manos? —interrumpió Luna incrédula.

—Pretendo que utilices tus poderes, concéntrate en tus cabellos, en cada hebra, identifica los nudos, imagínalos deshechos: tú puedes —aseguró Eiris.

Luna suspiró resignada, contempló su reflejo en el espejo y trató de concentrarse, identificó los nudos más difíciles recordando cómo se veían sus cabellos desenredados; con sorpresa, comenzó a sentir jalones en su cabeza, y notó que las hebras se movían solas luchando por liberarse de las ataduras que las apresaban. Al cabo de un par de minutos, observó que empeoraba la situación, y que en vez de alisar sus pelos, estaba creando nuevos enredos, por lo que se desesperó casi de inmediato, y desilusionada se sentó en la silla que había dispuesto Eiris.

—No te desesperes —dijo Eiris con ternura—, paulatinamente lograrás avances.

La humana se colocó otra vez frente al espejo, y de nuevo, fueron inútiles sus intentos.

—¡Ayúdame, por favor! —suplicó Luna.



Eiris sonrió pacientemente.

—No sé si podré lograrlo algún día —dijo Luna decepcionada de sí misma mientras se sentaba.

—Tienes el potencial de manejar grandes poderes, pero tú misma te lo impides; permites que las frustraciones te agobien, y controlen la canalización de tus energías.

Luna permaneció en silencio, sabía que la Diáfana tenía toda la razón, entonces se apoyó en el respaldo del asiento permitiendo que las marañas de sus cabellos cayeran sobre la cerámica del lavamanos. Eiris alcanzó una loción limpiadora y masajeó la cabeza de la chica, después de haberla removido con agua, tomó otro envase para vaciar parte de su contenido acondicionador en sus pelos, y así comenzar la labor de desenredo; se sintió tan agradable, que la humana se quedó dormida, a los pocos minutos abrió los ojos y tuvo la sensación de que le habían quitado un peso de encima. Se levantó y observó su reflejo, sus cabellos se encontraban lacios y secos. Casi le llegaban a la cintura, en algún momento debía hacerse un corte antes de que crecieran más.

—Gracias —exclamó Luna con sincero sentimiento.

—Tengo otra propuesta para ti —replicó Eiris—, ¿qué te parecería un baño de inmersión con sales y aceites? Probablemente te relajarían y tendría estupendas cualidades terapéuticas sobre ti.

—¿Tú crees que me ayudaría? —preguntó Luna desconfiada, dudaba que cualquier tratamiento pudiera relajarla.

—En las condiciones adecuadas, por supuesto que te ayudaría —respondió la Diáfana acercándose a la bañera, y movió las cadenas surtidoras de agua para llenarla. Con las manos cerró las cortinas de la ventana y se encontró en una absoluta oscuridad, luego, mágicamente, pequeñas luces distribuidas por todas partes se encendieron, parecían decenas de velitas dispuestas de manera arbitraria en diferentes posiciones, creando un ambiente íntimo y calmante.

Cuando la tina estuvo llena, Eiris abrió diferentes frascos y empezó a rociar sales marinas y de roca, aceites de hierbas y de rosas. La espuma efervescente que produjeron, estimuló en Luna el deseo de sumergirse.

—Creo que todo esto si podrá relajarme —comentó Luna.

—¡Claro que podrá! —exclamó Eiris sonriente—, tengo otro regalo para ti.

Salió hacia el escritorio, trayendo de vuelta una pequeña caja cuadrada.

—Esto te lo envía Aylin.

En la penumbra del baño, la humana abrió el cartón que contenía un cristal plano y rectangular junto a dos pequeñas bolitas de goma, similar a la silicona transparente.

—¿Qué es? —curioseó Luna intrigada.

—Este instrumento tiene las funciones de un reproductor de audio digital portátil.

—¿Un iPod? —preguntó Luna utilizando un término familiar para ella.

—Similar —explicó Eiris—, casi tiene las mismas características, pero es mucho más práctico.

Luna tomó el cristal, y al contacto de su mano, el aparato se encendió, dibujando con luces una

pantalla semejante a la de un iPod. Tenía los botones que permitían activar la música, detenerla, adelantarla, retrocederla; un espacio cuadrado mostraba las funciones de configuración, las canciones, los artistas, las listas de reproducción por géneros musicales, o con nombres escogidos por su hermana: “Amigas”, “Escuela”, “Academia”, “Playa”, “Noches de spa”...

Mientras inspeccionaba el artefacto con sus dedos, tocó el botón de play, y el sonido de las voces de *The Beatles* cantando las líricas de su famosa canción *Because*, invadió al ambiente de una forma agradable, y a un volumen acorde al espacio.

—Estos accesorios hacen la función de audífonos —dijo Eiris tomando el par de bolitas de goma para colocarlas en sus oídos.

Inmediatamente el sonido se enfocó en sus orejas y dejó de sonar en los alrededores, Luna se maravilló y soltó unas carcajadas. Bajó el volumen con sus dedos para escuchar otra indicación de Eiris.

—Puede adherirse a tu cuerpo —comentó tomando el cristal para colocarlo en el dorso del antebrazo de Luna. El frío contacto fue interesante, y pudo sentir el material adaptarse a su piel como si el vidrio fuera manejable tal cual un papel.

—¡Increíble! —exclamó Luna sorprendida mientras se quitaba las pelotitas de las orejas y escuchaba cómo los sonidos volvían a envolver la habitación.

—Aylin recomendó unas canciones en particular que podrían facilitar tu relajación —dijo Eiris agarrando el cristal de nuevo en sus manos para buscar una lista de reproducción llamada: “Tributos de piano”; la cual contenía melodías ejecutadas con este instrumento, sin voces, ni otros acompañamientos, versiones de tonadas compuestas por bandas que Luna adoraba como *Pink Floyd*, *The Cure*, *Coldplay*, *Radiohead*...—. Disfruta el momento, sé que te va a hacer bien.

—Eiris —llamó Luna, tenía la necesidad de confesarle algo.

—Para cargarlo, puedes hacerlo con luz solar o la energía de tu cuerpo —explicó la Diáfana ignorando su llamado; tenía todas las intenciones de distraer a Luna, y que dedicara un poco de su tiempo en librarse de preocupaciones—. Vamos a intentarlo —acto inmediato, con sus manos absorbió toda la carga, apagando las luces del cristal. Luego le entregó el artefacto a Luna—. Concéntrate, traspasa tus energías.

La humana se concentró, intentó imaginarse que era un cargador eléctrico común y corriente: nada ocurrió.

—No te preocupes, pronto lo lograrás —indicó la Diáfana, sujetando de nuevo el artefacto para cargarlo con sus manos. Lo activó y al momento comenzó a reproducirse la canción *Just like Heaven* de *The Cure*, con melodías de piano amenas y complacientes.

—Eiris —insistió Luna, necesitaba sacarse algo del pecho—, no estoy adelantando mucho en mis funciones mágicas; a nivel físico, creo que puedo enfrentarme a lo que sea, debo admitir que a pesar de que no me llevo muy bien con Sebastián, me ha entrenado adecuadamente. Podría combatir con una banda de maleantes armados en estos momentos, y dejarlos a todos inconscientes en cuestión de

minutos sin sufrir ni un rasguño, pero...

—Te digo con toda certeza que no te preocupes —interrumpió la Guarnat—, estamos trabajando en mejorar tus condiciones para cambiar eso. Ocúpate en estos instantes en relajarte y disfrutar el momento, ¿ok?

—Ok —replicó Luna con aprensión, dudaba de que algo pudiera cambiar sus circunstancias prontamente.

Eiris salió del baño, cerrando la puerta de nuevo. Luna se desvistió, recogió sus cabellos y se sumergió en el agua burbujeante, las sales surtieron efecto inmediato y de manera placentera. La Diáfana tenía razón, todo el ambiente permitió que se relajara, y era justo lo que necesitaba.

Dejó de pensar en sus problemas, en su hermana menor, en las insistencias de Aidan, en su incomodidad frente a la presencia de Sebastián. Simplemente dejó de pensar. La música acariciaba sus oídos, y por unos segundos se sintió feliz, optimista, expectante a la posibilidad de una mejoría.

Lo que ocurrió a continuación, lo había experimentado un par de semanas atrás en un momento en que se encontraba sola. Todo a su alrededor se volvió blanco, sabía que no estaba soñando, y que tampoco era una alucinación; simplemente proyectaba una imagen en tres dimensiones, algo que no podía ejecutar voluntariamente. Su mente la producía por su cuenta como si tuviera vida propia.

Se vio rodeada de nieve, pero no tenía frío, debido a que sentía perfectamente el agua tibia sobre su piel. Estaba consciente de que todavía se encontraba sumergida en la bañera, así como que se ubicaba en la cabaña ubicada en Japón a pesar de la visión que la rodeaba, y que mostraba a lo lejos una bahía, un cielo estrellado y una luna llena acompañada de una aurora boreal de tonos verdes, parecía que alguien la esperaba al lado de una colina cubierta del blanco hielo. De pronto se sintió abandonada, vacía, sin esperanzas.

Sacudió sus pensamientos y la visión desapareció; salió de la tina, se secó y vistió con las mismas prendas que dispuso Eiris. El baño de sales había cumplido su función, se sentía mucho más relajada, era evidente que la proyección no le causaba estrés, todo lo contrario, despertaba curiosidad.

La visión era como un recordatorio que no lograba descifrar; y aunque era causante de un gran desconcierto, sentía una confianza de que iba a comprenderlo algún día, algo que no percibía en relación al desarrollo de sus poderes mágicos.

Por una razón ajena a su entendimiento, cuando tuvo esa visión por primera vez, no quiso comentárselo a nadie, ese momento era suyo, era privado. No se sentía libre de hablarlo con otros; esa visión era de su propiedad, y no quería compartirla.

Apagó el aparato de música y bajó las escaleras para encontrarse sola en el interior de la residencia; sus compañeros estaban en las afueras conversando, y el aroma de succulentos alimentos provenientes de la cocina abrió su apetito, eran casi las tres de la tarde y no había almorzado.

Entonces observó la pecera, los Corrutos parecían llamarla. Hipnotizada caminó hasta la mesa, fijando su vista en una criatura en particular que estaba arrastrándose hacia arriba tratando de escapar,

Luna sintió un incontenible deseo por tocarla; e ignorando la advertencia de Sebastián, pensó en que quería averiguar cómo se sentiría contra su piel, por lo que abrió la tapa con cuidado.

En las afueras, Sebastián sintió el peligro y corrió a su encuentro, no obstante, fue demasiado tarde. En el piso yacía Luna desmayada, y junto a su mano quemada, estaba un Corruto carbonizado y todavía humeante.

## Capítulo II. Nuevos Planes, Mismo Maestro

—¿Qué pasó? —preguntó Galvin entrando a la cabaña junto a Aidan y Eiris.

Sebastián cargaba a Luna en sus brazos, y caminaba hacia un sofá de suaves almohadones con la intención de acostarla ahí. Aidan se apresuró a inclinarse sobre ella y sentir su respiración, su hermano se retiró para darle espacio.

—Tocó a un Corruto, y ocurrió justo lo que supuse: su cuerpo no aguantó el dolor y reaccionó a la defensiva —explicó el Guarnat de los hermosos ojos verdes mientras se dirigía a la cocina.

—¿Cómo? —insistió Galvin, hasta donde llegaban sus conocimientos, Luna no había aprendido a canalizar sus poderes de manera efectiva, por eso se preguntó cómo fue posible que matara al Corruto calcinándolo de ese modo.

—Del mismo modo que una persona retira la mano del fuego: un acto reflejo —respondió Eiris sorprendida por la manifestación mágica—. Supongo que el dolor causó una reacción que logró que enfocara su magia interna y se defendió. Pareciera que fue inconsciente, probablemente la energía acumulada en sus intentos de recargar el reproductor de música haya conseguido una salida productiva.

—¿Pero se encuentra bien? —interrogó Galvin.

—Está desmayada, parece que solo se quemó la palma de la mano —explicó Aidan al tiempo que se arrodillaba al lado de la chica para acariciar su rostro.

—¿De verdad creen que este plan va a funcionar? —preguntó Galvin de nuevo, mientras se dirigía a la criatura calcinada en el suelo—, no pareciera que el cuerpo de Luna fuese a soportar el contacto de los Corrutos.

En ese momento, Sebastián regresaba de la cocina con un envase que contenía una espesa loción, que entregó a Aidan en sus manos. Inmediatamente, este empezó a untarla en la mano quemada de Luna, y a practicar movimientos mágicos que facilitarían su sanación.

—La mente de Luna fue la que reaccionó ante el dolor, y le exigió a su cuerpo que se protegiera; por eso el plan es dormirla, poner sus pensamientos en un nivel inconsciente, cubrir su piel con un gel que haga la misma función de un analgésico, y luego de que los Corrutos corroan la cantidad exacta que se necesita, curar las heridas con alguna loción sanadora que agilice su rehabilitación —afirmó Aidan mirando a Eiris y a Sebastián, directamente a los ojos para confirmar sus palabras. Confiaba en sus hermanos ciegamente, pero cuando se trataba de la mujer que amaba, ponía en tela de juicio hasta sus propios instintos.

—Así será —aseguró Eiris con la mirada perdida.

Galvin observó con detenimiento el rostro de la Diáfana, y seguidamente se dirigió al Corruto carbonizado, lo recogió y llevó afuera, invitando con un gesto a la hermana de Aidan para que lo acompañara, pero esta se negó.

Cuando regresó de nuevo al interior de la residencia, se encontró a los tres hermanos con la mirada

fija en la mano de Luna, como si estuvieran analizando su proceso sanador. Al acercarse, notó que la zona afectada estaba prácticamente curada.

Las heridas de Luna sanaban más rápido con el pasar de los días, además los Diáfanos aceleraban el proceso de curación de cada cortada y herida con su magia. En una ocasión, la humana les preguntó por qué no la había ayudado a sanar a ella, y a sus hermanas, con mayor facilidad un par de años atrás cuando fueron atacadas, el Guarnat de los misteriosos ojos verdes le explicó que, por una parte, para ese tiempo, ella no había despertado sus poderes mágicos, y es el gen mágico liberado y su superioridad, lo que colabora a que mejore con esa celeridad; y que por otra, a pesar de que la recuperación de su familia pudo haber sido mucho más rápida, Caressa exigió que tuvieran el menor contacto posible con su mundo, aferrándose a la idea de que sus vidas podían ser como antes.

Galvin observó cómo Sebastián y Eiris se dispersaron por la residencia finiquitando los últimos detalles y así acondicionar la cabaña a las necesidades básicas de Luna, y estas le dieran un sentido de estabilidad. Aidan acercó una poltrona junto a la humana, para sentarse a esperar pacientemente a que despertara.

La tranquilidad de los movimientos de los Diáfanos no concordaba con el estado de ánimo del mejor amigo de Luna. Su condición humana, y la común predisposición a que todo siempre podía salir mal, no le permitía tener la misma confianza en el resultado de estos nuevos planes. Normalmente, él era una persona muy positiva, pero los recientes conocimientos sobre este mundo, habían cambiado su forma de pensar. Era una lucha interna constante: su naturaleza optimista, contra nacientes miedos hacia cualquier posibilidad catastrófica.

Sabía que Sebastián había calculado fríamente, y con objetividad, las medidas que estaban tomando en estos momentos. Por su habilidad con las estrellas, descubrió que durante el mes siguiente, una alineación de planetas iba a permitir que cinco puntos del mundo, fueran óptimos para ser camuflados frente a cualquier ser de la Comunidad Mágica, mediante un hechizo de piedras estratégicamente posicionadas alrededor del lugar.

Todavía no entendía muy bien cómo el Guarnat había descubierto esta novedad, su poder sobre el entendimiento de los cielos se le hacía incomprensible, pero fue justamente esa capacidad la que le dio la idea de los Corrutos, el tiempo de digestión de estos animales, coincidía cercanamente con el tiempo que podían esconder el paradero de Luna.

También sabía que Vidar, con sus conocimientos similares sobre la lectura de las estrellas, podía estar al tanto de estos cinco puntos, por lo que luego de que lograran simular la esencia de Luna con estas criaturas, pretendían ubicar cuatro de ellas en los lugares restantes donde potencialmente podrían ocultarla, pero, ¿no pondrían en evidencia esta quinta locación al no contener rastros de la presencia de la chica? Galvin sintió la necesidad de preguntar respecto a esto.

—Oye, Sebastián, ¿no crees que si Vidar inspecciona los cinco sitios bajo la formación de planetas, se percate que justo en este en particular no hay huellas de Luna?

—La verdad es que la idea de los Corrutos es una noción preventiva que podríamos obviar, pero Sebastián no quiere tomar ningún riesgo. No creemos que Vidar esté detrás de los cazadores, más bien suponemos que ellos están actuando por su cuenta —respondió Aidan—. Además, vamos a escoger una porción de la localidad donde nos ubicamos ahora, para rodearla y colocarle un Corruto dentro de sus límites.

—¿De verdad creen que los Sombríos no están organizados, y hay algunos trabajando por su cuenta?

—La situación nos hace sospechar que la única orden que tienen en común es la de esconderse, y que unos pocos son los que conocen los planes a seguir. Si algún Proter o miembro del Gran Consejo Mágico, captura un Sombrío errante, no hay manera de que confiesen algo que pueda ayudarnos a detener sus propósitos —replicó Aidan. Luego se dirigió a Sebastián y cambió el tema, su debilidad por Luna a veces lo enajenaba de su habitual sosiego, y no quería contagiarse del pesimismo de Galvin—, ¿cuáles piedras optaste para realizar el hechizo de camuflaje?

—Esmeraldas —contestó el Guarnat abriendo la caja que había traído Galvin para revisar si contenía algo que tuviera que ser distribuido dentro de la residencia. Ojeó el interior, volvió a cerrarla y la dejó en el mismo lugar.

El humano fijó la mirada en el cajón, recordando su contenido: cartas, pergaminos y textos de historia sobre la Comunidad Mágica. Eiris, con la colaboración de sus hermanos, estaba investigando a profundidad los poderes de Tratis, el primer elegido por el gen mágico; y hasta ahora, no habían avanzado mucho al respecto, la mayoría de la información recolectada, eran mitos y leyendas infundadas.

La Diáfana pensaba que los historiadores del GCM, encargados de reseñar los acontecimientos mundiales, omitieron muchas de las habilidades mágicas de Tratis debido a su comportamiento vergonzoso; para ellos, debía ser humillante y degradante que un ser humano con tanta capacidad de cometer maldades, tuviera poderes supernaturales.

Galvin pensó que esto era un pensamiento hipócrita, ¿acaso los Sombríos no estaban demostrando tener esa misma capacidad de cometer maldades? La respuesta le llegó inmediatamente: ellos son descendientes de Tratis. Suspiró con impaciencia, sería más fácil ayudar a Luna a crecer mágicamente si supieran con mayor claridad cuáles iban a ser sus habilidades, asumiendo, por supuesto, que serían similares a las del primer elegido.

En ese momento, el humano y Eiris intercambiaron miradas, se habían puesto de acuerdo para que la siguiente conversación se diera. Galvin asintió, y se dirigió a Sebastián:

—¿Cómo van los adelantos de Luna?

—Sus habilidades atléticas son sorprendentes, vamos bien en el aspecto físico.

—A nivel mágico hay ciertas trabas; me parece que su desarrollo no es tan eficaz como quisiéramos, creo que la situación es muy confusa para Luna —intervino Aidan—, sobre todo porque no hemos podido definir sus destrezas con exactitud. Es difícil poder analizarla, está dispersa y desenfocada, a pesar de

que ella misma intenta centrarse.

La actitud del Diáfano era relajadamente confiada, esta situación no lo preocupaba en lo más mínimo, porque el simple hecho de estar junto a ella lo hacía feliz, y creía que su compañía era suficiente para protegerla en todo momento. En el rostro de Sebastián se podía leer lo contrario, le inquietaban estos escasos adelantos, estaba seguro de que la vida de Luna correría peligro si no solucionaban ese aspecto prontamente.

—¿Qué les parece si reorganizamos los horarios de entrenamientos de Luna para que trate de desarrollar sus destrezas de noche? La Leyenda dice que La Única será bendecida por la luna y las estrellas y, puede que ese horario sea un factor a su favor —intercedió Eiris, desviando la mirada de Aidan, este tema podía afectarlo directamente a él, ya que sus inclinaciones amorosas hacia la humana, a veces se interponían en sus razonamientos.

—No creo poder entrenarla de noche, por lo menos no puedo si es en esta zona. Acomodé todo mi itinerario y de esta manera cumplir mis responsabilidades cuando Luna esté durmiendo. El Gran Consejo Mágico no está muy contento de cómo estamos manejando su entrenamiento, y ustedes saben que ellos piensan que lo único que le importa a ella es encontrar a Pierah, y también sabemos qué opinan al respecto. Quizás podamos transportarla en las mañanas hacia occidente, y así estaría disponible para atenderla en horario nocturno —expresó Aidan en tono pensativo.

—¿Pero no habían escogido el continente asiático porque aquí se encuentran las mejores locaciones para practicar hechizos por primera vez? —interrogó Galvin con cautela—. Ustedes me explicaron que la razón por la que escogieron este lugar para camuflar la presencia de Luna, es porque la meta debe ser reunir las condiciones óptimas que logren su evolución mágica, ¿correcto? De tener otra posibilidad, hubiéramos evitado todos estos problemas desde un principio, ubicándola en una aldea Guarnat en occidente cerca de su familia.

A pesar de que el humano estaba consciente de la infalible memoria de Aidan, deseaba que sus pensamientos lo dirigieran a escoger la mejor opción para Luna; el mismo Galvin había propuesto unas semanas antes que ubicaran a su amiga en los confines de una aldea de Diáfanos en oriente, pero ella se negó, porque no quería poner en riesgo la vida de nadie con su presencia, por culpa de sus mediocres avances mágicos.

No estaba seguro si Aidan iba a obviar todas estas razones, debido a su deseo de compartir tiempo con Luna, o si iba a darse cuenta de que era momento de cambiar sus estrategias.

—Luna fue criada en un ambiente humano, donde la rutina y la disciplina son importantes para cualquier crecimiento personal —agregó Eiris; su hermano gemelo sabía esto, pero a ella le pareció pertinente nombrarlo en ese momento, al igual que Galvin, quería ayudar a Aidan a orientar sus decisiones respecto a Luna—; los constantes cambios de horarios de oriente a occidente podrían ser contraproducentes, desorientadores. Ya es suficiente con los extensivos entrenamientos, no hay necesidad de agregarle más presión y situaciones adversas: se encuentra lejos de su hogar, su hermana



está desaparecida, la domina el estrés por el poco avance mágico, se siente presionada porque tiene que formar la fuente de energía nombrada en La Leyenda...

—Quizás puedan intercambiar los entrenamientos, Sebastián encargarse de los mágicos y Aidan de los físicos —propuso Galvin, estaba al tanto de que esto no podía ser una opción viable, por lo que Eiris se apuró en contradecirlo:

—Si le queremos dar a Luna un sentido de estabilidad, ella ya tiene una rutina de entrenamiento con Sebastián a nivel corporal, en el aspecto defensivo y ofensivo, lo ideal es que lo mantengamos de esa manera.

—¿Qué tienes en mente entonces? —preguntó Aidan.

—Intercambiarle el horario por completo —respondió Galvin firmemente dirigiéndose al Guarnat de los cabellos rubios—, que Luna duerma en las mañanas, y que pase la tarde y la noche entrenando con Sebastián intercalando las lecciones, a veces físicas, otras mágicas, y de resto mezcladas. Puede que si él asume todas sus enseñanzas veamos resultados positivos, considerando que tú no puedes en las noches.

—Quizás la familiaridad, y continuidad, sean positivas para Luna —replicó Aidan ensimismado, quería participar en la capacitación de la chica de alguna manera—, tal vez pueda verla a primeras horas de la tarde y enseñarle otros aspectos de la Comunidad Mágica.

—Eso lo podemos ir planificando diariamente, de momento debemos preservar sus horas de sueño y su tiempo de descanso —dijo Eiris con aire casual.

Galvin pensó en lo contradictorio de este pensamiento, es de conocimiento general la importancia de descansar en el transcurso de las noches, su madre constantemente lo regañaba en las épocas vacacionales cuando terminaba el período escolar en el mundo humano. El verano es la época donde se aprovecha vivir de noche y dormir durante el día. Recordaba las palabras de Marian como si se las hubiera dicho el día anterior: los adolescentes necesitan diez horas de sueño para formar defensas y renovar células corporales, además de estimular las hormonas de desarrollo y crecimiento; sobre todo porque algunas de ellas no se producen con la luz del sol. La falta de descanso siempre afecta el rendimiento y la calidad de vida.

La naturaleza no se equivoca, si ha dispuesto horas luminosas y horas oscuras, es por una razón contundente; se necesita tiempo nocturno de baja actividad mientras se duerme para poder estimular la producción de endorfinas, sobre todo con las transformaciones corporales y mentales que sufren todos los jóvenes. No podía calcular la cantidad de cambios que sufría Luna debido al gen mágico, agregando además el cansancio y el estrés de la vida que estaba llevando.

Se tranquilizó pensando en que su amiga no era una persona común, y que favorablemente, contaba con la compañía de seres mágicos de poderes extraordinarios; cualquier función necesaria del sueño reparador, podía ser compensada de manera supernatural. Sí, Luna no era una humana normal, ella tenía una ayuda adicional que evitaría la repercusión de una sustitución de horario.

—¿Tú estás de acuerdo con esto? —preguntó Aidan dirigiéndose a Sebastián.

El Guarnat de los misteriosos ojos verdes se mantenía callado y taciturno, principalmente porque fue el único en darse cuenta del cambio en la respiración de Luna; supo que ella había despertado unos minutos antes y que escuchaba atentamente con los párpados cerrados.

—Estoy conforme con lo que decidan ustedes, cualquier acción que tomemos para acelerar el proceso de desarrollo de Luna me parece apropiado. No tenemos que limitarnos a pensar que hay solo una manera de impartir las lecciones, podemos ir conviniendo los horarios de acuerdo con las responsabilidades, y tiempo, de cada uno de nosotros.

Luna se encontraba incómoda y contrariada, el comportamiento de Sebastián en los últimos dos meses parecía indicar que no le gustaba este cambio de planes, nunca lo veía cerca, a menos que apareciera para una lección o estuviera en peligro. Hubo momentos en que pensó que se estaba sola, y descubría después que era él quien la protegía. Los demás compartían con ella cuando estaban protegiéndola, pero él, le hacía sentir que su compañía no era grata.

Quizás malinterpretaba su estado de ánimo, pero siempre lo veía serio y cabizbajo, y no sabía si se debía a una frustración por sus lentos adelantos, o porque no contaba con su simpatía. Posiblemente para el poderoso Guarnat, ella no era más que una carga pesada sobre sus hombros.

La chica decidió abrir los ojos y moverse, para demostrarle a los demás que había despertado.

—Hola —saludó Aidan posando un dulce beso sobre la mejilla de su amada.

—Hola —dijo Luna, luego dirigió la mirada hacia su mano, una pasta la cubría, pero no sentía ningún dolor—, ¿qué pasó?

El Diáfano de los rubios cabellos se apresuró a explicarle lo que había ocurrido con el contacto del Corruto, y la chica se sorprendió de la reacción que tuvo su cuerpo. En ese instante, los olores que desprendían los alimentos de la cocina volvieron a alborotar su apetito.

—¡Tengo mucha hambre! —exclamó con vehemencia.

—Yo también, ¡me muero del hambre! —replicó Galvin.

Todos, excepto Luna, prepararon la mesa y la comida con la intención de disfrutar de un almuerzo tardío. Aidan le indicó a la chica que no se levantara del sofá, y ella aprovechó las distracciones para llamar la atención de Galvin, le pidió un vaso con agua y azúcar como excusa, y cuando el humano se acercó, le preguntó en susurros:

—¿Le van a imponer a Sebastián que se encargue de toda mi capacitación?

—No es una imposición Luna, todos tenemos el mismo interés: que evoluciones lo más rápido posible para que puedas llevar una vida relativamente tranquila —explicó Galvin.

—No creo que ningún poder mágico pueda proporcionarme una vida tranquila —replicó Luna.

—Pero tendrás las herramientas para defenderte, y estar más libre y segura.

Ella prefirió no comentar más nada; si Sebastián era el indicado para acelerar su desarrollo mágico, tenía que conseguir la manera de aceptarlo; su hermanita y la humanidad dependían de eso. Se erizó al

pensar en esto último, en la importancia de La Única en el futuro de la humanidad, una realidad que todavía le costaba digerir.

Sacudió esos pensamientos, y mantuvo la mirada en la pecera de Corrutos frente a ella, pensó en la sabiduría de la naturaleza y cómo había permitido la existencia de estos seres, colaboradores del equilibrio del medio ambiente, contrarrestando los desastres que se cometían contra los océanos.

Luna recapituló una conversación que sostuvo con Eiris unos días antes sobre la rapidez con la que el mundo mágico evolucionaba en contraposición con el mundo humano. Los hombres, habían tardado milenios en progresar, desde las dificultades de las cavernas hasta las comodidades de hoy en día.

En cambio, los seres elementales se adaptaban prontamente a las evoluciones, y sus poderes se adecuaban a las realidades del planeta, era posible que esta fuera la razón por la cual le tenían tanta paciencia a la humanidad y sus atrocidades; mientras los seres humanos tardaban siglos en comprender sus negligencias o cambiar sus acciones, la Comunidad Mágica ya sabía con anterioridad como prevenir o contener, hasta cierto punto, las consecuencias de la vida actual.

Unos minutos después, comían y conversaban sobre temas de poca importancia para aligerar la tensión y el estrés de Luna, sin embargo, esta no dejaba de pensar en que iba a tener que compartir con Sebastián mucho más tiempo, ¿acaso nadie se daba cuenta de lo mal que se llevaban? Todavía no entendía la razón por la cual era tan difícil la buena convivencia entre ellos, no podía definir el porqué se sentía tan incómoda con su presencia.

Al terminar, entre todos se ocuparon del orden y la limpieza, y un rato después, Galvin, Aidan y Sebastián decidieron recorrer los alrededores y verificar el hechizo de esmeraldas; el Guarnat de los ojos verdes quería mostrar a sus compañeros los confines a los cuales debían atenerse, de manera que se familiarizaran con el espacio que contaban para la protección de Luna.

La humana, por su parte, necesitaba tratar de conseguir alguna alternativa que le permitiera distraerse de la avasallante presencia de Sebastián, así que decidió hablar con Eiris.

—Eiris, ¿no crees que haya otro Diáfano, o Elfo, que pueda colaborar con mi entrenamiento?

—¿Qué quieres decir?

—Ahora que decidieron cambiar mi horario, y que Sebastián se ocupe de todas mis lecciones, ya que Aidan no puede de noche, quizás otro Guarnat pueda —explicó Luna.

—¿Ya sabes del cambio de planes?

—Lo discutí con Galvin —mintió parcialmente la humana. Le dio vergüenza admitir que había pretendido no haberse despertado para escuchar la conversación entre sus amigos.

—Mereces el mejor profesor, y para ti, el mejor es Sebastián.

Luna guardó silencio contrariada, ¿qué le hacía pensar a Eiris que Sebastián era el adecuado? Muchos Diáfanos y Elfos sabían estrategias de combate, y ella estaba dispuesta a aprender de cualquiera de ellos. De pronto se preguntó cómo era posible que los seres de la Comunidad Mágica supieran batallar, si, según lo que había estudiado, después de la firma del tratado, no ocurrió ningún enfrentamiento de

gran magnitud entre los elementales.

—¿Cómo es que ustedes saben pelear y están entrenados para ello?, ¿ha habido alguna guerra después de la de los Tres Emperadores? —interrogó Luna.

—Nos entrenamos por tradición. Antes de firmar el pacto, era común participar en batallas con la finalidad de resolver conflictos entre humanos, sobre todo porque a veces los seres mágicos tomaban bandos, apoyando los ideales que les parecían los más correctos para el planeta. El tratado evitó que nos involucráramos de nuevo de manera bélica con los problemas de la humanidad, sin embargo, continuamos nuestras costumbres y nos preparamos en caso de que sea necesario volver a combatir.

La humana meditó sobre estas palabras, las costumbres le daban cierto sentido a la vida de las personas; prepararse para defenderse de cualquier ataque, formaba parte de los seres mágicos; eso podía significar que ni ellos mismos confiaban en el cumplimiento del tratado. Quizás alguna Visunaris previno, o iba a prevenir, el cómo y cuándo se iba a romper ese acuerdo; tal vez el papel de La Única no se iba a limitar a proteger a los humanos de los planes de los Sombríos sin que se enteraran, a lo mejor más adelante iban a mezclarse los ideales, y la humanidad participaría activamente en una guerra entre razas mágicas y no mágicas.

De nuevo no quiso pensar en eso, mientras no estuviera clara sobre sus poderes, cualquier recuerdo de su identidad como La Única la angustiaba, mejor era enfocarse en las costumbres que permitieran darle un sentido a su existencia. Recordó su vida pasada, cuando no tenía conocimiento de este mundo supernatural, pensó en sus actividades, rutinas y hábitos, la escalada, el bodyboard, la bicicleta, el Yoga...

El Yoga era una de las cosas que más extrañaba, unas tres semanas atrás convenció a Eiris de que la dejara pasar un par de días en Kovalam, un pequeño pueblo pesquero en India donde podía recibir clases de esta disciplina y disfrutar del mar. Todavía no sabían cómo los Sombríos habían envenenado esos dátiles que compró en un mercado local, solo supo que Sebastián había llegado a tiempo para quitárselos de las manos, cuando introducía una de estas frutas en su boca. Esa fue una de las ocasiones en las que el Guarnat de los misteriosos ojos verdes, la estaba resguardando y ella no lo sabía.

—Me gustaría practicar Yoga —dijo Luna de pronto—, bueno, realmente quisiera recibir clases, ¿lo crees posible?

—Yo puedo impartirte unas clases si así lo quieres —contestó Eiris.

—¿No podríamos ubicar algún centro dónde pueda recibirlas? El ambiente en una clase de Yoga es algo que quisiera volver a sentir, un grupo de personas unidas en un mismo lugar, bajo una misma energía.

Luna no se percató cuando Sebastián entró a la residencia, fue el tono de su indiscutible voz lo que la hizo encogerse, como si estuviera escuchando el sonido de unas uñas raspando una pizarra de clases, por lo que trató de disimular su reacción lo mejor que pudo.

—Tú no necesitas practicar Yoga para encontrar un equilibrio entre cuerpo, alma y mente, el gen mágico puede ayudarte a cumplir esa función, solo tienes que permitirselo —dicho esto, Sebastián se

encaminó hacia el piso de arriba, con una maleta que llevaba en sus manos.

La humana no quiso replicar nada sobre este comentario, principalmente, por lo contrariada que se hallaba. De nuevo el Guarnat logró hacerla sentir reprendida, como si fuera una incompetente incapaz de cumplir con sus funciones de La Única, sin contar con lo sorprendida que la dejaron sus palabras: Sebastián casi nunca intervenía en sus conversaciones, el silencio era una de sus principales particularidades, pensó que era posible que él estuviera tan perturbado como ella frente a la posibilidad de compartir más tiempo juntos, no se imaginaba lo difícil que iba a ser sobrellevar todos los días acompañando sus horas activas con él.

Quiso convencerse de que las palabras de Sebastián fueron dichas de buena fe, que solo había querido recordarle quién era, y todo el potencial que tenía para alcanzar grandes cosas, pero fue imposible. Su actitud tensa y discordante le hacía pensar en que él, no quería estar frente a su presencia más de lo que ella quería estar junto a él.

—¿Qué lleva Sebastián en las manos? —interrogó Luna dirigiéndose a Eiris y así cambiar el tema. En el fondo se reprochó haber nombrado las clases de Yoga, porque probablemente parecía una malagradecida; ellos se estaban esforzando para darle una existencia relativamente tranquila, y ella se empeñaba en rememorar rutinas de su vida pasada que podrían complicar su vida presente.

—Es algo así como una cama de masajes, sobre ella te vas a recostar para colocar los Corrutos en tu cuerpo —explicó Eiris.

Luna percibió como un escalofrío recorrió su espina dorsal, la situación era inevitable; tenía que confiar en sus protectores, que el dolor y la recuperación iban a ser ajenos a su consciencia. Se sintió aliviada cuando Aidan y Galvin entraron a la casa riéndose, ya que su presencia siempre le transmitía tranquilidad, inclusive, aunque Sebastián bajó las escaleras para acercarse a ellos.

Eiris le pidió a la chica que la acompañara a la cocina a preparar más lociones y pociones rehabilitadoras. La Diáfana era una excelente maestra también, gracias a eso estaba aprendiendo muchas prácticas sobre medicina mágica. Luna se preguntó qué era lo que impedía que la hermana de Aidan fuera quien se encargara de sus lecciones en vez de Sebastián, pero nuevamente pensó que podía sonar como una ingrata inconforme. Si habían decidido que el Guarnat de los ojos verdes era el indicado para que ella desarrollara sus poderes, debía apoyar sus planes.

De vez en cuando la humana seguía con su mirada los movimientos de Galvin, Aidan y Sebastián, quienes estaban subiendo pequeñas peceras a la habitación. Supuso que estas iban a ser los contenedores para distribuir los Corrutos alrededor del mundo, y en donde serían devueltas al mar en el momento que, según le habían explicado anteriormente, las criaturas terminaran su función.

Los nervios empezaron a atacarla cuando observó cómo transportaban un gran contenedor de agua oceánica, el cual desapareció junto con Sebastián dándole a entender que lo había colocado en el piso de arriba, no quería analizar mucho lo que iba a ocurrir en unos minutos, necesitaba relajarse y creer ciegamente en sus guardianes, su mano completamente curada era una señal de que todo iba a salir

bien.

Al poco rato estaban todos juntos de nuevo en la sala, fácilmente podía palpase la tensión de Luna: de ella provenía una energía que estaba afectando el ambiente.

Pocos percibieron el ligero mareo que estaba dominando a Eiris, cuando dirigió su mirada perdida a la puerta de entrada; inmediatamente Galvin se acercó para tomarla de la mano y guiarla hacia las afueras de la cabaña. Luna, quien no advirtió este intercambio entre su mejor amigo y la Diáfana, fue a la cocina a servirse un vaso de agua bien fría, mientras Aidan le lanzaba una ojeada llena de picardía a Sebastián.

Para él, era obvio que el humano se había enamorado de su hermana, y eso le agradaba; lo que le sorprendía era que los demás no se dieran cuenta, quizás era porque él estaba inevitablemente enamorado de Luna, y se veía reflejado en la mirada de Galvin, cuyo rostro era caracterizado por esos ojos de amor hacia una maravillosa mujer, algo con lo que se sentía identificado.

Luna inhaló una gran cantidad de aire tratando de aportarle algo de tranquilidad a sus agitados pensamientos, sintió la necesidad de salir al exterior, mientras los dos hermanos se dirigieron al piso superior para organizar el equipo que iban a utilizar. Se encontraba inquieta y se preguntaba si se debía a los Corrutos, o a sus próximos días junto a la compañía desestabilizadora de Sebastián.

Una vez afuera, el frío de la noche naciente golpeó su rostro de una forma placentera, pero unos murmullos atrajeron su atención, y de inmediato reconoció la voz de Galvin.

—...a Sebastián le hará bien ocupar gran parte de su tiempo entrenando a Luna. Estando junto a ella, se liberará de pensamientos preocupantes; y estemos claros: es él quien ha evitado que haya sido herida por los Sombríos, o cualquiera de sus secuaces; un enfoque de sus energías puede acelerar su evolución...

La chica se apresuró a entrar de nuevo a la casa pasando desapercibida, había oído una conversación que no estaba destinada a ser escuchada por ella, se percató de que sí se habían dado cuenta de la mala relación que llevaba con el Guarnat de los ojos verdes, y no les parecía importante.

*¿Entonces Sebastián tiene pensamientos preocupantes?, se preguntó Luna, ¿será por mi culpa y mis avances mediocres?, ¿será que la intensidad de todas sus frustraciones, ahora van a caer sobre mí? Si no va a tener suficiente tiempo libre para drenarlas, ¿la va a descargar conmigo en mis entrenamientos? ¡No!, no voy a pensar de esa manera, su actitud cargada de ansiedades, puede motivarme a concentrarme en adelantar mi desarrollo mágico, y liberarme de su compañía lo más pronto posible.*

Aidan bajó las escaleras, y sin pronunciar una palabra se acercó a ella para tomarla por la cintura y halarla hacia él, suavemente la estrechó, cubriéndole la espalda con sus manos, la chica posó su rostro en el pecho del Diáfano, y rompió en sollozos silenciosos.

No quería que la abandonara, deseaba creer que Aidan era la respuesta a todas sus preguntas, que podía ser el consuelo a todos sus pesares, aspiraba convencerse de que sus besos y abrazos podían guiarla hacia un amor que debía encontrar. No entendió la razón de estos sentimientos, pero el Diáfano

le hacía sentir que había caminos disponibles para su felicidad, y que él, con sus atenciones, tenía la posibilidad de mostrarle cuál era su verdadero destino, aunque, contradictoriamente, eso significara que nunca iba a corresponder su inevitable enamoramiento.

¿Por qué tenía estos pensamientos?, ¿por qué pensaba que, aunque intentara una y otra vez, no iba a amar al Diáfano como él la amaba a ella? Sin embargo, algo le indicaba que experimentando una relación romántica con él, podía descubrir un amor poderoso; era perturbadoramente confusa la manera en que estaba en pleno conocimiento de que no iba a enamorarse perdidamente de Aidan, y no obstante, luchaba contra sí misma para obligarse a corresponderle, ¿acaso necesitaba ser amada?

El Diáfano de los cabellos dorados, dulcemente y en silencio, acariciaba con ternura la espalda de Luna, esperando pacientemente que desahogara sus penas con sus lágrimas, le tranquilizaba saber, que ahora estaban tomando todas las medidas que se les ocurrían para darle paz y fuerzas a su amada.

Lentamente, para no sobresaltarla, fue moviendo su rostro acomodando la cabeza de Luna a su gusto; rozó sus labios desde la oreja de la chica hasta su boca, donde comenzó a besarla primero con ternura y, conforme avanzaba, le fue inyectando más pasión con el fin de dar rienda suelta a sus deseos contenidos.

Luna le correspondió durante unos segundos, hasta que el recuerdo de sus acompañantes hizo que se detuviera, algo en su interior le suplicaba que no permitiera que Sebastián los viera, y resolvió ceder a sus instintos. Separó su rostro del de Aidan y le dio un par de besos sutiles en el cuello, lo que produjo que el Diáfano quisiera besarla de nuevo, pero esta vez, ella se lo impidió volteando su mirada hacia Eiris y Galvin que, justo en ese instante, entraban a la residencia.

—¡Llegó el momento! —exclamó Galvin tratando de imprimirle un tono casual a su voz, suponía que Luna estaba angustiada ante la idea de verse cubierta de Corrutos carcomiendo su cuerpo.

—Vamos a subir —dijo Eiris indicándole el camino a Luna.

Galvin y Aidan las siguieron, mientras que Sebastián ya se encontraba arriba, esperándolos, con una sombra en su mirada que Luna no pudo descifrar.

La Diáfana se acercó a una jarra con un líquido naranja, e inmediatamente, por el color, Luna identificó la poción como la misma que tomaba en aquella época en que estaba recuperándose del ataque de Relos.

La humana se obligó a respirar pausadamente para tranquilizarse porque sentía que el corazón se le iba a escapar del pecho por el miedo, y antes de que Eiris le entregara un vaso con el contenido anaranjado, Galvin decidió aliviar la tensión bromeando:

—¿Unas últimas palabras antes de tu siesta?

—No se me ocurre nada —admitió Luna entre risas nerviosas.

—Vas a estar bien —aseguró Aidan tomando la mano de la chica para besar su dorso tiernamente.

—Vamos a empezar esto de una buena vez —ordenó Sebastián con impaciencia. Bruscamente se levantó de la silla y tomó el vaso de la mano de Eiris para acercarse a Luna, causando que la chica diera

un paso hacia atrás asustada.

—Tengo algo para ti —intervino Galvin apaciguando con la mirada al Guarnat de los ojos verdes, se dirigió a Luna extrayendo un par de objetos de sus bolsillos, delgados como un lápiz, similares a unos sonajeros y de color plateado. Al verlos, la chica recordó que Jaegar le había entregado uno de estos artefactos a Bulan cuando pasearon en Londres el año pasado—, uno para ti y otro para mí, si me necesitas, o simplemente quieres hablar conmigo, mueve suavemente el tuyo, y el mío vibrará indicándome que me estás llamando, entonces trataré de venir lo antes posible, ¿ok?

—Ok —acordó Luna tomando el extraño objeto para colocarlo sobre la cama.

—Voy a permanecer a tu lado mientras quedas inconsciente, no creo que nos veamos por un tiempo luego de que despiertes —agregó Eiris—, voy a pasar unos días con las Hadas de Yukón al norte de Canadá, es posible que me puedan ayudar con mis investigaciones sobre Tratis.

—¿Te vas por muchos días? —preguntó Luna con un dejo de preocupación en su voz.

—Lo suficiente para ganarme su confianza, y lograr que me den información que pueda servirme, estas Hadas en particular, son bastante reservadas —replicó la Diáfana.

Aidan notó la tristeza en los ojos de Galvin, por lo que supuso que no la acompañaría en esa jornada.

—Igual trataré de encontrar oportunidades para visitarte —continuó la chica de los cabellos rubios con sus explicaciones—, no creas que no vendré a compartir buenos momentos contigo.

—¿Cómo pretenden agarrar esas cosas sin quemarse las manos? —curioseó Luna, necesitaba aprender a no pensar en situaciones que alteraran su calma, y la ausencia de Eiris era una de ellas.

—Con unos guantes especiales —respondió Aidan presionando levemente la mano de Luna, intentando tranquilizarla con este gesto.

—¿No los pueden levitar? Si son tan corrosivos, ¿no van a traspasar cualquier tipo de material?

—No podemos levitar seres vivos, contamos con la habilidad de teletransportarlos, más no moverlos con telequinesia, es una de esas contradicciones de la naturaleza —explicó Eiris.

Luna caminó hacia la camilla que habían colocado en la habitación, se desvistió hasta quedar con el bañador que había dispuesto Eiris, se sentó y extendió su brazo a Sebastián para que le entregara el vaso con la poción. Luego de que sintió el líquido frío recorrer su garganta, se acostó y cerró los ojos.

—Pronto vendré a visitarte —susurró Aidan inclinándose sobre ella para darle un tierno beso en los labios.

Pocos segundos después, Luna estaba profundamente dormida.

—No quiero estar presente —comentó el Diáfano de hermosos ojos azules dirigiéndose a su hermano.

Todos los presentes se asombraron ante esta declaración, esa manifestación de debilidad no era propia de él, aunque era evidente que Luna causaba grandes estragos en su voluntad, les costaba aceptar que su amor por ella superara el control de sus emociones.

—Había pensado visitar a mis padres esta noche, ¿nos vamos juntos? —le preguntó Galvin a Aidan.



—Por supuesto, voy a aprovechar para conversar unos asuntos con ellos, necesito más ayuda de los Protets si queremos ubicar a los Sombríos que quieren hacerle daño a Luna —replicó Aidan.

Cuando Eiris y Sebastián se encontraron solos, este último sacó unos guantes de sus bolsillos y se los puso. El material había sido encantado por poderosos Elfos, y aunque no funcionaban a la perfección, y podía sentir un poco de dolor a través de la tela mágica, la molestia era soportable, y las criaturas no iban a quemar las palmas de sus manos. La Diáfana tomó una brocha, y el recipiente con la sustancia cremosa que iba a cumplir la función de analgésico, y comenzó a untarla por todo el cuerpo de Luna.

Por un instante, Sebastián posó su mirada en el rostro de la humana, la vacilación embargó sus ojos y no se atrevió a moverse. Eiris guardó silencio durante unos momentos, hasta que se animó a preguntar:

—¿En qué piensas?

—¿Esto es necesario? —replicó el Guarnat de los misteriosos ojos verdes con otra pregunta. Su mirada se mantenía sobre Luna, estaba dudando de sí mismo—, ¿el hechizo de las piedras no es suficiente para protegerla?

Eiris hizo una pausa mientras ordenaba sus pensamientos para poder responderle a su hermano:

—Has invertido tiempo y esfuerzo en conseguir las mejores opciones para proteger a Luna, para ayudarla a avanzar hacia su destino. Utilizar Corrutos es una medida que analizaste y decidiste cuidadosamente; quieras aplicarla o no, te apoyo por completo.

De nuevo el silencio de ambos invadió el ambiente, la respiración de Luna era tranquila, Sebastián contempló cómo el pecho de la humana subía y bajaba, la incertidumbre gobernaba su voluntad en estos momentos.

—¿Temes hacerle daño? —interrogó Eiris.

—Sí —murmuró Sebastián.

La Diáfana caminó hasta la cabecera de la camilla, posó sus dedos medios y anulares sobre las sienes de Luna, y dijo:

—Yo velaré su mente. Si siento alguna alteración o dolor, te aviso inmediatamente.

El Guarnat reunió las fuerzas necesarias para abrir la tapa de la pecera y sujetar un Corruto, lentamente lo posó sobre la cadera de Luna; el humo y olor a carne quemada hizo que Sebastián frunciera el ceño; analizó rápidamente cuánta cantidad de piel, hueso y músculo corroía y lo retiró unos segundos después, entonces colocó el animal en una de las pequeñas peceras y miró a su hermana.

—No sintió nada —afirmó Eiris.

Poco a poco, uno a uno, Sebastián fue posando un Corruto tras otro sobre Luna, y cuando había agujereado más de veinte veces el cuerpo de la humana se detuvo. Se quitó los guantes, tomó otra brocha y el recipiente con la loción rehabilitadora y, con sumo cuidado, esparció parte del contenido en cada una de las heridas. Al terminar, se sentó agotado en la silla del escritorio, entonces comentó:

—Confío en que le tome doce horas recuperarse, luego repito el proceso. Cuando se fracturó el brazo la otra vez, sanó en unas horas, espero que esta vez se cure con la misma rapidez. Esperaré a

tener a todos los Corrutos listos para distribuirlos el mismo día, ¿confirmaste los Proters que van a ayudarme con la distribución?

—Sí —respondió Eiris, le afectaba ver a Sebastián de esta manera, angustiado y perdido en pensamientos insanos, entonces agregó—: ¿Cómo te has sentido?

Sebastián resopló antes de responder:

—No solo la falta de recuerdos es lo que me afecta de esta manera. Advierto un vacío en mi interior, como si algo, o alguien me faltara. Por algún motivo desconocido me siento incompleto.

La Diáfana prefirió no responder, lo mejor era aligerar la conversación.

—¿Ya sabes dónde vas a conseguir los implementos del hechizo que quieres hacer para aumentar los poderes de Luna?

—Creo que sí, todavía me falta escoger el lugar dónde puedo encontrar las mejores rocas o cristales, también tengo que plantearle la idea a Aidan para que sea él quien lo haga —contestó Sebastián.

—Si eres tú quien va a prepararla, y ayudarla, a desarrollar su magia interna, lo lógico es que el hechizo lo hagas tú...

—Eso se puede decidir después, todavía faltan dos semanas para la luna llena —interrumpió el Guarnat contrariado, no quería tener otro motivo que lo uniera mucho más a ella, y este encantamiento iba a lograr precisamente eso. Su presencia perturbaba a la humana, lo sentía en cada uno de sus huesos cuando estaban juntos. De nuevo fijó su mirada en el pecho de la chica y comprobó su respiración.

—¿Estás ayudando a Aidan a organizar los eventos para celebrar el cumpleaños de Luna? —interrogó Eiris con el propósito de despreocupar a su hermano esa noche hablándole de asuntos triviales.

—Un cumpleaños seguro, y libre de lecciones de peleas y magia, ¿cierto?

—Cierto —replicó Eiris.

Sus intentos por distraer a Sebastián en estos momentos eran inútiles. Esperaba que cuando distribuyera los Corrutos y compartiera más tiempo con Luna, la relación entre ambos mejorara, y con ello, su estado de ánimo. Confiaba en que su atormentado hermano había tomado las decisiones correctas para protegerla, así como confiaba en que juntos, podían lograr grandes avances; sus vidas estaban entrelazadas lo quisieran o no.

## Capítulo III. Prueba De Campo

La oscuridad que la rodeaba hizo que Luna dudara de su paradero. Despertó entre sábanas suaves, sin saber cuánto tiempo estuvo inconsciente, aunque supuso que por lo menos transcurrió una semana. A pesar de que su vista no era tan poderosa como la de los Guarnats, a través de la penumbra pudo intuir que, tal y como se había planificado, se encontraba en la habitación que prepararon para ella en el Parque Nacional Shiretoko en Japón.

Caminó en dirección a la ventana, corrió las cortinas y recordó esa costumbre diaria, adquirida en el pasado, cuando al despertar, se asomaba al exterior para contemplar el jardín de su madre. Ahora, se encontraba a miles de kilómetros de su hogar y esa evocación la llenó de melancolía.

El paisaje era magnífico: el patio trasero de este nuevo hogar, era un tupido bosque lleno de abetos, abedules y robles, y a lo lejos, gigantescas montañas verdes se imponían como muros protectores. Para aumentar aún más la belleza del panorama, una tenue neblina brillante, que Luna imaginó que era una lluvia de escarcha, dominaba el ambiente.

Por la intensidad de la luz del alba, supuso que debían ser las cinco de la mañana, y se preguntó si había sido un error de cálculo lo que permitió que se despertara a esa hora. Según lo que habían acordado, durante las primeras horas del día dormiría, y era en las tardes y en las noches que iba a entrenar.

Decidió tomar una ducha. A pesar de que no tenía rastro de las lociones rehabilitadoras, le provocaba sentir el agua recorriendo su cuerpo y terminar de espabilarse. Entró en el cuarto de baño y también corrió las cortinas de la ventana ubicada en su interior, luego encendió las luces para ver mejor. Contempló su imagen en el espejo buscando alguna cicatriz como consecuencia de los Corrutos, notando que, además de no tener ninguna, su piel parecía más sana que antes, brillante y tersa.

Se duchó y luego se vistió con pantalón largo y camiseta deportiva. Al bajar, supo inmediatamente que estaba sola; seguramente Sebastián se encontraba en algún lugar cercano, ya que era improbable que la hubieran dejado desprotegida.

Cuando sintió que su estómago le exigía comida, se acercó a la cocina y en la nevera, encontró un envase de *sadeli*, en cuya tapa había una nota de Eiris: *“Trata de calentarlo usando tu magia interna”*.

Por unos minutos hizo el intento y lo único que logró, fue sentir cosquillas en las palmas de sus manos. Decepcionada de sí misma, prefirió prepararse un plato de avena bien caliente, y un par de tostadas con mantequilla y mermelada. Luego de comer se tomó un gran vaso de jugo de naranja, lavó todos los implementos y los colocó de nuevo en su sitio. *“¿Y ahora qué?”*, se preguntó.

Subió a su habitación y empezó a dar vueltas mientras revisaba el contenido de los muebles, su ropa, sus libros y al finalizar el inventario, comenzó a revisar el reproductor de música digital que le habían regalado. Colocándose las bolitas de goma en sus oídos, fue desplazando sus dedos en el aparato hasta llegar a la sección de las listas de reproducción, donde encontró una titulada: *“Música para Trotar”*.

Salir a correr le pareció una buena idea, ya había pasado más de una hora desde el desayuno, y la posibilidad de drenar la inquietud que embargaba su pecho con una fuerte actividad física, la animó de pies a cabeza; decidió que sería bueno realizar cualquier cosa que no la hiciera pensar en sus próximos días con Sebastián, no quiso imaginarse el infierno que iba a vivir junto a un chico que parecía no querer compartir tiempo con ella.

Se calzó adecuadamente, y al abrir la puerta principal de la casa, una sonrisa iluminó su rostro ante la visión del espléndido lago cubierto de la misma neblina escarchada del bosque. Por la posición del sol, calculó que debían ser cerca de las ocho de la mañana; pulsó el botón de reproducción en el artefacto musical e inmediatamente reconoció la melodía, eran unos sonidos electrónicos evidentemente influenciados por el *funk* y el *soul*.

Bajo el cielo despejado, estiró sus extremidades hasta que sintió que su cuerpo estaba preparado para correr; miró a su alrededor preguntándose qué dirección tomar, y pensó que quizás lo aconsejable era dirigirse al mismo camino que recorrió con Aidan cuando llegó a Shiretoko. Si se extralimitaba de las fronteras de su protección, seguramente el Guarnat de los misteriosos ojos verdes se le aparecería con su mirada contundente.

Con un ritmo estable, trotó por la misma vía que la había llevado hasta la cabaña, corrió dando círculos alrededor de grupos de árboles, saltó grandes piedras y se balanceó en ramas. Una hora después, se detuvo sobre una monumental roca junto a un manantial y contempló la naturaleza; luego revisó de nuevo el reproductor de melodías para detallar las listas de reproducción, y estalló en carcajadas al leer una titulada: *La Música & El Amor A Través De Los Tiempos*.

Los recuerdos se agolparon en su mente uno tras otro, aproximadamente cuatro años atrás, ella, junto a sus hermanas, a manera de broma, habían desarrollado un musical utilizando las mejores canciones de las últimas décadas; una historia de amor entre un par de adolescentes cuyas familias no aprobaban la relación, algo así como *Romeo y Julieta* versión moderna. Tuvo tanta acogida y apoyo de sus allegados, que terminaron presentándola en el centro comunitario de la localidad, todos los fines de semana durante ese verano.

A pesar de ser las creadoras, reunieron a un equipo externo para elaborar las audiciones, y Luna había conseguido, mercedamente, un solo con una de sus canciones favoritas: *Every Breath You Take* de *The Police*. Adicionalmente, aunque un coro profesional fue quien la cantó, le correspondió bailar una pieza de danza contemporánea coreografiada por ella misma. Fue uno de los momentos más divertidos de su adolescencia.

Ubicó esta canción en la lista y presionó el botón para reproducirla, se concentró en recordar cada uno de los pasos, y sincronizó sus movimientos con la melodía de manera interpretativa, comunicando el mensaje de las palabras de sus letras.

Se emocionó al darse cuenta que recordaba la coreografía a la perfección: arriba los brazos, movimiento de cadera, alza la pierna, vuelta, baja, sube. Cerró los ojos y danzó imaginándose al público

más exigente frente a ella, imprimiéndole una gran pasión a su baile. Estaba asombrada de poder desplazarse a través del terreno irregular como si lo conociera toda la vida.

Al terminar, detuvo el reproductor de música, y una brisa helada recorrió su espina dorsal, se sintió observada, y no por un público ficticio, alguien en específico tenía la vista puesta sobre ella; giró por completo y se encontró con los misteriosos ojos verdes de Sebastián que, por alguna razón, parecían estar más oscuros que nunca.

Luna, empezó a retorcerse los dedos avergonzada; se sintió como la niña pequeña que había sido descubierta con las manos metidas en el tarro de galletas antes de la cena. Bajó la mirada y se reprochó a sí misma por sentirse de esta manera cada vez que estaba junto a él, y también porque era injusto que se sintiera culpable por el simple hecho de bailar.

Hasta hacía un par de años, danzar era una de sus actividades favoritas, por lo tanto, le desagradaba que el hermano de Aidan, viera de mala manera que ella dispusiera un poco de su tiempo libre, para disfrutar de una de las cosas que más le gustaba de su vida humana pasada.

El silencio entre ambos causó que la tensión fuera casi insoportable. A Luna le provocó gritarle: "*Termina de decir lo que piensas*", sin embargo, no se atrevió, y como no le convenía empezar esta nueva etapa de entrenamiento peleando con él, pensó que lo mejor sería disculparse, aunque no estuviera de acuerdo en que debía hacerlo. Tratando de armarse de paciencia, se despojó de las dos bolitas que hacían la función de audífonos y explicó:

—Esta mañana desperté, y eran las cinco de la madrugada, y como después de mucho rato, al ver que nadie se acercaba para darme indicaciones, decidí salir a trotar. La danza fue simplemente un recuerdo que quise evocar, la música de este reproductor —señaló el cristal en su brazo—, me hace recordar cosas que en el pasado me han hecho feliz —de pronto, se arrepintió de estas últimas palabras, no quería ser percibida como una llorona que se quejaba del presente, dando a entender que era infeliz—; sé que ahora tengo otras responsabilidades, pero si no estabas cerca, significaba que no había otros planes, además, tenía entendido que los entrenamientos iban a ser en las tardes, y en las noches, ¿correcto?

Luna se percató de que había hablado muy rápido, y el nerviosismo de su voz era injustificado, y lo peor de todo, era que Sebastián no decía nada. Durante un par de segundos, se volvió a sentir una incomodidad espesa en el ambiente. Finalmente, el Guarnat habló:

—El gen mágico te eligió por muchas razones, algunas de ellas son tus maravillosas cualidades físicas; y las disciplinas que has desarrollado durante gran parte de tu vida, hacen su existencia posible: la danza, la práctica de *bodyboard*, la escalada, montar bicicleta... cada una de esas actividades te han aportado muchos beneficios: flexibilidad, coordinación motriz, fortalecimiento muscular, rendimiento, resistencia. Todo esto lo tomé en cuenta al momento que me dispuse a planificar las lecciones que te iba a impartir —lentamente empezó a caminar hacia ella—; pero lo que no consideré, fue la importancia de la música para ti, en cómo repercute en el latido del corazón, en la energía de tus músculos, en cómo

contribuye a desarrollar el pensamiento, la creatividad... —llegó junto a Luna y, sin preguntarle, tomó el cristal reproductor de melodías que se encontraba adherido en su antebrazo—, puede que si incluyes más música en tus entrenamientos, observemos un cambio positivo. Han pasado varias semanas desde la última vez que observé esa expresión en tu rostro, la que tenías ahora mientras bailabas.

Luna no se imaginó que alguien podía sonrojarse como ella lo hacía en esos momentos, sintió que sus mejillas se sonrojaron con las palabras del Guarnat, avergonzándose aún más por haber pensado que estaba molesto por haberla encontrado danzando.

—Escoge una canción —agregó el chico sin soltar el aparato. Luna deslizó el dedo por el cristal, y se detuvo en la lista de reproducción de música electrónica para luego presionar el botón que la reproduciría. Inmediatamente, al iniciar la melodía, el Guarnat de los misteriosos ojos verdes, prensó el reproductor en su brazo adhiriéndolo a su piel, y lanzó un puñetazo contra el rostro de la chica, quien lo esquivó deslizándose hacia atrás: había comenzado una lección.

La última vez que pelearon, él le indicó que debía apelar a sus instintos, y concentrarse en los movimientos del atacante para prevenir el siguiente golpe. Sus palabras habían calado, porque por más que trató de confundirla con maniobras que ella no había visto antes, pudo esquivar y evitar su contacto una y otra vez.

Se fueron desplazando a través del terreno natural, hasta que la arrinconó en unos árboles de grandes raíces provocando que casi cayera sobre las inmensas protuberancias, sin embargo, con gran agilidad, Luna saltó hacia una rama y se balanceó situándose a espaldas de él para luego agacharse, y con sus piernas barrerle los pies, tumbándolo.

No tuvo tiempo de celebrar su triunfo, ya que Sebastián, al verse en desventaja, inmediatamente se puso de pie y contraatacó. Luna corrió hasta encontrarse con una pequeña cascada, pero no le dio oportunidad de darse la vuelta, debido a que el Guarnat le propinó una patada que la lanzó al agua. Ella cayó de pie, y la típica reacción humana de desagrado al sentir sus medias y zapatos enchumbados, le hizo perder la concentración aún más. El chico la tomó del brazo y la impulsó para sacarla del pozo donde había caído, y dejarla en el otro extremo sobre una roca.

Luna aprovechó el agarre del Guarnat para vengarse, con una patada lo envió al agua. Él no tuvo el mismo equilibrio y cayó sentado; ella quiso reír, pero él tomó una piedra y se la arrojó apuntándole a la cabeza. La chica la esquivó y siguió su trayectoria con la mirada, impresionada por la agresividad con la que él estaba atacando.

De nuevo se encontraban desplazándose por el terreno lleno de irregularidades, a Luna le costaba adaptarse a los obstáculos del suelo, y la humedad de sus pies la estaban irritando cada vez más, por lo que empezó a enfocarse en neutralizar a Sebastián para terminar la lección de una buena vez por todas; sin embargo, si ella trataba de dirigirse a una dirección donde tuviera mejor ventaja, él la arrinconaba y la encaminaba hacia algún árbol, roca o baja cascada, frustrando cualquier intención de someterlo y obligarlo a que se rindiera.

Luna se sentía como la protagonista de una película de acción: la música los rodeaba, y las secuencias de las canciones aceleraban sus pasos y daban fuerza a sus movimientos, la seriedad propia de Sebastián había desaparecido, hasta daba la impresión de que se estaba divirtiendo.

Por más que Luna intentó aprovechar este cambio de actitud en el Guarnat para distraerlo y dominarlo; con cada movimiento de ataque, él contragolpeaba con mayor belicosidad, hasta que llegaron al final de un arroyo que se ubicaba entre un par de colinas de roca, donde Sebastián la arrojó desde lo alto de la cascada hacia abajo.

Agotada y con la respiración entrecortada, Luna se encontró flotando en una poza; a sus espaldas, se podía apreciar el extenso mar cuyo reflejo simulaba haber sido pintado con esmeraldas. Apenas vio al Guarnat de los misteriosos ojos verdes acercarse, le hizo una seña indicándole que no quería continuar peleando. Una vez más, fue la chica quien detuvo la lección, y se preguntó cuándo viviría el día en que Sebastián pidiera una tregua en vez de ella.

La calidez de las aguas termales produjo en Luna un efecto relajante, comenzó a flotar de espaldas ignorando por completo al Guarnat, quien se sentó en una roca con la mirada perdida en el océano.

Las escarchas que acompañaban el ambiente, llamaron nuevamente la atención de Luna, nadó hasta la orilla y salió para preguntarle a su acompañante si eran alucinaciones suyas o algún efecto de la naturaleza en particular. El Guarnat de la voz carrasposa sin mencionar ni una palabra se puso de pie, y con las palmas abiertas empezó a secar su ropa sin tocarla.

Toda la relajación obtenida por el baño se esfumó de inmediato, la cercanía de Sebastián la perturbó al punto que su respiración se aceleró nuevamente; no supo si era por la expectativa de un golpe sorpresa, o porque su proximidad era algo poco común. Recordó la razón por la que se había acercado a él, así que preguntó:

—Sebastián, ¿son ideas mías o hay partículas brillantes en el aire?

—Para que las esmeraldas que protegen esta zona pudieran cumplir su cometido, tuvimos que desalojar a los seres mágicos con otro hechizo, cosa que no fue nada fácil. A algunos los desorientamos, otros fueron convocados por el Gran Consejo Mágico; y para poder equilibrar sus presencias en la naturaleza, había que imitarlas con la escarcha que observas. Todas las criaturas tienen una función en el ciclo de la vida, y sus ausencias pueden causar daños irreparables.

—La labor de secado había terminado, y Sebastián volvió a sentarse. Luna lo imitó sentándose en una piedra cercana.

—¿Y no existe ningún riesgo de que regresen a sus hogares?

—Los Proters se están encargando de eso, de todas maneras, aunque el espacio donde estás protegida parece grande, realmente no lo es, tiene los kilómetros suficientes para que tú tengas un terreno adecuado sin sentirte prisionera, y, al mismo tiempo, no alterar a gran escala, la vida de otros seres elementales. Recuerda que solo estarás aquí cerca de un mes, luego todo volverá a la normalidad sin hacer mucho daño.

—Ahora que lo mencionas, esta mañana me preguntaba si podía correr a mis anchas, o iba a excederme de mis límites de protección —cuestionó Luna.

—Si llegaras a los límites, sentirás como si chocaras contra una pared. Ahora, yo también me pregunto, ¿sentiste mi presencia?

—No.

—¿Identificaste los animales de los alrededores?

—No.

—¿Pero sí sentiste sus presencias?

—No —respondió Luna por tercera vez.

De nuevo se irritó por la usual sequedad de Sebastián que la hacía sentir tal cual una inepta, posiblemente la estaba interrogando de buena fe, pero como continuamente parecía que no era de su agrado compartir con ella, la mayoría de sus palabras se las tomaba a mal.

—Hay que trabajar en eso, siempre tienes que estar consciente de tu alrededor. Te puedo asegurar, que no te diste cuenta que, mientras peleaba contigo, te estaba dirigiendo hacia acá. Yo quise traerte a esta cascada; así como un enemigo puede llevarte a un terreno favorable para él, también pueden metamorfosearse en un ser familiar para tus ojos.

Luna fijó su mirada en el océano, luego cerró los ojos para disfrutar el sonido de las olas del mar, unos minutos antes, cuando creyó que Sebastián se estaba divirtiendo mientras entrenaba con ella, había pensado que en sus próximas lecciones, tal vez podrían llevarse mejor, pero por lo visto, eso iba a ser imposible: él continuamente la hacía sentir poca cosa.

Sebastián se dio cuenta de que sus palabras no habían sido bien acogidas, así que decidió conversar sobre otros temas, le comentó que estaban en las Cataratas Kamuiwakka, que significa el agua de los dioses en ainu; un destino que solo era asequible a pie o en barco, y que era favorito de los turistas. Favorablemente, todavía no era temporada alta. También le dijo que este parque nacional, era el hábitat de osos pardos y lobos, criaturas especiales para los Diáfanos, por su familiaridad con el suborden caniformia.

A pesar de que no estaba mirándole el rostro a Sebastián, lo escuchaba fascinada, siempre había valorado aprender cosas nuevas, inclusive proviniendo de un ser tan odioso como él. Por unos minutos más, le siguió relatando sobre las maravillas naturales de Shiretoko, hasta que en un determinado momento, el Guarnat de los misteriosos ojos verdes escuchó al estómago de Luna rugir del hambre, y sin consultarle, excluyendo que ella también podía teletransportarse, la tomó de la mano y la trasladó a la cabaña.

Sorprendida de encontrarse en el interior de la residencia, a Luna le tomó un par de segundos adaptarse al cambio de luz. No era común que Sebastián la moviera de un lugar a otro sin avisarle, y a pesar de que debería estar acostumbrada al comportamiento inestable del chico, sus actitudes errantes la hacían sentir perdida.



Sebastián se dirigió a la cocina para preparar comida, y ella subió a darse una ducha, al bajar de nuevo, ya la mesa estaba servida con apetitosos alimentos, y ambos se sentaron a comer en silencio.

Al terminar, Sebastián le comentó a Luna que debía descansar y que intentara dormir. Para que cambiara de horario y ella comenzara sus entrenamientos de noche, necesitaba que reposara lo suficiente y así reacondicionarla.

La chica tomó esta petición de mala gana, ya que no tenía ganas de ir a la cama y se preguntó porque permitieron que despertara tan temprano si querían cambiarle sus hábitos de sueño, una posible respuesta le llegó a su mente, probablemente prepararon la pócima para que se levantara en la tarde, pero sus poderes se habían fortalecido, y no le hizo falta más tiempo para recuperarse de las heridas de los Corrutos.

Recordó haber visto, al salir temprano en la mañana, que había una hamaca colgada en los árboles junto al costado izquierdo de la cabaña. Decidió subir a su cuarto a escoger un libro, y luego acostarse en el balancín a leer.

Unos minutos más tarde, se encontraba disfrutando de uno de sus libros favoritos: *Los Árboles Mueren De Pie* de Alejandro Casona. No había rastros de Sebastián, o por lo menos eso era lo que creía, justo cuando empezaba a relajarse, Aidan apareció a su lado; quien, al inclinarse para besarla, aprovechó el movimiento y se acostó junto a ella.

La sorpresa de Luna fue tal, que su estremecimiento meció la hamaca causando que el Diáfano de los cabellos como el sol se aproximara más a ella colocándolo prácticamente encima de su cuerpo. No supo si él creyó que se había movido a propósito para acercarlo, pero aparentemente pareció sentir que tenía luz verde para rodear su torso con los brazos y comenzar a darle tiernos besos en el cuello.

—Me dijeron que debía dormir, y creo que me lo estás haciendo muy difícil —dijo Luna en susurros, no quería aceptar el placer que sentía con el contacto de los labios de Aidan en su piel.

—Te he extrañado —dijo el chico distribuyendo sus caricias bajo la oreja de su amada.

Luna no se consideraba una mojiata, en la época en que era novia de Aaron, podía instalarse junto a él a compartir una buena sesión de besos en un sofá, pero por dos razones muy obvias, su mente le decía que se alejara de ahí.

Por un lado, a pesar de que quería formalizar una relación duradera con Aidan, sentía que le daba esperanzas de un futuro que todavía no estaba convencida de que podía darle, y por otro, no sabía si Sebastián se encontraba en las cercanías observando la escena. Esta última posibilidad le hizo erizarse.

Se reprochó por tener el segundo pensamiento, era inaceptable que le importara tanto lo que pensara Sebastián, un ser con la que se relacionaba solo para aprender cosas. Lo que ella hiciera con su tiempo libre no era problema de él, sin embargo, le afectaba hasta que respiraran el mismo aire.

Con todas las fuerzas que su voluntad le permitió, se puso de pie, y le extendió el brazo a Aidan para que la imitara, ofrecimiento que aceptó el Diáfano a regañadientes.

—Si quiero agilizar mi desarrollo para colaborar con la búsqueda de Pierah, lo mejor que puedo

hacer, es ser obediente y subir a dormir —comentó Luna imprimiendo un aire casual en su voz. Por más contradictorios que fueran sus sentimientos hacia Aidan, nunca era su intención hacerle sentir rechazado.

—Vamos, si quieres puedo leerte el libro para que te quedes dormida con el sonido de mi voz.

—Pero te sientas en el escritorio, porque si te sientas en la cama, no voy a poder dormir —ordenó Luna autoritariamente.

Una cosa era no hacerle sentir despreciado, y otra muy distinta era permitirle avances que ella no estaba dispuesta a aceptar.

—Como tú digas, preciosa —dijo Aidan dispuesto a complacer todos sus deseos.

\*\*\*\*\*

El olor a pan tostado y queso derretido la despertó, ya era de noche. Se levantó y bajó a la cocina encontrándose con Sebastián preparando unos emparedados y chocolate caliente. Los aromas le recordaron cuánta hambre tenía, todavía somnolienta se dirigió a la estufa y verificó si había algún alimento que ya estuviera listo para ser consumido, y antes de llegar a su destino, el Guarnat de los misteriosos ojos verdes, le extendió un plato con un par de sándwiches humeantes. Con una ligera sonrisa, Luna agradeció el gesto y se sentó en el comedor, unos segundos después, el chico le acercó una taza de la bebida achocolatada.

Al terminar, decidió reposar la comida sentada en la hamaca. Las estrellas iluminaban el cielo y la brisa refrescaba su rostro, Sebastián no había pronunciado ni una sola palabra, y no quería ser quien rompiera el silencio. Escuchó sus pasos acercándose, y sintió un sobresalto en su corazón, se preguntó cuándo iba a llegar el momento en que no iba sentirse tan inquieta con el simple sonido de sus pisadas.

—¿Lista? —preguntó Sebastián.

—Sí.

—Tus lecciones de magia van a esperar un día más. Esta noche quiero hacer lo que ustedes llaman, una prueba de campo, para dar por finiquitada la primera etapa de tu entrenamiento físico. Si todo sale como pienso, mañana podemos empezar un nuevo nivel.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Luna.

—Planifiqué una misión para que pongas a prueba los aprendizajes de combate cuerpo a cuerpo, y así, en la próxima lección, podamos mezclar la magia con tus habilidades físicas. Pongámonos en camino, tenemos cerca de 20 minutos para no arriesgar tu seguridad.

—¿A dónde vamos?

—Vamos a China, a una de las minas de oro más grandes de Asia, el control humano de la explotación de estas tierras es dirigido por una empresa occidental; el presidente de la misma, tiene un hijo con problemas de drogadicción. Normalmente reside en Toronto; pero cada vez que se descontrola y empieza a robar para comprar su vicio, su padre lo envía a las minas. No solo para alejarlo de los

chismes de sus amigos, sino para que calme esa ansiedad robando a los mineros que trabajan para él.

—¡Eso es horrible!, ¿cómo es posible que lo permitan?

—¿Te sorprende? Dentro del mundo humano, es de conocimiento general, que la mano trabajadora en Asia, es económica según sus parámetros, y los empleados al estar necesitados soportan maltratos porque sienten que no tienen otra opción. Desafortunadamente, ni los Proters, ni los Diáfanos pueden intervenir en este tipo de situaciones, pero, no hay ninguna ley mágica que prohíba que La Única haga algo al respecto, y aunque no es mi intención sugerirte que de ahora en adelante cumplas la función de un vigilante sin reglas, en esta ocasión vamos a hacer una excepción. Recuerda que tenemos poco tiempo, lo ideal sería entrar a la residencia donde se encuentra John, así se llama el chico de quien te estoy hablando, recuperar los objetos robados hasta el día de hoy, y regresar —explicó Sebastián con la mirada perdida en el horizonte.

—¿John tiene algún tipo de entrenamiento militar o algo parecido?, ¿acaso voy a pelear con él? Porque de lo contrario, no entiendo cómo voy a demostrar mis habilidades con una persona que está por debajo de mi nivel de preparación.

—No es contra John con quien te vas a enfrentar, sino contra sus tres guardaespaldas, exmilitares capacitados para matar a cualquier persona con un par de movimientos. Trata de no hacerles un daño irreparable.

—Pero si su padre maneja una mina de oro, y tiene los ingresos para custodiar a su hijo, ¿no sería lógico que John consiguiera los medios para comprar sus drogas con los bienes de su papá? —preguntó Luna indignada, tratando de no pensar en que iba a pelear contra tres hombres de gran tamaño.

—Su padre lo ha enviado a varios centros de rehabilitación, y él recae una y otra vez, le compró un pequeño apartamento, y John ha vendido todo su contenido, hasta la cama; no ha traspasado la propiedad porque no está a su nombre; tiene absolutamente prohibido acercarse a la casa de su progenitor, donde la seguridad es impenetrable, inclusive para alguien tan ingenioso como John —replicó Sebastián con su voz carrasposa y su rostro inalterable.

—¿Y por qué su padre no utiliza a esos guardaespaldas para evitar que su hijo se meta en problemas, que robe, que se drogue, que acabe con su vida de esa manera?

—Lamentablemente, las personas con adicciones crónicas como la de John, no pueden curarse a la fuerza, debe él mismo querer limpiar su sistema y recuperarse. Además, no hay guardaespaldas que puedan evitar que quiera satisfacer su vicio. A ese nivel de drogodependencia, es un manipulador experto, y al igual que todos los adictos, sabe cómo manipular a los demás, cómo conseguir lo que quiere, cómo hacerles creer que está mejorando para acercarse a ellos, y luego sacarles dinero —explicó el Guarnat haciendo un gesto con la cabeza que indicaba que pronto iban a partir.

Tomó a Luna de la mano y la transportó a una localidad de montañas, donde se podía observar cómo las colinas estaban taladas, y había camiones, y equipos propios para la explotación de una mina de oro.

En uno de los valles, se podían visualizar unos cuantos edificios de tres plantas, estructuras mal construidas donde vivían los trabajadores; y en una pequeña loma, ubicada a mano derecha, había una gran casa de ladrillos perfectamente cuidada, y ahí estaba John. En el patio delantero se encontraban un par de camionetas todoterreno.

—Llegamos justo a tiempo —susurró Sebastián—; John tiene planificado viajar mañana hasta una población cercana para vender lo robado, y así poder comprar su vicio.

Se situaron a un costado de la casa aprovechando las sombras de la noche para no ser vistos.

—¿Puedes sentir cuántas personas hay adentro? —preguntó el Guarnat de la voz inquietante.

Luna trató de enfocar su mente para concentrarse en sentir, supo que había movimientos en las dos plantas, tanto arriba como abajo, pero la cantidad de personas ocupando la residencia era difícil de reconocer. No quería sentirse de nuevo frustrada al no poder responder a una pregunta pronunciada por Sebastián, así que entrecerró sus ojos e intentó oír; un ruido de choque de botellas en la planta superior, le hizo creer que probablemente era John, y el ronquido de otra persona, que debía ser un guardaespaldas.

—Creo que en la segunda planta hay dos personas, ¿correcto?

—Correcto.

Luna se sintió feliz, orgullosa de sí misma por acertar; entonces volvió a enfocarse en los ruidos del piso de abajo que era más confusos que los de arriba, escuchó sonidos en la cocina, y parecían de personas comiendo, pero también advirtió movimiento en un cuarto ubicado en una de las esquinas de la residencia, quizás lo mejor que podía hacer era tratar de sentir la esencia, como se lo había pedido Sebastián en otras ocasiones.

Percibió enojo y frustración, había dos fuentes de estos sentimientos en la cocina, uno más calmado que el otro, no supo cómo, pero averiguó que eran de los otros dos guardaespaldas. Lo del cuarto era otra cosa, era miedo mezclado con indignación. Volteó su mirada hacia Sebastián y le explicó lo que estaba sintiendo.

—En la habitación están el ama de llaves y su esposo, ellos son quienes se encargan del mantenimiento de esta casa. Yo me voy a ocupar de que se duerman y no intervengan, tienes diez minutos, ¿ya sabes qué vas a hacer? —preguntó Sebastián.

—Primero me voy a ocupar de los dos que están en la cocina. El de arriba está dormido y puede que no despierte... Si ataco primero al de la planta superior, los dos de la planta inferior pueden subir y entre los tres arrinconarme —explicó Luna con un evidente tono de duda en su voz, estaba esperando que Sebastián opinara sobre sus planes, pero el chico solo asintió y desapareció.

Luna se apresuró a acercarse a la puerta lateral que daba a la cocina, estaba contra el reloj, así que no contaba con el tiempo para pensarlo dos veces; giró la manilla, cruzó el umbral, y se plantó frente a los dos hombres que estaban sentados comiendo.

Uno era muy alto, grueso y rubio; el segundo tenía la cabeza rapada, su piel era color canela y su

contextura parecía la de un fisicoculturista. Ambos hombres la observaron sorprendidos, ya que frente a ellos estaba una chica de altura promedio con cara de inocente, se miraron uno al otro, y se preguntaron si acaso sería una amiga de John.

Inmediatamente Luna dio dos pasos, se agachó, haló la silla del rubio y lo tumbó al suelo; y antes de poder abalanzarse sobre él, el guardaespaldas de cabeza rapada se levantó, y justo cuando iba a tomarla por el brazo, ella lo esquivó, agarró una sartén, le dio con todas sus fuerzas en el mentón y lo desmayó.

Al rubio le costó levantarse por su gran tamaño, y poco faltó para que alcanzara a Luna con un cuchillo, pero ella se inclinó a tiempo lanzándole rápidamente la sartén con todas sus fuerzas, noqueándolo también.

Esto lo hizo fijándose en todo momento en el interior de la casa, esperando que en cualquier santiamén, entrara el tercer guardaespaldas, agudizó el oído y pudo escuchar que todavía estaba durmiendo.

Luna trató de calmar su respiración, se fijó en su pulso tembloroso, y con toda la cautela que su cuerpo temeroso le permitió, subió las escaleras. Al final de un largo pasillo, había una puerta cerrada, la música tras ella indicaba que John estaba despierto. En una pequeña sala de estar, al lado de esa habitación, se ubicaba un hombre, también de cabello rubio, pero de menor tamaño.

Una pequeña lámpara era la única iluminación, Luna sabía que ya habían pasado cerca de siete minutos desde que había entrado a la casa, y si quería cumplir su cometido, tenía que apurarse. Por descuido, tropezó con el cableado de la lamparilla tumbándola al suelo, lo cual hizo que la bombilla estallara y despertara al guardaespaldas. Una luz tenue por los faroles del exterior entraba por la ventana del pasillo.

Le tomó un par de segundos darse cuenta de que el hombre ya se ubicaba frente ella apuntándola con una pistola, esto sí que no se lo esperaba, un arma de fuego era un juego totalmente distinto. La luz que se colaba por los cristales la iluminaban por completo, así que levantó los brazos en son de paz, y con cautela retrocedió para esconderse en las sombras, oportunidad que le permitió teletransportarse a las espaldas del guardaespaldas, donde con el dedo le tocó el hombro, y cuando estaba a medio voltearse, con todas sus fuerzas le lanzó un puñetazo en el rostro, derribándolo al suelo, y logrando que se desmayara.

El dolor en su mano le indicó que se había fracturado un nudillo, sacudió su extremidad como si con ese movimiento pudiera lograr sentirse mejor.

—Muy bien —susurró Sebastián en la penumbra, Luna se sobresaltó por un instante, levantó su cabeza y miró a su compañero con orgullo. El Guarnat se acercó a la chica y en la palma de su mano sana le entregó una esmeralda de cinco centímetros de diámetro—, regresa a la cabaña, con esto podrás traspasar el hechizo de las piedras, yo me encargo de regresar los objetos robados a sus dueños.

Luna obedeció, pero antes, sintió el hedor a cigarrillos y alcohol que provenía del cuarto de John

cuando Sebastián abrió la puerta.

Ya en la cocina de la cabaña en Japón, y en completa soledad, Luna abrió el refrigerador para sacar hielo, ponerlos en un recipiente y meter la mano adolorida; se quedó así unos minutos, observando el nudillo que se le iba inflamando cada vez más, trató de no pensar en su padecimiento, y de curarse por sus propios medios, meditó concentrándose en la fisura que se había hecho y cómo podía repararla, pero el dolor se intensificó.

Sebastián apareció a su lado, y al ver la mano de Luna, se recriminó interiormente por no haberse percatado que se había hecho daño. Estuvo más atento de que regresara a una zona segura, que de verificar su salud. Abrió los gabinetes, y extrajo el kit de primeros auxilios que Eiris acondicionó para la chica, tomó unas telas de color verduzco que mojó en el fregadero y luego se dispuso a vendar la lesión de la humana.

La chica sintió que Sebastián había aclimatado la temperatura de sus manos para que ella las sintiera frías al contacto, y así refrescarla. En silencio estuvieron por un rato hasta que él terminó.

—¿Tienes hambre? —preguntó el Guarnat de los misteriosos ojos verdes.

—No —respondió Luna sinceramente—, ¿devolviste los objetos robados?

—Sí, aunque primero conversé con John por unos minutos, utilicé influencia mágica para prevenir que no vuelva a consumir, por ende, no volverá a robar. Luego distribuí los artículos robados, y dejé dinero a las personas más afectadas.

—¿Y tienes permitido hacer eso?

—En realidad no, pero me tomé la libertad de hacerlo como parte de tu misión —respondió Sebastián encogiéndose de hombros.

—¿Qué te pareció mi desempeño la noche de hoy?

—Estoy conforme, el elemento sorpresa evitó que los dos guardaespaldas que se encontraban en la cocina desenfundaran sus armas de fuego. Te desenvolviste muy bien, ya estás lista para comenzar una nueva etapa en tu entrenamiento.

Luna sonrió. Se sintió satisfecha y completamente feliz de haberle dado alguna utilidad al aprendizaje que había adquirido durante las últimas semanas. A pesar que solo llevaba despierta un par de horas, se sentía agotada, el estrés de la pelea acabó con sus fuerzas, lo mejor que podía hacer era acostarse a dormir. Sebastián le preparó una bebida refrescante, combinada con una poción que le permitiría despertarse a finales de la tarde del día que estaba comenzando, eran las dos de la mañana.

La chica bebió el brebaje, subió, se cambió, cerró las cortinas, y con una sonrisa en el rostro, se quedó dormida.

## Capítulo IV. Emociones, Magia, Agua

Miriyán sintió a Sebastián en las cercanías, su esencia era tan pesada como el más oscuro sentimiento, él estaba atormentado y ella no podía asegurar el porqué; tenía algunas teorías, pero no había podido confirmar ninguna. Quería ayudarlo, él era su amigo, el dueño de sus pensamientos, el ser que amaba apasionadamente, y quien, para su desventura, no le correspondía.

Tiempo atrás, cuando él se alejó de su familia durante años, pudo disfrutar de su compañía; intermitentemente, por supuesto, ya que el Guarnat siempre ha sido solitario; sin embargo, se albergó en su aldea y compartieron muchas experiencias felices. Todo cambió desde que apareció Luna Polleo, y aunque Miriyán hubiera querido abrigar simpatía por ella, por La Única, no podía evitar sentir cierta aversión, no soportaba la indudable conexión que tenían.

Recordó una conversación que sostuvo con Aidan unas semanas atrás, y de cómo se sorprendió al oír que, tanto él, como sus allegados, creían que Sebastián se había alejado durante ese tiempo, por el dolor de haber perdido a su amada: María, aquella abunat hija de Proters, simplona y, según su criterio, sin ningún atributo especial.

Siempre creyó que Sebastián se había alejado de sus seres queridos por ese comportamiento humano de causar muertes por avaricia, porque le causaba repulsión, pero jamás porque se sintiera desconsolado por haber perdido a la mujer que amaba, de eso estaba segura, lo conocía lo suficiente para saber que nunca estuvo enamorado de María; y así mismo se lo dijo a su hermano. El hecho de que hubieran supuesto las razones de su lejanía, y que él no lo negara, no quería decir que estaban en lo cierto.

Sebastián se alejaba y retraía cuando se sentía insatisfecho con él mismo, cuando creía que no era buena compañía, y sentir odio hacia los humanos no era propio de la nobleza de un Diáfano; este siempre fue el razonamiento de Miriyán, la confianza y el entendimiento de su personalidad debido a su fuerte amistad con él, la había llevado a esas conclusiones.

Ahora era distinto, ahora se alejaba también de ella, y eso era inaceptable, y adicionalmente muy injusto, le dolía como había sido despojada de la compañía del atractivo Guarnat de los ojos verdes; quizás si se vinculaba con los Proters tuviera más oportunidades de compartir con él. Esta era una opción que tenía que considerar meticulosamente, porque no le agradaba estar junto a humanos, aunque muchos Elfos estrechaban lazos de amistad con ellos, ella no pensaba, ni sentía igual.

Se acercó hasta el mirador ubicado a lo alto del Parque Nacional Montañas Azules, y pronto notó que Sebastián se bloqueó, supuso que él mismo sabía que la frustración que lo dominaba se percibía fácilmente, y eso era irresponsable, cualquiera podía ubicarlo sin mucha dificultad. Se detuvo frente al pasamano que delimitaba la terraza y ahí lo vio, con el *didgeridoo* a sus pies.

Aunque todavía la noche era joven, era obvio que no iba a poder despertar a las Tres Hermanas, Eiris le comentó que no ha podido hablar con ellas desde que comenzó el entrenamiento de Luna; esta

novedad no tenía que estar necesariamente vinculada con la humana, porque, aparentemente, era la actitud negativa de Sebastián la razón por la cual las criaturas de piedra no querían compartir más con él.

Con la agilidad que caracteriza a los Elfos, Miriyan se desplazó sobre las rocas hasta llegar al lado del Guarnat, y en silencio, se sentó junto a él.

—¿Te quedas a cenar esta noche? —preguntó la Elfa minutos después tratando de imprimir desinterés en su tono, pero era inútil intentar ocultar su deseo de querer disfrutar de su compañía; así como ella lo conocía a él, él la conocía a ella.

—Hoy no —respondió el Guarnat poniéndose de pie para luego disponerse a guardar el *didgeridoo* en el escondite de siempre.

Miriyan lo observó desplazarse sin poder evitar analizar cada uno de sus movimientos, hasta la manera de caminar había sido afectada por los nuevos cambios en su actitud, la tensión dominaba sus articulaciones, estaba convencida de que Luna tenía algo que ver en el comportamiento reciente de Sebastián, y no sabía si alguna vez iba a volver a experimentar momentos gratificantes a su lado como en el pasado.

Le desagradó que el Guarnat no aceptara su invitación a cenar; cuando vivían en la misma aldea, conversar después de la comida nocturna era su momento favorito del día, y no quedarse esa noche, era una confirmación de que la humana dominaba toda su vida.

—Nos vemos pronto —dijo Sebastián.

Miriyan se apresuró a trasladarse junto a él, y darle un fuerte abrazo, necesitaba el contacto de su cuerpo y oler el aroma de su piel. Con cariño el Guarnat correspondió el gesto y unos segundos después desapareció. La Elfa suspiró desesperanzada, y con la gracia propia de sus pasos, se dirigió de vuelta a su aldea.

\*\*\*\*\*

Cuando Sebastián se encontró a las afueras de la cabaña en Shiretoko, supo inmediatamente que Luna se ubicaba en la cocina. Con cautela y consciente de que ella no había percibido su presencia, se adentró y se detuvo a contemplarla: se encontraba frente al fregadero, el agua corría sobre sus manos, mientras se removía los vendajes verduzcos que ayudaron a sanar la fractura de su nudillo, el cual había sanado como si nada hubiera pasado.

La chica tenía casi todo el peso de su cuerpo sobre una pierna, la curvatura de sus caderas estaba ladeada hacia la derecha, su figura mostraba una postura seductora. Sebastián no pudo evitar admirarla, desde el día que la vio por primera vez, le pareció una criatura con una belleza especial, por unos instantes sintió como la calma invadía su alma y el placer dominaba su pecho, y al mismo tiempo, padeció el malestar de sentirse vacío. Ella le causaba sensaciones contradictorias, y no lograba comprender la razón de esto. Caminó hasta la nevera para sacar una jarra con un líquido azul y espumoso.



Luna trató de ocultar la sorpresa que experimentó al verlo pasar a su lado. Como él le había indicado que debía estar pendiente de las esencias que la rodeaban, no quería poner en evidencia su falta de percepción; así que le dirigió una mirada serena comentándole con la calma que su voluntad le permitió:

—Aidan se acaba de ir, lo vi por pocos minutos porque me levanté hace poco.

—Lo sé —replicó Sebastián, y sacando un largo vaso de los gabinetes, lo llenó hasta el tope con aquel líquido extraño. Luego abrió una gaveta, extrajo una pajilla típica de los Guarnats y seguidamente extendió su brazo para dárselo a Luna.

—¿Qué es? —preguntó la chica acercando el sorbete a sus labios, su sabor era dulcemente agradable.

—Ayudará a compensar cualquier desequilibrio que tenga tu cuerpo con los cambios de horario.

Cuando hubo terminado la bebida, el chico tomó el vaso y le sirvió de nuevo. Luna se sentía llena, pero no quiso contradecirlo, así que con el recipiente en las manos, caminó hasta la mesa del comedor, donde se encontró con un sobre bajo una rosa de un material indescriptible, visiblemente no era natural. Su nombre estaba escrito en el papel con la letra inconfundible de Aidan.

Una sonrisa iluminó su rostro, posó el vaso encima de la madera y acercó sus manos a la rosa, pero antes de llegar a tocarla, esta se elevó hasta transformarse en burbujas que explotaron con el sonar de campanillas. Luna soltó unas carcajadas e inmediatamente sintió la tensión de Sebastián en la cocina, pensó que le desagradaba el sonido de sus risas, así que tomó el sobre, se retiró a la hamaca que se encontraba en el exterior y allí leer el contenido.

En perfecta caligrafía se encontró con un poema de Gustavo Adolfo Bécquer, específicamente, la rima *Despierta, tiemblo al mirarte*; un escalofrío invadió su cuerpo, y al leerla, sintió como si el mismo Aidan se la estuviera recitando, y como si cada palabra tuviera la intención de sonrojarla. Se imaginó al Diáfano contemplando su sueño y se erizó de pies a cabeza.

Al imaginarse que Sebastián iba a salir en cualquier momento para indicarle que era hora de comenzar una lección, decidió subir a su habitación y guardar el sobre con el poema. Se molestó consigo misma por sentirse tan contrariada de que el Guarnat de la voz perturbadora, la viera con una manifestación en sus manos del cariño que sentía Aidan hacia ella.

Mientras guardaba el poema en la gaveta del escritorio, una gran sonrisa dominaba su rostro, tanto que le estaban comenzando a doler las mejillas, realmente las galanterías del Diáfano de los ojos azules eran halagadoras, no hacía falta ser un genio para percatarse que Aidan estaba utilizando todos los clichés conocidos en los manuales de conquista, y conseguir de alguna manera ganar su corazón.

Se imaginó al Diáfano investigando las maneras de comportarse románticamente con ella de la forma más humana posible, y ahogó una carcajada. Fue extraño sentir, que a pesar de que no sentía las presencias de los seres a su alrededor, si podía percibir perfectamente los cambios de humor de Sebastián, y la tensión que provenía de la planta inferior, era inconfundible.

Bajó las escaleras fastidiada, le desagradaba que él se molestara porque ella se distraía unos

minutos en asuntos que no tuvieran relación con su entrenamiento. De brazos cruzados, salió al exterior para encontrarse a Sebastián de espaldas contemplando el lago, cuando estuvo a su lado, lo observó desafiante, la lección no había comenzado, y ya se sentía irritada.

—Debes romper esquemas, prejuicios, parámetros y todo lo que crees saber sobre la capacidad y alcance de tu mente —comentó Sebastián con su mirada perdida, una vez más Luna se sintió regañada y pequeña, su voz hizo que se le acelerara el corazón, pero antes de poder reaccionar a sus palabras con una respuesta, el Guarnat continuó hablando—. Para ello, debes ejercitar tus pensamientos, así como ejercitas tu cuerpo, con constancia y esfuerzo, también debes aprender a controlar tus emociones, y de esa forma ejercer mejor tus habilidades mágicas. El único obstáculo que tienes para desarrollar tus poderes mágicos, eres tú misma.

Sebastián tenía razón, sus miedos y frustraciones la frenaban e impedían que aprovechara todos los dones que le había regalado el gen mágico, era difícil para ella no dejarse controlar por sus angustias.

—¿Cómo? —preguntó Luna.

—Debes despojarte de la idea preconcebida que eres una humana regular, llena de restricciones —continuó hablando el Guarnat de los misteriosos ojos verdes—; desde que naciste has ido estableciendo conocimientos de lo que tu cuerpo y tu mente es capaz y no es capaz de hacer, y como ser humano, normalmente es más fácil decir “no puedo” que realizar todo lo posible para lograrlo, no te culpo, es una tendencia social de la humanidad creer que es muy difícil lograr sus metas, para los humanos les resulta más cómodo renunciar a sus sueños que luchar contra los miedos de fracasar, o hacer el ridículo, se preocupan demasiado de lo que opinan los demás, y no comprenden que es factible que los grandes proyectos de un mejor futuro, muchas veces conlleven grandes fracasos antes de poder alcanzarlos, y lo importante y necesario, es no desistir hasta lograrlos.

Las orejas de Luna se encendieron por la ira. Sebastián no hablaba mucho, pero cuando lo hacía, era asertivo y humillante, le hería su ego cada vez que se expresaba de los humanos de una manera tan denigrante, aunque estuviera en lo correcto.

—Si esa es tu opinión, entonces estás consciente de que mi manera de pensar, y lo que sé de mi misma como humana, tiene muchas restricciones, muchas más que las de un ser humano normal. Si yo debo despojarme de la idea que tengo sobre mis limitaciones, tú deberías ser más tolerante y comprensivo sobre la dificultad que conlleva cambiar esos prejuicios —replicó Luna conteniendo su resentimiento.

Sebastián volteó su rostro bruscamente para observarla, esto provocó que Luna se pusiera a la defensiva, no sabía que sus palabras afectaban al Guarnat de la misma manera que las de él la afectaban a ella.

Al chico le desagradó que pensara que él era intolerante, y que no comprendía la situación por la que pasaba, pero el tiempo apremiaba y no debía perderlo dando explicaciones, de todas las personas que la rodeaban, consideraba que él era el que más estaba consciente de lo difícil que era para Luna este cambio tan drástico en su vida, era él quien tenía una conexión inexplicable con ella.

—El gen mágico no se equivocó al escogerte —dijo Sebastián, a pesar de que ya se lo habían dicho en repetidas ocasiones—, tienes la capacidad de equilibrar y controlar tu mente y tu cuerpo con los cuatro elementos, tú también eres un ser elemental, solo debes aprender a enfocarte y canalizar tus inquietudes, por eso hoy vamos a comenzar la lección con la fuerza de la naturaleza que más te identificas: el agua. No es casualidad que te sientas tan a gusto en cascadas, lagos y mares, este preciado líquido representa las emociones, la sangre y la magia que corre por tus venas.

—Debo concentrarme en controlar mis emociones —murmuró Luna hablando con ella misma.

—Correcto, al concentrarte en tus emociones, las controlarás, y también maximizarás tus sentidos y el poder que llevas en tu interior. Canaliza tus sentimientos y lograrás lo que te propones. Hoy, quiero que intentes mojar me sin tocar el agua directamente con tus manos.

Dichas estas palabras, Sebastián se teletransportó al otro lado del lago, Luna quedó desconcertada, no entendió las instrucciones del Guarnat, pero supuso que este pretendía que ella levitara el líquido para salpicarlo.

*¿Cómo espera que lo logre?*, pensó Luna frustrada.

Frustración, esa era la emoción que dominaba su mente, cuando debía ser su mente quien dominara su frustración. Enfoque, concentración, canalización; eran los pasos que le correspondía seguir. Respiró profundamente y comenzó a mover las articulaciones de su cuello para relajarse, la tensión que sentía en su espina dorsal no estaba ayudando en nada.

Una música acarició sus oídos, recordó que Sebastián le había comentado que incluiría melodías en sus lecciones, pero en este momento, se sentía tan tensa que más bien era una distracción, le hizo un gesto con la mano para que la detuviera, y los sonidos de la noche inundaron el ambiente.

La humana contempló el cielo, la luna estaba en cuarto creciente, momento oportuno para atraer cosas, y el control de sus poderes era lo que deseaba. La expresión en el rostro de Sebastián la retaba, sabía que lo hacía a propósito para motivarla a contradecirle y demostrarle que sí podía alcanzar lo que le pedía, no entendía cómo lo lograba, pero el Guarnat despertaba emociones en ella que le costaban contener.

Se esforzó para calmarse, inhaló y exhaló aire un par de veces, trató de poner su mente en blanco y enfocó su mirada en el lago. *¿Cómo se levitaba líquido?*, *¿era posible?*, fijó su vista en la porción de agua frente a Sebastián, unas ondas expansivas comenzaron a producirse, aunque no levantó nada. Pensó en ocasiones anteriores cuando levitaba rocas con Aidan; y se preguntó si de repente podía solidificar una cantidad de líquido, pero en ese caso, no mojaría al Guarnat de la voz perturbadora, sino que lo golpearía. La idea de noquearlo la hizo sonreír, a lo lejos observó una mueca en el rostro del chico, y casi perdió el control por la irritación que sintió, cuando se percató que había endurecido el lago como si estuviera relleno de concreto.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Sebastián, y Luna lo interpretó como una burla, sin saber que el Guarnat estaba satisfecho con esta demostración de magia. La chica relajó sus músculos para

cambiar el estado del lago de sólido a líquido de nuevo, y en segundos, se teletransportó tras su acompañante, levitó un tronco que se ubicaba en el piso, y con todas las fuerzas que su poder le permitió, lo arrojó contra la espalda de su entrenador, lanzándolo al agua.

—Mis manos no tocaron el agua —dijo Luna sarcásticamente sorprendiéndose al oír las carcajadas de Sebastián desde el lago, el sonido de sus risas la descompuso, era delicioso y placentero, y segundos después sintió que una ráfaga de aire la empujó, haciéndole perder el equilibrio, suspendiéndola en la nada hasta que cayó junto a él.

Luna no supo si ofenderse o reírse, optó por comenzar a nadar hacia el extremo donde estaba la cabaña, un instante después Sebastián nadaba a su lado.

—¿Sentiste cuando manipulé el aire para empujarte? —preguntó el Guarnat de los misteriosos ojos verdes.

—No —contestó Luna secamente, parecía que nada satisfacía a su entrenador, sin importar cuál fuera el resultado, siempre tenía algo que criticar.

—Ese tipo de manifestaciones mágicas las sentirás cuando desarrolles más tu percepción.

Esta afirmación sonaba optimista, Luna se sintió contrariada por haber interpretado la pregunta del Guarnat como una crítica negativa, estaba cansada de sentirse mal a su alrededor, quizás sus prejuicios iban más allá de sus limitaciones, quizás sus prejuicios incluían las actitudes de Sebastián.

Al llegar a la orilla, y salir del agua, sintió como la brisa golpeó contra sus ropas mojadas, su cuerpo empezó a tiritar por el frío, era posible que por la distracción de su entrenamiento no se hubiera percatado de cuán helado estaba el lago, pero ahora, fuera de él, pensó que iba a congelarse.

Sebastián se contuvo y no le dio calor, esta era una oportunidad perfecta para otra demostración mágica.

—No pienses en el frío que sientes, enfócate en secar tus ropas, piensa en concentrar tu calor corporal al ras de tu piel, enfoca tus energías en tus manos, tú puedes evaporar el agua de la tela que te cubre, tienes el poder para hacerlo —indicó Sebastián con un tono de voz tranquilo y monótono.

Luna trató de procesar estas palabras, anteriormente había intentado calentar algo y fracasó, recordó que su acompañante le dijo recientemente: “los grandes proyectos de un mejor futuro, muchas veces conllevan grandes fracasos antes de poder alcanzarlos, y lo importante y necesario, es no desistir hasta lograrlos”. Claramente era normal que no pudiera lograrlo al principio, pero, ¿cuántas ocasiones iba a fallar en algo tan simple como concentrar calor en las palmas de sus manos? Sabía que era una de las manifestaciones mágicas más sencillas, dependiendo de la intensidad del calor, podía calentar o iluminar, lo había visto en otros Diáfanos más de una vez.

Su cuerpo tiritaba y le dolía por el frío intenso, trató de enfocarse y canalizar sus emociones, sintiendo, que una vez más, estaba fracasando. No quiso darse por vencida, quizás podía intentarlo de otra manera, de pronto, y sin pensarlo a profundidad, se imaginó como sus manos exprimían sus vestimentas para escurrir el agua, así que empezó con la parte inferior de su camisa.

Rápidamente perdió el control de lo que estaba haciendo, sintió como la ropa se estrechaba contra su piel, y se le fue escapando el aire de sus pulmones progresivamente; comenzó a asfixiarse, y justo cuando iba a perder el conocimiento, cuando pensó que no podía detenerse, el movimiento brusco de Sebastián acercándose a ella la distrajo.

—Cálmate —susurró el Guarnat con su voz desconcertante, y el aliento cálido proveniente de su boca, rozó las mejillas de la chica.

Luna perdió el equilibrio y se apoyó de los hombros del chico, quien con suaves masajes en su espalda logró estabilizar su respiración, hasta que el contacto de sus manos, y su cercanía, la puso nerviosa, y los latidos de su corazón empezaron a acelerarse.

—Suficiente por hoy —ordenó Sebastián, pensó que la había alterado más de la cuenta, en el tiempo que estuvieron en las afueras de la cabaña, y desde que comenzaron la lección de magia, Luna había acelerado y desacelerado el ritmo de su corazón y respiración unas cuantas veces, ya era momento de descansar. Pensando que su proximidad la incomodaba, agregó—: Sube a cambiarte las ropas mientras preparo algo de comer.

La chica obedeció desconcertada, no supo cómo interpretar la postura de Sebastián, no pudo descifrar si estaba enojado o decepcionado. Luego de ducharse y ponerse una vestimenta más abrigada, se dispuso a evaporar el agua de sus cabellos con un secador que encontró en un gabinete del cuarto de baño, acción que odiaba, siempre dejaba que su cabello se secase naturalmente, pero no quería resfriarse, y mucho menos que se acercara a ella para darle calor.

Seguidamente, al bajar, se encontró al Guarnat caminando de la cocina a las afueras con unos entremeses típicos de los Diáfanos, refrigerios dulces y salados, manjares que repiqueteaban en la lengua con cada mordisco. Una gruesa manta se encontraba a unos metros de la orilla del lago, donde ya se ubicaban platos, cubiertos, vasos, jugos y otros alimentos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Sebastián invitándola a sentarse con un gesto de manos.

—Bien, gracias —contestó Luna automáticamente, una respuesta completamente humana a pesar de no ser cierta.

—¿No estás cansada? —insistió el Guarnat.

—Un poco, pero puedo continuar —mintió Luna, estaba agotada aunque no quiso admitirlo, su orgullo no se lo permitía.

Sebastián no le creyó, sin embargo, no quiso ponerla en evidencia, percibió el cansancio de la humana, ella se esforzó más de lo necesario, y sus demostraciones dieron un gran avance, más de lo que Aidan logró en dos meses. Quizás Eiris estuvo en lo correcto al cambiar su horario y proponer que sus lecciones fueran de noche: hoy había logrado endurecer el lago, teletransportarse, levitar, y luego, exprimió su ropa sin usar sus manos, lo cual hubiera sido una buena idea, si no la hubiera llevado puesta.

Ocultó una sonrisa de satisfacción, ya que se había dado cuenta de que Luna acostumbraba a malinterpretar sus comportamientos, sin importar cuáles fueran sus intenciones. A veces estaba en lo

correcto, pero no siempre era así, y lo sentía en el cambio de sus actitudes, en su respiración y en los latidos de su corazón. Era más común acelerarla por la molestia, que motivarla cuando había logrado un avance importante.

Mientras comían, Sebastián la aconsejó sobre cómo enfocar sus poderes y mantener al margen sus agitaciones, le recordó lo que le había mencionado antes de empezar la lección de esa noche: cada fuerza de la naturaleza, cada elemento, está vinculado con algún aspecto de su cuerpo, y así como el agua está vinculado con sus emociones, el aire está relacionado con sus reflexiones y pensamientos. Combinar el equilibrio y el control de ambos elementos, era lo ideal para comenzar.

Al terminar de comer, Sebastián le indicó a Luna que se quedara tranquila mientras él recogía, y aunque no se sintió cómoda no ayudándolo, no quiso contradecirlo, esta era la primera vez en mucho tiempo que se sentía a gusto a su lado, y no recordaba cuándo fue la última vez que se llevó bien con él.

—Hace unas horas estaba en VitaEco de Sídney, y se me ocurrió la idea de proyectar los recuerdos de nuestros entrenamientos físicos, así podemos corregir errores o debilidades más fácilmente —comentó Sebastián sentándose al lado de Luna sobre la manta.

—Me parece una idea excelente.

—¿Música? —preguntó Sebastián proponiendo acompañar el momento con alguna melodía instrumental que influyera positivamente en Luna.

—No, gracias —respondió la chica; quería dar su opinión al respecto, pero le costó expresarse frente al Guarnat. Dudó una vez más de ella misma, así que temerosa continuó—: comprendo tu intención al querer incluir la música en nuestras lecciones, sé que lo propones de buena manera, pero, la vez pasada fue productivo, estaba trotando, bailando, conectada con las melodías de mi pasado, pero, creo que me distrae más de lo que me ayuda, si estuviera haciendo ejercicio es distinto, pero, si necesito concentrarme, entonces...

—Te entiendo —la interrumpió Sebastián, no quiso que siguiera esforzándose en explicar algo tan sencillo, como si fuese complicado comunicarse con él.

—De verdad agradezco que me hagas sentir cómoda, y que trates de ofrecerme las mejores condiciones —continuó explicando Luna, y no entendió cómo se le escaparon las siguientes palabras de la boca—, estoy convencida de que Eiris no se equivocó, eres el más indicado para entrenarme completamente, no tengo una explicación del por qué estoy segura de ello, simplemente lo siento así.

—Si en algún momento, crees que necesitas algo que pueda hacerte sentir mejor, o pueda ayudarte a desempeñarte mejor en una lección, no dudes en decírmelo —replicó el Guarnat tratando de no sobreanalizar las palabras de la humana, se sentía halagado y hasta cierto punto feliz, algo que contradictoriamente, también le hizo sentir culpable, supuso que, posiblemente, esta actitud agradecida y cálida, era parte de lo que no permitía que Aidan se concentrara y menguara la calidad de sus enseñanzas, ya que su hermano eran tan capaz como él para entrenarla, tanto de día, como de noche.

Sebastián comenzó a proyectar sus entrenamientos desde el principio, Luna no pudo evitar pensar

que, más que mostrar defectos y debilidades, el Guarnat de los misteriosos ojos verdes pretendía motivarla, eran obvios los avances que fue logrando con el tiempo, lo cuales además alcanzó con rapidez.

En ciertos recuerdos de sus peleas, Sebastián se puso de pie, y le indicó cómo todo el peso de su cuerpo estaba apoyado en su pierna derecha, lo cual dejaba su lado izquierdo vulnerable, también le mostró en los momentos que dudaba de ella misma, y le explicó el cómo, de ahora en adelante, debía compensar estas debilidades con teletransportación y levitación de rocas y ramas para protegerse.

Casi una hora después Luna comenzó a preguntarse cómo era posible que Sebastián mostrara sus recuerdos desde un punto de vista externo, como si él estuviera observando desde afuera, tanto a ella como a él mismo. Lo lógico era que el recuerdo fuera proyectado desde sus ojos como protagonista, y no como espectador, así que no dudó en preguntarlo.

—Como debes saberlo —explicó Sebastián—, los Guarnats tenemos los sentidos inmensamente desarrollados, y así como somos capaces de percibir la realidad que nos rodea a través de transmisiones extrasensoriales, y podemos percibir cualquier desequilibrio en el ambiente, también podemos tener un conocimiento exacto de nuestras experiencias desde un punto de vista externo, proyectar nuestros movimientos y expresiones tal cual nos hubiésemos observado como espectadores, y no como protagonistas, ¿me supe explicar?

—Perfectamente, y me parece algo maravilloso, ¿crees que yo también lo pueda lograr?, ¿proyectar algún recuerdo personal como si me estuviera viendo desde afuera?

—Si logras proyectar imágenes, y desarrollar tus sentidos mágicamente, probablemente puedas.

Luna se mordió los labios, evitando que se le escaparan las experiencias que había vivido las veces que tuvo visiones del paisaje nevado con la aurora boreal verde, a pesar de que estaba conversando con Sebastián de una manera tan amena, y que se sentía tan a gusto como para comentárselo, seguía pensando que esos momentos eran personales y que no debía hablarlo con nadie, era mejor cambiar la dirección de estos pensamientos.

—Oye Sebastián, recuerdo cuando Alena me estaba explicando la historia de los Tres Emperadores y el origen de los Guarnats, cada vez que le preguntaba algo, ella perdía la concentración y la proyección se desvanecía, en cambio ahora que estabas mostrando nuestros recuerdos, pudiste conversar y explicar situaciones sin detener las imágenes... —detuvo sus palabras al notar el desconcierto en el rostro del chico.

—En aquellos momentos, mi madre estaba conectada con el dolor de Caressa, su angustia y preocupación eran prioridad, y por eso no se enfocaba únicamente en sus manifestaciones mágicas, y aunque hubiera sido posible que mi madre se desentendiera de esa conexión, en ese momento, pensaba que debía ser su soporte y se concentró más en transmitirle paz a tu mamá, que en proyectar la historia —tomó una pausa y bajó el tono de voz, le sorprendió que se sintiera tan cómodo con Luna como para admitir lo siguiente—, yo también he estado distraído, y creí que no iba a poder explicar y proyectar al mismo tiempo, pero por lo visto, estábamos en una misma sintonía y supongo que por eso pude hacerlo,

tan distraído estaba que no me percaté de que lo había logrado, fue tan natural, que creo que contribuiste de algún modo y no nos dimos cuenta. Ahora que lo pienso, es posible que proyectáramos estos recuerdos juntos.

Luna sonrió ampliamente, y Sebastián la imitó, no quiso replicar nada para no estropear el momento, era tan agradable la conversación que estaban sosteniendo, que la paz que dominó su mente provocó que el cansancio golpeará su cuerpo, por lo cual se acostó para contemplar las estrellas, y él hizo lo mismo.

La manta era grande y había una distancia considerable entre ellos, el cambio de respiración en el Guarnat hizo que la humana se diera cuenta que su compañero estaba dormitando, le pareció increíble que esto sucediera, Sebastián siempre se encontraba alerta y tenso, esta tranquilidad la tenía sorprendida, nunca se imaginó que iba a poder presenciar al chico de los misteriosos ojos verdes de una manera tan apacible.

Enfocó su vista en el firmamento, y trató de no alterarse cuando comenzó a ver una aurora boreal de tonos rojizos, que iluminaban el cielo como si estuviera siendo teñido por brochazos de pintura; sin saber cómo explicarlo, sintió que estaba viviendo un *déjà vu*, pero algo no encajaba, así que se sentó sobresaltada, lo que ocasionó que Sebastián se levantara de un golpe. La visión se desvaneció.

—¿Ocurre algo? —preguntó Sebastián preocupado.

—No —mintió Luna—, estoy agotada, mejor me voy a dormir.

Sebastián asintió importunado con él mismo, le pareció insólito haberse permitido bajar la guardia de esa manera y quedarse dormido, con actitud seria escoltó a Luna hasta la puerta de su habitación, creando de nuevo un ambiente tenso entre ambos.

La humana estaba tan conmocionada por lo que acababa de experimentar, que no se percató de que había regresado la actitud recurrente del Guarnat de los misteriosos ojos verdes, era mejor no pensar sobre lo ocurrido, aquel cielo rojo la tenía confundida, y no comprendió su necesidad de ocultarlo, pero una vez más se repitió a ella misma que no quería compartirlo con nadie, ni siquiera con Sebastián, intercambió una corta despedida, para luego permitir que el cansancio le hiciera disfrutar de un sueño profundo.



## Capítulo V. El Jardín De Suni

Luego de una larga ducha al poco tiempo de despertarse, Luna pudo despojarse del entumecimiento de su cuerpo, ya que a pesar de haber dormido profundamente, sin sueños ni pesadillas, al levantarse sintió como la tensión de la noche anterior no se había ido de sus huesos.

Se asomó desde la ventana de su habitación, para contemplar el paisaje bajo la luz del atardecer, todavía no tenía hambre y la vista del bosque la tranquilizaba enormemente, enfocó su mirada al percatarse que alguien se aproximaba, un sonido desconsolador la erizó de pies a cabeza: los sollozos de una niña, tan familiares que eran escalofriantes.

Quiso teletransportarse hacia las afueras, pero la voz de su conciencia le pidió que aguardara, aquel ser se acercaba cada vez más, y le costó creer lo que vieron sus ojos: Pierah.

Tuvo que forzarse para inhalar una bocanada de aire, por un momento pensó que se le había detenido el corazón, era imposible lo que estaba ocurriendo, su hermanita no podía estar ahí, tenía que ser una trampa. Trató de utilizar su percepción mágica y definir quién era, porque si supuestamente había un hechizo que impedía el acceso de intrusos a las cercanías de la cabaña, ésa no era Pierah, pero entonces, ¿quién le jugaba una broma tan cruel?

El llanto de la criatura en el bosque se intensificó, y se detuvo a pocos metros de la residencia, donde se apoyó de un árbol para luego dirigir su mirada hacia la ventana de Luna.

Aunque estaba segura de que no podía ser su hermana, sintió la necesidad de trasladarse a las afueras, se preparó psicológicamente para defenderse de algún ataque, ya que aparentemente, aquello era una treta. La criatura detuvo sus gemidos al tener a Luna frente a ella, y con una mueca extraña en su rostro, su cuerpo se desfiguró hasta convertirse en Aidan.

—¿Reconociste mi esencia? —preguntó el Diáfano de los hermosos ojos azules.

Luna negó con la cabeza, y todavía desconfiada, dio un paso hacia atrás cuando Aidan intentó acercarse a ella.

—Soy yo —afirmó el Diáfano con su sonrisa característica.

Luna le devolvió la sonrisa, su corazón se calmó al asegurarse que no estaba corriendo peligro, en ese instante le pareció que podía reconocerlo perfectamente, sin embargo, creyó que haberse presentado bajo la figura de Pierah, había una acción de muy mal gusto.

—¿Por qué? —preguntó Luna.

—Sebástian me estaba comentando que no identificabas las esencias que te rodean, y quise probarlo por mí mismo, creí que ibas a reconocerme de inmediato —explicó Aidan sin moverse de su sitio, no quería sobresaltarla acercándose.

—Es difícil reconocerte cuando te presentas como Pierah, mis ojos querían creer que era ella.

—Precisamente nuestros enemigos esperan contar con eso, debes confiar en tu instinto —replicó Aidan.

—¿No existe algún hechizo o encantamiento que me permita identificar ese tipo de transformaciones? —interrogó Luna.

—Puede que con un Guarnat de bajo nivel, si estás altamente preparada, tengas la facultad de revertir su transfiguración, pero si es alguien de grandes poderes, solo puedes confiar en tu instinto, sentir la presencia e identificar el engaño.

—No sé cómo puedo lograr eso —admitió Luna.

—Como parte de tu entrenamiento, debes desarrollar cada uno de tus sentidos, eso permitirá que se agudice tu percepción. Sin embargo, es posible que hasta el ser más poderoso sea engañado; si permite que sus emociones y deseos lo controlen, está perdido —explicó el Diáfano de los cabellos como el sol.

—Entonces estoy perdida —replicó Luna suspirando desesperanzada.

—¡No lo estás! —exclamó Aidan aproximándose a la chica para abrazarla—, con práctica y tiempo, podrás estar preparada para cualquier desafío, es tu destino.

Luna permitió que el Diáfano la confortara, y durante un largo rato permanecieron en silencio entrelazados en un abrazo consolador, Aidan también necesitaba sentirla cerca, cada minuto lejos de ella, lo sentía como una tortura.

—¿Qué te parece si damos un paseo? —preguntó el Diáfano—, hay una caída de agua cerca de aquí donde me gustaría compartir un rato contigo.

—Vamos —asintió Luna.

Aidan tomó su mano, y así comenzaron su caminata a través de los tupidos árboles que los rodeaban.

—¿Cómo has estado? —interrogó el chico con su impactante sonrisa.

—Muy bien, ¿y tú?

—Tú sabes que siempre me siento bien cuando estoy contigo, es un sentimiento que me hace muy feliz, como si el resto del mundo no importara, es maravilloso; a veces me pregunto, si te das cuenta del poder que tienes sobre mí.

—¡Aidan!, ¿cómo puedes decir eso? Hay muchos seres en este mundo más importantes que yo.

—Para mí no, para mí no hay nadie más importante que tú, cada vez que estoy contigo, siento como si el ambiente que nos rodea es más acogedor. La brisa, el sol, los aromas, todo parece aprobar este amor que siento por ti.

Luna bajó la mirada, era inútil contradecirlo, así como era difícil pedirle que bajara la marcha, sobre todo cuando el corazón del Diáfano claramente quería galopar rápidamente hacia ella, como si con eso pudiera conquistarla más fácilmente.

—¿Te quedas esta noche para mi entrenamiento? —preguntó Luna otorgándole un aire más ligero a la conversación.

—No, solo tengo hasta que se ponga el sol, y, mientras eso ocurre, estoy a tu disposición, en estos

momentos soy todo tuyo, podemos caminar, correr, reírnos, hablar, abrazarnos, besarnos...

Dichas estas palabras, Aidan se detuvo y haló del brazo de Luna para luego unir sus labios a los de ella, acariciándolos inicialmente con dulce ternura, hasta que el contacto y la felicidad de tenerla entre sus brazos le hicieron despertar esa pasión que tanto le costaba controlar.

La chica se sintió comprometida a corresponderle con la misma intensidad. Aidan también era una persona muy importante para ella, un amigo, un confidente, un protector; y si quería intentar retribuir ese amor tan profundo, debía dejarse llevar por sus demostraciones de cariño.

Se estaban quedando sin aire por el calor del momento, cuando el crujir de unas hojas secas causó que interrumpieran su beso, y desviaran su mirada a una manada de lobos que caminaban cerca de ellos.

Al sentirse observada, prefirió continuar caminando, los bosques de Shiretoko eran realmente espectaculares, valía la pena recorrerlos admirándolos al mismo tiempo, sobre todo junto a la compañía de un ser tan agradable como Aidan.

—Siente los sonidos del bosque —comentó el Diáfano—, son fascinantes, como si estuvieran dándonos una serenata, como si con ello demostraran su alegría por nuestra relación —Luna sonrió con su mirada, las ocurrencias de Aidan la hacían sonreír, y un gesto tan sutil como este, esa simple reacción de parte de ella, lograba que el chico se sintiera el ser más dichoso del planeta, entonces la abrazó con fuerza y le dijo—: me encantan tus ojos, me encanta lo que expresas con ellos, me encanta que me demuestres que te gusta compartir conmigo, me encanta cada vez que correspondes mis besos.

El Diáfano de los cabellos rubios como el sol se detuvo de nuevo para regalarle unos delicados besos en el cuello apreciando cómo se le erizaba la piel, sucesivamente fue recorriendo su oreja, la mandíbula, las mejillas, hasta llegar otra vez a sus labios, esta vez se contuvo, y a los pocos segundos, reanudaron su caminata.

Llegaron a una cascada de aguas termales humeantes, donde se sentaron en una roca a conversar, Aidan le habló sobre sus hermanas y su madre, sobre cómo Miah y Aylin estaban progresando extraordinariamente, y quienes, siguiendo los pasos de su padre, se convertirían en Protets muy valiosas algún día. Bulan estaba feliz en Florencia, y Caressa pronto pondría su casa en alquiler. Le comentó que VitaEco había acordado con ella en rentar la vivienda a personas del mismo medio, que respetaran el pasado de su residencia, y que cuidaran el jardín como si fuera un miembro más de la familia.

Fue cuidadoso y no le nombró a Pierah, y a pesar de que ella quería preguntar al respecto, de nada valía hacerlo, todavía no estaba preparada para colaborar con su búsqueda, y si algo importante hubiera ocurrido, estaba segura de que Aidan no dudaría en comunicárselo.

Mientras el Diáfano deslizaba afectuosamente la palma de sus manos sobre los brazos y la espalda de la chica, ella le relató la experiencia mágica que tuvo la noche anterior en el lago con Sebastián. Él ya estaba al tanto de todo lo que había ocurrido, pero dejó que sus palabras corrieran, podía oír la voz de Luna por el resto de su vida, sin importarle no escuchar ningún otro sonido más nunca.

El sol se ocultaba, y comenzaron a caminar de vuelta a la cabaña con las manos entrelazadas,

Aidan aprovechaba para jugar con los dedos de Luna utilizando su pulgar. Al encontrarse frente a la puerta de la estructura de madera, el Diáfano volvió a besarla, esta vez con desespero, aspiraba despedirse bien, el GCM lo presionaba para que se concentrara en las amenazas de los Sombríos y no en la búsqueda de Pierah, realidad que no quería compartir con ella, no deseaba entristecerla.

—Debo marcharme, y aunque no me encuentre junto a ti, quiero que recuerdes que siempre te tengo presente en mi mente, recordando lo bonito que me haces sentir, y la esperanza que me infundes y que me hace pensar que todo va a salir bien.

Luna se sonrojó dando como respuesta su silencio acostumbrado, se abrazaron una vez más, y cuando estuvo sola, se dirigió a la cocina para prepararse algo de comer, el estómago le rugía con voracidad, y fue ahí donde la encontró Sebastián. Esta vez la chica sintió sus pasos, no supo si porque él marcó cada pisada con fuerza y así ser percibido, o porque estaba molesto, pero la actitud del Guarnat era de nuevo tensa, como si los momentos agradables de la noche anterior no hubieran ocurrido.

La chica ya estaba preparada para esta actitud, todavía no se sentía completamente cómoda al respecto, pero era algo que se estaba convirtiendo en una rutina habitual entre ellos, determinada por la seriedad y pocas palabras de Sebastián.

Luego de comer y de que Luna se bebiere dos grandes vasos del brebaje azul que ayudaban a compensar su cambio de horario, se trasladaron de nuevo a las afueras de la cabaña frente al lago, mientras hacían la digestión, el Guarnat le volvió a dar instrucciones y consejos de cómo enfocarse y canalizar energías para poder manifestar su magia, esa noche iban a volver a intentar controlar el agua con la ayuda del aire, sus emociones y pensamientos debían ser controlados si deseaba lograrlo.

Era extraordinario el dominio que estaba demostrando Luna con pocos días bajo la tutela y entrenamiento único de Sebastián durante las noches, manejaba ráfagas de aire a su antojo, condensaba bolas de agua y las lanzaba con facilidad hacia el otro extremo del lago, a veces lograba endurecer las esferas del líquido, las cuales se resquebrajaban al tocar las rocas que se encontraban en las orillas.

En ciertas ocasiones, él causaba distracciones para probar el estado de concentración de Luna, ya fuera con un grito o con un movimiento brusco, siempre lograba interrumpirla; y a pesar de que eran obvios los adelantos de la chica, no eran suficientes para defenderse sola de ser necesario.

Finalizaron el entrenamiento con un combate cuerpo a cuerpo, incluyendo magia en el enfrentamiento; Luna tomó en consideración todo lo que había aprendido sobre ella misma en las proyecciones de la noche anterior, y con destreza evitó ser subyugada por sus debilidades, utilizó levitación de rocas y ramas para atacar a su contrincante. En un par de momentos intentó lanzarle bolas de agua, pero no era lo suficientemente veloz, y antes de poder lograrlo, la tenían sometida en el suelo.

—De nuevo —le ordenaba Sebastián extendiendo su mano para ayudarla a levantarse, y una y otra vez, Luna rechazó esta ayuda frustrada por no tener una reacción más rápida y evitar ser tirada al piso.

Al terminar, se sentaron a comer en la mesa ubicada en el interior, donde el Guarnat de los misteriosos ojos verdes, se dispuso a proyectar los recuerdos de esa misma noche. Luna se preguntó

porque no lo hacían en las afueras, quizás Sebastián no deseaba que volvieran a tener un momento tan ameno como el que compartieron el día anterior, la chica interpretó esta acción como un desplante, una demostración de que él no quería establecer una amistad entre ellos.

Le costó concentrarse en las explicaciones que el Guarnat comentaba sobre las imágenes proyectadas, tanto así, que a veces se desvanecían cuando él hablaba. La molestia que la dominaba no le permitía conectarse con él, ella solo pensaba en que, si Sebastián quería que su relación se basara en las lecciones, y lo que debía aprender para alcanzar su destino como La Única, lo que iba a recibir de su parte era seriedad y enfoque; aunque contradictoriamente, esa noche no pudiera cumplir con esta resolución, la ira estaba reprimiendo cualquier esfuerzo por prestar atención a lo que él intentaba comunicarle.

Sintiendo que Luna quería retirarse a su habitación, el chico dio como finalizada la lección, y contrariado, intercambió un gesto de despedida con la chica.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente, Luna se despertó cuando ya había oscurecido, el sonido de los grillos era lo que más predominaba en el ambiente, y al levantarse, observó que sobre su escritorio había un arreglo floral de forma circular; flores silvestres, rojas y amarillas rodeaban el equipo reproductor que le habían regalado, sobre él, una nota con la letra inconfundible de Aidan que decía: "Presióname".

Con una gran sonrisa en el rostro, colocó las esferas de goma que servían como audífonos en sus oídos; en caso de que Sebastián estuviera en las cercanías, no quería que escuchara lo que Aidan había destinado solo para ella.

Al encenderse la pantalla del cristal, la melodía que acarició sus oídos le hizo soltar una carcajada de emoción, era una de sus canciones favoritas: *I Don't Want To Miss A Thing* de *Aerosmith*.

Luna sintió como el calor subió a sus mejillas, conocía la letra a la perfección, y de nuevo se imaginó al Diáfano de los hermosos ojos azules velando su sueño, inclusive llegó a la conclusión de que Aidan se acostaba junto a ella mientras dormía.

No importaba si el Diáfano se estaba valiendo de clichés o no, sus intentos por conquistarla eran totalmente halagadores, ¿cómo era posible que no cayera rendida ante tantas demostraciones de amor? Enamorarse de un ser que la amaba tanto no debería ser tan difícil, sobre todo si no había nadie más en el panorama que lo evitara, sin embargo, esa sensación de que algo faltaba, de que alguien la esperaba, la tenía atada de manos y pies.

Aidan no era el indicado, no era su destino, parecía absurdo pensar de esa manera, ya que el Diáfano de los cabellos como el sol era el más conveniente para cumplir su misión como La Única, con él debía ser pan comido formar la famosa fuente de energía de la que hablaba La Leyenda.

Cada vez que pensaba en esto, sus emociones confabulaban contra su mente y dificultaban sus

avances en el control de sus poderes mágicos, lo mejor que podía hacer, era evitar pensar en la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros al estar obligada a enamorarse de un descendiente puro de Tulúa, porque era así como se sentía con respecto a La Leyenda, como si amar fuera una imposición.

*“El amor no debería ser definido como una obligación”*, se repetía con frustración.

Los días siguientes pasaron velozmente, y cada uno de ellos tuvo la misma rutina: Luna se despertaba de noche, lo cual no le daba oportunidad de ver a Aidan cuando iba a visitarla, por lo que cada día encontró un poema, una caja de bombones de chocolate, o una canción dedicada especialmente para ella.

Luego, se disponía a entrenar con Sebastián. Peleas, teletransportación, levitación de objetos inanimados, y control sobre el agua y el aire fue lo que ocupó sus lecciones para perfeccionar sus técnicas.

Terminaban la noche cenando en el interior de la cabaña, donde Sebastián proyectaba los recuerdos del entrenamiento reciente para repasar las debilidades o errores que la chica debía corregir y mejorar. Luna mantuvo la misma seriedad que el Guarnat de los misteriosos ojos verdes, sin embargo, pudo conectarse con sus intenciones de enseñanza, facilitando la comunicación entre ellos, y el aprendizaje a través de las imágenes.

Unos días antes del cumpleaños de Luna, Sebastián la despertó al mediodía con un enorme vaso del brebaje azul, la chica se sobresaltó al sentir la calidez de su mano sobre el hombro, y con una patada lo lanzó al suelo, vaciando todo el contenido del envase encima de él.

Entre carcajadas limpiaron el desastre, y el Guarnat con su voz perturbadora y carrasposa, le pidió disculpas explicándole que había sido un error de su parte, no haberle advertido la noche anterior que iba a despertarla más temprano.

—Estoy planificando desde hace unas semanas, aprovechar la luna llena de la noche anterior a tu cumpleaños, para convocar un hechizo que pueda ayudarte a expandir tus poderes con la ayuda de otro ser mágico.

Antes de que la chica pudiera aclarar sus dudas sobre lo que acababa de decir, Sebastián desapareció para luego subir por las escaleras, unos minutos después, con un nuevo vaso repleto de aquella bebida compensadora.

—¿A qué hechizo te refieres? —curioseó Luna.

—Uno poco común, poco utilizado. Combinando ciertas hierbas, un cristal o roca amplificadora, y algo de magia, podemos crear un artefacto que permita que puedas compartir o apoyarte de los poderes de un Elfo o de un Guarnat para maximizar los tuyos, y así lograr el mayor alcance posible.

—¿Eso quiere decir que puedo apoyarme de cualquier ser mágico en cualquier momento que lo necesitemos? —preguntó Luna esperanzada—, ¡es perfecto! ¡Con eso solucionamos mi futuro como La Única!

—No, el hechizo tiene sus limitantes: solo funciona por un par de semanas, desde una luna llena hasta la siguiente luna nueva, luego se desvanece, y tu cuerpo será inmune a él si lo volvemos a intentar.

Otra limitación es que debe hacerse antes de que cumplas dieciocho años, porque debe ser usado por alguien cuya magia sea débil y naciente, y por último, el ser del que te apoyes debe estar dispuesto a ello, deben crear un vínculo invulnerable durante el tiempo que dure el encantamiento —replicó Sebastián con cierta amargura en su voz.

—¿Entonces de que sirve que hagamos el hechizo? Si solo funciona por tan corto tiempo, ¿ocurrirá algo que desconozco durante las próximas semanas?

—Servirá para que tengas un mayor conocimiento de los poderes que eres capaz de alcanzar, cada demostración mágica que expreses durante el tiempo que estés bajo el efecto del encantamiento, y gracias a la conexión que tendrás con un ser elemental, se aprovechará para que concientices, e identifiques, todo lo que puedes lograr. Más adelante, repetirlos se te hará más fácil.

—Parece un buen plan —admitió Luna—, pero no entiendo porque me despertaste más temprano. No me malinterpretes, no tengo ningún problema en levantarme a cualquier hora si es necesario, simplemente siento curiosidad.

—Vamos a trasladarnos al Parque Nacional Jirisan en Corea del Sur, ahí escogerás las hierbas, conozco el lugar ideal para que vayamos en este momento.

Sebastián se retiró de la habitación con la intención de darle privacidad a Luna, y así se preparase para salir en esta nueva excursión. La chica quedó con más interrogantes sobre lo conversado, pero pensó que tendría otras oportunidades durante el día para aclarar cualquier duda.

Luego de disfrutar de una comida ligera, Sebastián apoyó su mano en el codo de la humana, y la transportó a las afueras de una cautivante población, que presentaba una combinación de arquitectura moderna y tradicional, donde flores púrpuras silvestres, y cerezos de tonos rosados predominaban a la vista; verdes montañas podían apreciarse hacia todas las direcciones, y la pareja se dispuso a recorrer caminos empedrados hasta llegar a lo que parecía un festival donde sobrecogedores aromas cundían el ambiente.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Luna embelesada dejándose contagiar por la alegría de los presentes.

—Nos encontramos en *Sancheong*, donde todos los años, en el mes de mayo, se organiza un festival de hierbas medicinales, en los alrededores crecen más de mil variedades, y como podrás observar, participan y es visitado por personas de todas partes del mundo.

—Es donde voy a escoger lo que se necesita para el hechizo de luna —afirmó la chica suponiendo estar en lo cierto.

—Es donde vamos a ubicar a Suni, una humana Proter con grandes facultades curativas, su pasión es la fitoterapia, igual que tu madre —contradijo el Guarnat de los misteriosos ojos verdes. Se abrió paso entre la multitud, hasta llegar a un *stand* donde se encontraba una hermosa mujer de rasgos asiáticos y encantadora sonrisa, acompañada de dos asistentes de actitud colaboradora.

La cautivante Suni, saludó a Luna con un fuerte abrazo como si la conociera de toda la vida, le

preguntó por su madre y sus hermanas lo que le hizo suponer que las conocía, quizás era así desde tiempos pasados, cuando su padre todavía vivía. Le tomó unos segundos percatarse de que la mujer estaba hablando su mismo lenguaje, y pronto recordó haber oído hablar de una Proter de Corea del Sur cuyos talentos y dedicación, al igual que su esposo, eran dignos del respeto de la Comunidad Mágica, ambos dominaban varios idiomas y tenían una gran magnitud de conocimientos sobre las culturas humanas de todo el planeta.

Las asistentes de la Proter acordaron quedarse encargadas del *stand* durante el tiempo que Suni llevara a los visitantes a su hogar, donde entraron por una puerta lateral hacia el patio trasero, ahí pudieron apreciar un jardín, cuya similitud con el de la residencia Polleo, produjo una gran melancolía en el corazón de Luna.

Caminaron entre matorrales, arbustos y árboles por senderos de arenilla hasta llegar a lo que parecía un gran muro cubierto de hiedras. Suni apoyó un artefacto circular cuyo centro era un zafiro en la pared vegetal, y para la sorpresa de Luna, se abrió como si fueran unas cortinas, y dio paso a un huerto de hierbas y plantas cuyas texturas, formas y colores, nunca habían sido vistos anteriormente por los ojos de la chica.

Tres hierbas en particular captaron la atención de Luna, una estaba conformada por pequeñas florecillas de color verde manzana, otra, tenía extrañas hojas en forma de estrella de color naranja, y la última, unas tupidas esferas del tamaño de pelotas de golf cuyo color amarillo fosforescente parecía estar encendido como bombillas de gran potencia.

Suni y Sebastián permanecieron quietos y en silencio, mientras observaban a Luna acercarse a cada una de las plantas como si estuviera hipnotizada, no solo los colores la tenían asombrada, el olor de cada una, producían unas olas de placer y éxtasis en su interior.

—Creo que ya tenemos las hierbas ganadoras —comentó Suni sonriendo mientras se equipaba de unos guantes especiales y una pinza de particulares hojillas.

Sebastián le indicó con un gesto a Luna que se apartara, cosa que hizo con pesar, no quería alejarse de aquella sensación tan agradable que le producían aquellos bienes de la naturaleza mágica.

—*Clatera*, utilizada para exaltar virtudes escondidas —dijo Suni mientras cortaba las florecillas verdes—, *siminu*, empleada para la concentración y enfoque —agregó tomando una porción de las hojas naranjas, para luego acercarse a las esferas amarillas—; y *zito*, para fortalecer el espíritu manteniendo la sensibilidad de la percepción, ¡excelentes opciones!

—¿Cómo...? —curioseó Luna mirando a Sebastián intrigada, no supo cómo fue que escogió aquellas especies.

—Te ayudé a sensibilizarte para que permitieras que tus sentidos, e instintos, te guiaran hacia las hierbas con las que más te identificaras, ya que subconscientemente, buscas las herramientas que necesitas para potenciar tus poderes —susurró el Guarnat de los misteriosos ojos verdes.

Minutos más tarde se encontraban en la cocina de Suni, donde disfrutaron de un té frío mientras la



Proter guardaba las hierbas en unos envases cuadrados de cristal irrompible. Sebastián se mantuvo cordial y conversador, preguntó a la mujer por sus tres hijos pequeños quienes estaban de excursión con su esposo, luego el Guarnat quiso saber cómo se sentía con la idea de mudarse, y así fue como Luna se enteró que era muy posible, que la anfitriona y su familia, se fueran a vivir a la ciudad natal de las Polleo, tomando como residencia el hogar de Luna.

Luego de haber presenciado los atentos cuidados con los que mantenía su jardín, la chica tuvo que admitir que si su madre iba a ceder su hogar para que otros vivieran en ella, Suni era la mejor opción.

Como parte de la conversación que mantuvo con sus acompañantes, se enteró de que Marian y Marcus estaban considerando mudarse a Europa, ya que Galvin pasaba la mayoría del tiempo viajando, y ya no era necesario velar por Caressa; los Peura querían colaborar con la Comunidad Mágica en planificar estrategias para prevenir cualquier intención de ataque que proviniera de los Sombríos, y podían ser de mayor ayuda, si colaboraban en la sede principal de los Protters en Holanda.

Desde la ventana de la cocina, Luna perdió su mirada en el extraordinario jardín preguntándose si su madre tenía alguna sección oculta en su patio trasero, donde escondiera plantas mágicas de la vista de los demás, inmediatamente supo que no era posible, Caressa siempre mantuvo la posición firme de no tener ningún tipo de contacto con aquel mundo que creía responsable de la muerte de Roald.

Se despidieron con la misma efusividad y cariño con la que se habían saludado, y luego de que Sebastián guardara las cajitas en las cuales Suni había almacenado las hierbas, caminó junto a Luna hacia el mismo punto donde habían llegado horas antes a *Sancheong*.

—Las montañas de Jirisan, tienen unos puntos óptimos para practicar escalada, ¿te gustaría escalar un rato? —preguntó Sebastián

—¡Por supuesto que quiero!, ¿pero no crees que mi seguridad y mi entrenamiento estarían en riesgo? —replicó Luna,

—Tu seguridad no es motivo de preocupación en estos momentos, estoy alerta y al tanto de cada una de las presencias de los alrededores. En cuanto a tu entrenamiento, me gustaría que te tomaras unos días para relajarte y conectarte con tu paz interior, mi intención es propiciar las mejores condiciones para el hechizo de Luna: las mejores hierbas y roca o cristal que esté más acorde a tus necesidades, la locación, el momento adecuado...

—¿Dónde vamos a conjurar el hechizo? —curioseó la chica.

—Estoy considerando el Everest. No es que sea totalmente necesario que practiquemos el encantamiento en lo que es considerado el lugar más alto del mundo, simplemente su sugestión podría ayudarte, sentir que estás lo más cerca posible del cielo y la luna, manteniendo tus pies sobre la tierra — comentó Sebastián con la vista, enfocada tanto en el camino que recorrían, cómo en todos los alrededores

—He leído que la falta de oxígeno, y el frío extremo del Everest son causantes de muchas muertes de excursionistas.

—Es cierto, pero esos excursionistas no tienen poderes mágicos, ni un Guarnat como acompañante

que vele por su seguridad y calidad de vida —replicó Sebastián con esa simulada sonrisa que escondía en la comisura de sus labios.

Incursionaron por caminos espléndidos rodeados de una flora cuidadosamente conservada. Llamativos árboles, flores silvestres, ríos con cristalinas pozas, y pequeñas caídas de agua fueron las maravillas que pudieron disfrutar mientras escalaban. Luna se asombró de sus nuevas y desconocidas destrezas que facilitaban excepcionalmente su habilidad para recorrer las rocas, algo con lo que no contaba en el pasado antes de despertar al gen mágico.

De vuelta en la cabaña del Parque Nacional Shiretoko en Japón, Luna y Sebastián empezaron a preparar juntos la cena, su madre le había enviado su masa y salsa de tomate especial para cocinar pizzas, así que luego de encender el horno, cada uno tomó algunas verduras y diversos ingredientes para cortarlos y acondicionarlos para su cocción.

No habían intercambiado muchas palabras entre ellos desde que se marcharon de Sancheong para escalar en las montañas de Jirisan, pero a diferencia de otras ocasiones, el silencio era deleitable y natural, ambos se sentían cómodos con la compañía del otro.

Finalizada la comida, se dirigieron hacia las afueras para relajarse, Luna se acostó en la hamaca, y Sebastián se sentó a su lado en el suelo, ninguno de los dos inició una conversación, y era placentero compartir de esa manera, sin tensiones en el ambiente, ni preocupaciones en las cuales pensar. El Guarnat estaba propiciando que la chica se conectara con su paz interior como lo había sugerido.

Una tranquilidad que creyó inalterable, gobernaba cada rincón de la mente de Luna, seguidamente, la esperanza de que todo pudiera salir bien tomó posesión de sus sentidos, algo le decía que este hechizo en particular, iba a conllevar resultados positivos, y en consecuencia, iba a aprender el alcance de sus poderes y cómo controlarlos.

Entonces Luna se preguntó cómo exactamente funcionaría el encantamiento, si se iba a sentir diferente, o simplemente la manifestación de su magia iba a producirse como si fuera algo natural o cotidiano en ella, asomó su rostro en el borde de la hamaca para preguntarle al respecto a Sebastián, quien, al notar que la chica se movía, impulsó su cabeza hacia delante para asegurarse de que estuviera bien.

Lo que ocurrió a continuación, fue tan rápido como perturbador, una juguetona brisa, zigzagueó entre ellos alborotando los cabellos del Guarnat de los misteriosos ojos verdes, un aroma fresco que le recordó al olor de la montaña después de llover, embriagó a la chica por completo, pensó que estaba alucinando cuando sintió que esos ojos se fijaron en sus labios como si quisiera besarla, posiblemente eran locuras suyas, naturalmente, por la proximidad de sus rostros, Sebastián debía fijarse en sus labios si ella iba a comentarle algo.

Sí, definitivamente se estaba volviendo loca, unas luces verdes que se encendían y apagaban intermitentemente, parecieron rodear el rostro de aquel chico que en estos momentos lo consideró irresistiblemente atractivo, su mente le dijo inmediatamente que aquellos destellos no los veía con sus

ojos, sino que eran como un recuerdo en el fondo de su subconsciente, algo particularmente extraño.

¿Era posible que lo que sentía en este momento eran unas inmensas ganas de besarlo? No, estaba equivocada, esa tranquilidad que Sebastián le otorgaba para relajarse, confundía su cabeza. Con la misma prontitud con lo que sus rostros se acercaron, volvieron a colocarse en la posición en la que estaban sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra; Luna no supo exactamente qué pasó por la mente de su acompañante en ese acercamiento tan desconcertador, y no quiso saberlo tampoco.

La familiar tensión proveniente del Guarnat, invadió el ambiente por unos segundos, y luego se calmó, como si Sebastián quisiera aparentar que nada había pasado, sintió que ella tenía que reaccionar de la misma manera.

A pesar de que Luna sabía que debía volver a recuperar su serenidad y su conexión con su paz interior, el placer que sintió por el olor de Sebastián y las ganas de besarlo, era algo que tenía que analizar. Tanto rechazo había sentido hacia él desde que despertó sus poderes, que no entendió cómo era posible que hubiera percibido, aunque fuera por unos segundos, una atracción de la cual pensó que no podía escapar.

Respiró profundamente y se dijo a sí misma: *“No, no pude haber sentido atracción, definitivamente fue agradecimiento, sí, eso sentí: agradecimiento”*.

Sebastián se había convertido en una base, un suelo estable que la mantenía de pie, a pesar de las tensiones y sus actitudes hurañas, cualquier peso que sintiera en sus hombros por su hermanita, por La Leyenda, por los Sombríos; cualquier angustia, cualquier pesadumbre, se sentía más liviano cuando estaba en su compañía.

Junto a él todo fluía, sin importar cuánto la hiciera rabiar, sin importar las veces que malinterpretara sus críticas, sin importar la incomodidad de los silencios; sabía que, junto a él, era mejor persona y tenía mejores oportunidades de crecer y desarrollarse.

Por su parte, el Guarnat experimentó una sensación distinta a la de ella, no olió su aroma, ni tuvo visiones de luces verdes, pero por una fracción de segundo, sintió que aquella criatura era perfecta, digna de ser amada y admirada. Un rol que no le correspondía a él, entonces pensó en Aidan, y curiosamente, Luna también.

—Te preguntarás, si hoy fuimos a buscar componentes para el hechizo durante el día, porque no te acompañó Aidan —comentó Sebastián.

—La verdad es que no —admitió Luna—, pero ahora que lo mencionas, no he recibido mi cliché del día —se hundió en la hamaca avergonzada, al darse cuenta de lo que acababa de decir. Era totalmente probable que Sebastián malinterpretada una expresión tan demeritoria como lo era la palabra “cliché”; un término privado que ella le adjudicaba cariñosamente a las demostraciones de amor que Aidan le entregaba todos los días; las consideraba tiernas y graciosas, lo menos que quería era que su hermano le dijera que las menospreciada.

Su acompañante pareció no escuchar lo que ella dijo, porque continuó hablando como si no hubiera

dicho nada:

—Está trabajando prácticamente sin descanso, tomando varias misiones al mismo tiempo, todo con la finalidad de poder compartir libremente contigo el día de tu cumpleaños.

Luna murmuró frustrada, probablemente esas actividades no incluían la búsqueda de su hermana, también se arrepintió de pronunciarlas, pero no pudo contenerse.

—Tienes razón, probablemente no, tengo entendido que se está dedicando a otros asuntos oficiales del Gran Consejo Mágico, para no sentirse culpable de tomarse el tiempo libre que tiene planificado, desea ofrecerte la mejor celebración posible en el aniversario de tu nacimiento. Sabe que para los humanos las fiestas y regalos durante ese día son importantes —replicó Sebastián con un tono impasible, como siempre.

—No sé cuáles serán sus planes el domingo, pero, ¿no te parece irresponsable que me tome un día para festejar? Preferiría que él se dedicara a buscar a mi hermana, y yo a entrenar —dijo Luna taciturna, con la mirada perdida en la noche que los arropaba.

—Las distracciones, y el buen aprovechamiento de un periodo libre para divertirte durante ese día, te harán bien, y si lo que te preocupa es el paradero de Pierah, en este tiempo, alguno de nosotros está siguiendo una pista continuamente, de eso puedes estar segura, encontrarla es uno de los factores que podría darte paz y tranquilidad para concentrarte en alcanzar tu destino como La Única; recuerda que nuestra meta es otorgarte las mejores condiciones para lograrlo, y ubicar a tu hermana, representaría motivación, alegría y fuerza para ti.

—¿Tú también sigues pistas cuando no estás conmigo? —preguntó Luna agradecida, pensaba que el Guarnat de los misteriosos ojos verdes pasaba su tiempo libre lamentándose de tenerla a ella como una carga.

—Entre otras cosas —afirmó Sebastián esquivo.

Luna supo por el tono de su voz, que el Guarnat no quería hablar al respecto, además, las actividades del día estaban cobrando factura sobre su cuerpo, se sintió agotada y satisfecha de haber escalado en Jirisan, entonces recordó el aroma y los colores de las hierbas que había escogido en el jardín de Suni, y una sonrisa iluminó su rostro.

Se levantó de la hamaca, y Sebastián la imitó poniéndose de pie, la chica se despidió con un gesto de mano y subió a su habitación, esa noche soñó apaciblemente con un bosque de suelos cubiertos de musgo y alerces gigantes, donde pequeñas lucecillas verdes se encendían y apagaban intermitentemente, un sueño que no recordó a la mañana siguiente, como si su mente le tuviera prohibido pensar en ese escenario.

## Capítulo VI. Hechizo De Luna

Verde, todo a su alrededor era verde: valles, bosques, montañas; a excepción del cielo, que se mostraba como un lienzo azul con unas cuantas motas de nubes blancas. Luna inhaló la mayor cantidad de aire que le permitieron sus pulmones.

Esa mañana se levantó temprano, justo antes de salir el sol. Trotó varios kilómetros, acompañada de la música proveniente de aquel especial artefacto de cristal, deleitando su mirada con el amanecer, para después saborear un succulento desayuno y un par de vasos de aquella maravillosa bebida azulada.

El día inició prometedoramente, y así se mantenía, Sebastián se adentró a la cabaña a mitad de mañana para informarle que iba a trasladarla al Parque Nacional *Gorkhi-Terej* en Mongolia, y ahí se encontraban, bajo la luz del acogedor sol que los recibía en aquel solemne paisaje.

Caminaron adentrándose entre frondosos árboles hasta encontrarse con una pradera de flores oculta para los ojos humanos, los colores variaban en tantos matices que era imposible fijarse en una sola planta en particular. Por alguna razón, Luna sintió como si este lugar fuera un portal a otra dimensión, una sensación rara que le causaba nervios por la expectativa. Sebastián se detuvo, y ella lo imitó.

—¿Hacia dónde vamos? —interrogó la chica.

—A Carerunt, la población donde vas a escoger la piedra o cristal para invocar el hechizo de luna —respondió su acompañante con la mirada bailando hacia varias direcciones. A Luna le pareció que estaba en estado de alerta.

—¿Carerunt? No creo haber oído nunca hablar de un pueblo con ese nombre.

—Esa es la intención de sus habitantes —replicó Sebastián.

—¿Qué nadie oiga o hable sobre su población?

—Que los humanos no sepan sobre su existencia, inclusive, ellas prefieren mantenerse marginadas de la Comunidad Mágica. Solo en mayo reciben las visitas de algunos elementales, tienen las mejores piedras y cristales para hechizos —explicó el Guarnat de los misteriosos ojos verdes.

—¿Por qué solo en mayo? —insistió Luna con sus preguntas, siguiendo los destinos de la mirada incesante de Sebastián, él estaba esperando algo o a alguien.

—Principalmente, por el festival de hierbas medicinales de *Sancheong*.

La chica dedujo inmediatamente, que era lógico que la cosecha de las mejores plantas mágicas, fuera acompañada de las mejores rocas para practicar encantamientos. De pronto una palabra de la explicación de Sebastián, hizo eco en sus oídos.

—¿Ellas? —curioseó la chica.

—Sí, Carerunt es habitado únicamente por Diáfanas y Elfas.

—¿Por qué?

—Se apoyan unas a otras para sobrellevar el sufrimiento de una decepción o pérdida amorosa, algunas fueron traicionadas o abandonadas por un humano, otras, los perdieron por su muerte, y a pesar

de que muchas permanecen el tiempo suficiente para sobreponerse y seguir sus vidas, algunas prefieren vivir ahí el resto de su vida.

—¿Hay muchas poblaciones como Carerunt?, es decir, ¿existe alguna población habitada por Elfos y Diáfanos también?, ¿o acaso solo los hombres son los que se desenamorán de seres mágicos y no las mujeres? —la cabeza de Luna dio vueltas pensando en Aidan, y en cuál sería su destino si no llegara a corresponderle como él quisiera.

—Cada ser lidia con su dolor a su manera. Los Diáfanos y Elfos se concentran en trabajo para opacar sus penas, y no todas las féminas vienen a Carerunt para lidiar con sus tristezas.

—Yo las llamo el club de los corazones rotos, o las lobas heridas —bromeó Galvin a las espaldas de Luna sobresaltándola.

—¡Galvin! ¡Eiris! —exclamó Luna con una gran sonrisa en el rostro.

Se abrazaron con fuerza como si tuvieran años sin verse, Galvin representaba para Luna, esa conexión con aquel pasado que tanto extrañaba, cuando era una simple adolescente humana viviendo una vida normal.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Luna sin dejar de sonreír, y expresar su felicidad.

—Galvin es la distracción adecuada —dijo Eiris.

—¿Adecuada para qué? —instó Luna.

—Las emociones que se respiran en Carerunt son intensas —intervino Galvin—, y nunca han sido visitadas por un humano, somos la razón de su sufrimiento.

—Para agudizar tu percepción, Sebastián intensificará tu sensibilidad, por eso pensamos, que Galvin sería la distracción más óptima para que las emociones intensas que transmiten los habitantes de Carerunt, sean dirigidas hacia él mientras tú te enfocas en conseguir la roca adecuada para ti —agregó Eiris.

—Ya me imagino sus caras cuando me vean, querrán matarme con sus miradas, ¿soy valiente o qué? —dijo Galvin en tono burlón. Todos sonrieron.

—Eres un caballero valiente, con armadura resplandeciente y todo —replicó Luna señalando los ojos brillantes de su amigo, su emoción era palpable y la chica cedió a sus ganas de abrazarlo rodeándolo con sus brazos.

—Estás tenso, no asumas tanto, yo te ayudo bloqueando la presencia de Luna, tú dedícate a aumentar su sensibilidad —murmuró Eiris junto a Sebastián para que solo él la escuchara, este respondió asintiendo con la cabeza.

—¡Vamos! —exclamó Galvin y tomó la mano de Luna para iniciar esta nueva aventura juntos como cuando eran niños.

Galvin exhaló todo el aire de sus pulmones, y luego inhaló lo más que pudo. Levantó su barbilla y amplió sus hombros. Lo que iba a experimentar no iba a ser fácil, de repente estaba prejuiciado y no iba a ser tan desestabilizador como se imaginaba, pero no pudo evitar pensar que iba a adentrarse en un

territorio, donde los hombres representaban la fuente del dolor de todas sus habitantes. Le dedicó una gran sonrisa a sus acompañantes para informarles que estaba listo.

Eiris rozó con la yema de sus dedos, una de las flores más grandes de tonalidades rojas y naranjas que se encontraba en los límites de la pradera, y un camino se abrió, su suelo estaba cubierto con una niebla plateada, que al llegar a cierto punto, se expandía hacia arriba como un muro.

—Cuando lleguemos al otro extremo, justo donde se levanta la bruma, necesito que esperen unos minutos mientras voy a hablar con Clea. No se muevan hasta que regrese —indicó Eiris dirigiéndose a Galvin y Luna. Sin embargo, Sebastián esperó junto a ellos cuando su hermana se perdió en la nube plateada.

—¿Quién es Clea? —susurró Luna cuando la Diáfana de ojos azules como el cielo desapareció de su vista.

—Es la cabecilla del club de los corazones rotos —respondió su amigo sonriendo.

Los minutos parecieron horas, Galvin trató de aliviar el ambiente, pronunciando burlas inocentes, como por ejemplo, que al llegar, iban a meterlo en una olla para ser cocinado y devorado. La chica intentó seguirle el juego, pero la ansiedad la estaba consumiendo. Sebastián mantenía su actitud imperturbable de siempre.

De pronto, Eiris apareció de nuevo acompañada por una Elfa de mediana edad, su belleza era impresionante, tenía los cabellos plateados y lacios hasta los hombros, su cuerpo era atlético, y llevaba un vestido blanco que favorecía sus curvas. Al acercarse, sus ojos dorados captaron toda la atención de Luna.

—¡Bienvenidos! —exclamó Clea abrazando a la humana con sincero cariño. Inmediatamente dirigió su cautivante mirada hacia Galvin para decirle—: No temas.

Tomó la mano libre del chico, quien la siguió como si estuviera hipnotizado. Luna apretó con fuerza confortadora los dedos de su amigo.

Al cruzar la niebla, todas las expectativas de Luna fueron superadas grandiosamente. En su mente se había imaginado un pueblucho gris y triste, pero en cambio, se encontró con un poblado de tonalidades alegres y hospitalarias, era muy similar a las aldeas de los Guarnats; los senderos que surcaban entre las viviendas eran bordeados por plantas y flores, un riachuelo cristalino, donde nadaban llamativos pececillos, atravesaba la mitad de la plaza central, y sobre él, se observaba un pequeño puente de madera.

Elfas y Diáfanas deambulaban sonrientes, lo que se respiraba en el ambiente era esperanza, y no la desolación que Luna se había imaginado.

Algo cambió de repente, y la tensión se abrió camino cuando una Elfa divisó a Galvin. Fue una sensación contradictoria, porque a pesar de que Luna creía que su amigo iba a ser el blanco del odio de sus habitantes, lo que se percibía era asombro, como si el humano fuera un animal raro que estaba siendo visto por primera vez.

La presencia de Sebastián fue ignorada, aunque no era común que seres mágicos del sexo masculino visitara la aldea, no afectaba tanto a las habitantes de Carerunt como la esencia inconfundible de un humano.

Clea guio a Galvin, y al resto de los visitantes, hasta la plaza donde se ubicaba el riachuelo y el puente; un grupo de habitantes se encontraba sentadas en unos banquillos conversando, y el silencio reinó cuando se acercaron.

—Supongo que reconocen a Luna, La Única mencionada por La Leyenda —dijo Clea, inmediatamente señaló al humano y agregó—: y este es Galvin, su amigo de la infancia, una pieza importante en su vida.

Escépticas sonrisas recibieron al recién llegado, pero no eran tan incómodas como para hacerlos sentir que no eran bienvenidos.

—Luna vino a buscar una piedra para realizar un hechizo de luna —indicó Eiris mientras saludaba con una sonrisa a las presentes. Un par de ellas se acercó a Sebastián para conversar con él.

—Sinserra tiene las mejores rocas para artilugios que vayan a ser utilizados sobre humanos —indicó una Diáfana de cabellos y ojos oscuros, su espectacular piel canela brillaba bajo el sol.

Eiris asintió indicándole a Luna que la siguiera, ella no se había percatado que tenía sujeta todavía la mano de su amigo, hasta que comenzó a caminar tras la hermana de Sebastián y el estirón de su brazo la frenó. Una carcajada general liberó la tensión en el ambiente.

Segundos después, se encontraban Luna y Eiris adentrándose en un pequeño callejón, aunque la primera supo que los demás no notaron el cambio de humor en la segunda, ella si notó que cuando nombraron a Sinserra, la Diáfana se mostró disgustada.

Como Luna no quería quebrantar el intento de Eiris de hacerla sentir relajada, prefirió distraerse conversando.

—¿Cómo funciona esto? ¿Tenemos que pagar por la piedra o cristal que escoja? —preguntó Luna con sincera curiosidad, ya que sabía que los seres mágicos no manejaban algo tan superficial como el dinero.

—Todo dependerá de cómo te perciba Sinserra. Normalmente las rocas te las dan como regalo, o te piden algún favor, en caso de que necesiten algo del mundo exterior y sienten que no tienen la disposición de salir de Carerunt; sobre todo si es algo que el ser que necesite la roca puede conseguir.

—¿Cuál favor necesitará Sinserra de mí? —interrogó Luna asumiendo, por la actitud que tenía Eiris, que no le iba a regalar la roca.

—No te adelantes a los acontecimientos, respira, percibe, siente. Luego, nos preocupamos por las negociaciones, si te identificas con alguna de sus piedras, y ella quiere pedir algo a cambio —replicó Eiris con un tono tranquilizador, inyectando optimismo a los temores de Luna.

Llegaron hasta los confines de la población, donde se encontraba una vivienda camuflada entre ramas y hojas; flores silvestres cubrían ciertos sectores de su entrada, se observaba muy bien mantenido



el lugar. La puerta principal estaba abierta de par en par, y al fondo, tras una sala de estar de muebles rústicos, se ubicaba una Elfa de cabellos castaños y ondulados, moldeando un cuarzo de tonalidades verdes y azules que se situaba sobre la base de un tronco grueso.

Cuando Luna y Eiris se adentraron a la residencia, Sinserra se detuvo de inmediato y volteó su mirada, sus ojos grises se llenaron de malicia al verlas, y una sonrisa maquiavélica invadió sus labios.

—¡Hola, Sinserra! —exclamó Eiris acercándose para saludarla.

La Elfa saludó a la Diáfana sin desviar su mirada del rostro de Luna, quien se erizó de pies a cabeza con solo entrar al lugar. Sinserra dio un par de pasos hasta una mesa que se encontraba a su izquierda, y donde se ubicaban una gran cantidad de piedras y cristales. Disimuladamente, movió las rocas como si las estuviera ordenando, cubriendo una de ellas con su mano para colocarla lo más cerca posible de la humana.

—Supongo que necesitas algo que me pertenece —dijo Sinserra dirigiéndose a Luna con una voz dulce y seductora.

—¡Tienes unas piedras tan maravillosas, Sinserra! —exclamó de nuevo Eiris acariciándolas, un gesto que no fue apreciado por la Elfa, ya que supo que la Diáfana quiso romper el vínculo que trataba de formar con Luna.

—Gracias —replicó Sinserra manteniendo su encantadora voz.

Luna inmediatamente clavó su mirada en aquella roca que la Elfa había acercado a una esquina de la mesa, su textura era áspera y de color gris plomo; a los ojos de cualquier humano no tenía ningún atractivo especial, pero para los de la humana, era como si la llamara y le pidiera que la agarrara.

—Veo que ya conseguiste lo que necesitas —dijo Sinserra agregándole satisfacción a su dulce voz.

Una sombra proveniente de la puerta desvió la atención de la Elfa y la Diáfana, solo Luna no pudo desviar su vista de aquella piedra, hasta que escuchó la voz de Sebastián tras ella.

—Tiempo sin verte, Sinserra —dijo el Guarnat de los misteriosos ojos verdes, quien a pesar de tener su rostro inalterable, estampaba dureza en sus palabras.

—Sebastián —saludó a la Elfa sonriendo, se aproximó al recién llegado con la intención de crear una barrera invisible entre él y Luna, lo cual logró inmediatamente, la chica volvió a concentrar su mirada en la piedra grisácea.

—Esta es —afirmó la humana señalando la roca sin atreverse a tocarla, a pesar de que se moría de ganas por hacerlo.

—¡Maravilloso! —exclamó casi a gritos la Elfa sobresaltando a Luna.

—Vámonos, Luna —dijo Sebastián esquivando a Sinserra para llegar hasta donde la humana se ubicaba.

Posó su mano sobre la espalda de Luna para guiarla hacia afuera, quien inicialmente se erizó al sentir el contacto del Guarnat sobre ella, luego ofreció resistencia, ya que no quería despegarse de aquella especial piedra, hasta que no pudo evitar ceder a la petición de Sebastián, y comenzó a caminar.

—Sabes que la humana ya se identificó con ella, no funcionará con otra roca de la misma naturaleza —afirmó la Elfa con una evidente perversidad en su voz.

Sebastián se detuvo, dirigió una fría mirada hacia Sinserra, y con una sonrisa oculta en la comisura de sus labios le dijo:

—Tengo un plan de respaldo.

No fue hasta que Luna se encontró de nuevo bajo el sol, que se percató de lo pesado que era el ambiente en la casa de Sinserra. Inhaló y llenó sus pulmones de aire fresco y esperanzador.

—¿Qué pasó? —preguntó Luna caminando junto a Sebastián, se dirigían de nuevo a la plaza central de Carerunt.

—Sus intenciones no eran buenas —explicó vagamente, lo que le hizo comprender a Luna, la razón por la cual Sebastián se había aparecido en la casa de la Elfa: él podía sentir cuando corría algún tipo de peligro o amenaza.

—¿Qué quería a cambio? —curioseó de nuevo Luna.

—Venganza —respondió Eiris que ya los había alcanzado, y caminaba tras ellos.

—¿Venganza?, ¿qué quieres decir?, ¿contra el hombre que la hirió?, ¿qué le sucedió? —interrogó Luna.

—El hombre que amaba se enamoró de otra mujer —explicó Eiris.

—¿Y qué quería que hiciera? —volvió a preguntar Luna. Pensó que le debían una explicación más amplia de lo que acababa de ocurrir, pero parecía que Sebastián y Eiris simplemente deseaban pasar la página, su interés estaba enfocado en el plan de respaldo al cual se refería el Guarnat.

—No le pregunté, pero seguramente no era nada bueno —admitió Eiris.

—Si tanto le interesa su venganza, porque no se ocupa ella misma y me deja tener mi piedra —bufó Luna frustrada.

Eiris se detuvo en seco, Luna hizo lo mismo arrepintiéndose de su leve arrebató, sintió que por alguna razón, había cruzado una línea imperdonable con sus palabras. Sebastián continuó caminando como si nada, dándoles un espacio a las chicas para que conversaran.

—Está totalmente prohibido por el Gran Consejo Mágico tomar represalias contra los humanos, sobre todo si está relacionado con un enamoramiento fallido, recuerda que los Patasits son producto de una decepción amorosa —dijo Eiris con voz calmada, no había ni un dejo de reprimenda en sus palabras.

Luna asintió retraída, e inmediatamente continuaron su marcha.

—¿Qué pretendía Sinserra?, ¿que yo cumpliera su petición de venganza y cayera sobre mí todo el peso del castigo del GCM? —se atrevió a preguntar Luna.

—No. Pretendía que quedaras exenta ante cualquier castigo, ya que todavía no se han establecido leyes sobre una humana con poderes sobrenaturales, no se ha determinado el alcance de tu magia.

—El GCM debe confiar mucho en mí para no haber dictaminado los límites que debo respetar —comentó Luna.

—Realmente confían en que nosotros sabremos controlar tus acciones —afirmó Eiris sonriendo, obviamente se refería tanto a ella, como a Sebastián y Aidan; y sus palabras no podían ser más ciertas, Luna no se atrevería a contradecir a sus amigos si le decían que no debía hacer esto o aquello, por lo menos así se sentía en esos momentos donde la inseguridad, la confusión y el temor de un futuro incierto, dominaban su alma.

—Oye Eiris, y ¿por qué Sinserra no utiliza su magia para influir en otro humano para que haga el trabajo sucio por ella? —preguntó Luna imaginándose todas las opciones que tendría la Elfa para lograr su cometido.

—Porque para lograr eso, tendría que manipularlo mágicamente, y eso dejaría un rastro directo hacia ella, pero contigo, si aceptabas hacerlo a cambio de la piedra, la responsabilidad caería completamente sobre ti, ya que cumplirías su petición por voluntad propia. No habría coacción si hay un trato entre ustedes —explicó Eiris pausadamente, tratando de que sus palabras calaran en Luna.

—¡Claro que habría coacción!, ¡sería un chantaje si necesito algo! —replicó Luna aferrándose a la idea de que existía cierta posibilidad de conseguir aquella roca tan atractiva para sus ojos, quizás podía lograr revertir de alguna manera, lo que fuera que le pidiese Sinserra luego de conseguirla.

—No lo necesitas lo suficiente como para hacerle daño a otro ser humano, tienes otras opciones —replicó Eiris con una sonrisa que transmitía paz.

—¿Las tengo? —curioseó Luna admitiéndose a ella misma que llegado el momento, preferiría no hacer el hechizo de luna, antes que cumplir la petición de venganza de la Elfa.

Eiris no tuvo oportunidad de contestarle afirmativamente, ya que su atención fue captada por la escena que se encontró en la plaza central del pueblo: Galvin estaba rodeado por Elfas y Diáfanas, cuyas carcajadas retumbaban por los aires festivamente, el chico las había embelesado con su fascinante personalidad, y juntos, estaban disfrutando un encuentro interesante.

—...entonces, le dije a Luna que no se subiera al árbol, porque a pesar de ser una flacucha de once años, supe que las ramas no iban a resistir su peso, pero ella no podía darme la razón en ese momento, tenía que demostrarme que estaba equivocado... —contaba Galvin apasionadamente una anécdota sobre su mejor amiga.

Luna sonrió al recordar ese momento vivido, no solo era un recordatorio de la felicidad que le había traído su amistad durante tantos años, sino que también demostraba el carisma particular de Galvin de convertir cualquier historia en una aventura divertida y emocionante, su ensimismamiento observando a su amigo fue interrumpido al distraerse con las señas que le hacía Sebastián, indicándole que se acercara hasta donde estaba. Eiris se dirigió hacia el pequeño puente sobre el riachuelo para apreciar mejor lo que ocurría en la plaza.

—Vamos a buscar la piedra para el hechizo —dijo Sebastián cuando Luna llegó a su lado.

—¿Buscar la piedra? Pero Sinserra dijo... —comenzó a balbucear la joven.

—En estos momentos no importa lo que dijo —interrumpió el Guarnat de la voz perturbadora—, yo

puedo escoger la piedra con tu ayuda, y el hechizo será igual de efectivo.

Luna lo siguió, aunque no entendió muy bien lo que estaba ocurriendo, ¿no le había dicho que ella tenía que escoger la piedra con la que mejor se identificara?, ¿ahora resultaba ser que él también la podía seleccionar? La seriedad de Sebastián no daba espacio para preguntas, lo que podía hacer en esos momentos, era seguirle la corriente. Unos metros más adelante, se adentraron a una vivienda similar a la de Sinserra, solo que esta, brindaba una iluminación más acogedora en su interior.

Dos Diáfanas se encontraban en su interior conversando entre risas mientras preparaban varios tipos de aperitivos; Luna asumió que eran para la concurrencia de la plaza, una de ellas era la hermosa criatura de brillante piel canela, la que les indicó cuando llegaron, que Sinserra tenía las mejores piedras para humanos; la otra, tenía cabellos rojizos y ojos café.

—¡Buenas tardes! —saludó Sebastián al entrar.

—Supongo que no tuvieron suerte con Sinserra —dijo la Diáfana de piel canela.

—¡No importa! —exclamó la Diáfana de cabellos rojizos—, quizás yo pueda ayudarlos.

Dichas estas palabras abrió una vitrina de gran altura y muchas repisas, en su interior se encontraban todo tipo de cristales y piedras de resplandecientes colores, además de varios artefactos mágicos, Luna había visto algunos de ellos anteriormente en manos de Proters.

—Por cierto, me llamo Furiol —mencionó la Diáfana de piel canela, y señalando a su compañera agregó—: ella es Anieta.

—Mucho gusto —replicó Luna intercambiando sonrisas con las chicas.

Le tomaron unos segundos a Sebastián fijarse en una piedra de jade, e inmediatamente le indicó a Luna que tomara su mano. Al hacerlo, el Guarnat utilizó su mano libre para tocar el objeto que captaba su mirada, y la sensación fue sorprendente. Desde la punta de sus dedos, la chica sintió como una ola de calor recorría su brazo hasta llegar a su pecho para luego expandirse haciéndola sentir grandiosa.

Sebastián analizó la reacción de Luna, determinando que había encontrado la piedra adecuada.

—¡La encontraste! —exclamó Anieta aplaudiendo llena de felicidad, y antes de que Luna se percatara de lo que estaba pasando, ya que lo que acababa de experimentar la había desorientado, observó como la Diáfana de cabellos rojizos agarró el jade para depositarlo en sus manos diciéndole—: toma, es toda tuya.

Impactada de recibir la piedra como regalo, luego de que Sinserra exigiera algo a cambio, se dejó llevar de nuevo hacia las afueras, y, al principio, no advirtió que llevaba un par de bandejas en sus manos con aperitivos para las personas que se encontraban reunidas, y que en la confusión, Sebastián tomó el jade, y lo guardó en uno de sus bolsillos.

Durante el corto recorrido, se encontraron a otras habitantes con bandejas de bebidas, todo el ambiente había regresado a la normalidad, a como se percibía cuando entraron a Carerunt, antes de que vieran a Galvin, al compañero de infancia de La Única con agradable personalidad carismática, quien ahora, era un amigo para todas.

Una hora después, y con pesar, se despidieron de sus invitados, porque, aunque era altamente improbable que alguien se atreviera a atacar a Luna rodeada de tantas aliadas, era mejor no tentar a la suerte.

Estaba oscureciendo cuando Sebastián, Eiris, Galvin y Luna estaban de vuelta en la cabaña de Shiretoko en Japón; el buen humor del humano era contagioso y tenía a todos riendo.

—Te vas a quedar a cenar, ¿verdad? —preguntó Luna tomando por los hombros a Galvin y clavando la mirada en sus ojos, como si tuviera el poder de persuasión y convencimiento—, tengo masa y salsa de mi mamá para que preparemos pizza.

—¡Claro que me quedo a cenar! —replicó Galvin; esa era su intención desde que dejaron atrás Carerunt.

Mientras Luna y su amigo se introducían en la cocina para iniciar los preparativos de la comida, Eiris se dispuso a distribuir por toda la residencia, unos suministros que habían sido enviados por la familia Polleo.

Sebastián se dedicó a recorrer vigilante los alrededores, acción innecesaria ya que estaban bien resguardados, sin embargo, le hacía falta el aire fresco y frío de la noche. En su camino de regreso, se detuvo a unos metros del ventanal que daba hacia la cocina, donde pudo observar a Luna y Galvin riendo; justo en ese momento, la chica había tomó una capa de masa con cinco agujeros y se la acercó sobre el rostro como una máscara.

No pudo evitar sonreír ante la escena, una agradable sensación calentó su pecho, y segundos después, desapareció para llenarse de tristeza y desesperanza, ¿cómo era posible sentirse tan bien y tan mal cuando estaba junto a Luna? Todo lo que se relacionaba con ella era una constante contradicción, entre sentimientos placenteros y desalentadores.

Sin una explicación aparente, Luna representaba en su vida, mucho más de lo que él estaba dispuesto a admitir, esa humana tenía la habilidad de hacerlo sentir entre desamparado y seguro. Ella era fuerte y potencialmente poderosa, pero también era de sentimientos delicados y necesitaba protección. Era insegura, pero consciente de que podía alcanzar grandes cosas. Sus palabras podían elevarlo o tumbarlo si así ella lo quería. Sí, Luna era una contradicción tras otra.

Aunque las prioridades de la chica estuvieran enfocadas hacia su familia y sus seres queridos, él sabía que sería capaz de seguirla hasta el fin del mundo cuando llegara el momento de que cumpliera su destino como La Única, sin importar las consecuencias de sus decisiones, fueran las más acertadas o no. No obstante, era un pensamiento irracional, estando junto a ella era difícil determinar que era lo correcto y lo que no, se le hacía dificultoso estar al mando, dirigiéndola y respondiendo sus preguntas, porque a veces sentía que Luna era la respuesta.

Y podrían atravesarse miles de obstáculos en su camino, podrían salir muchos heridos durante el proceso, pero estaba dispuesto a sobrellevar lo que fuera, porque junto a ella, todo valía la pena.

Sebastián pudo sentir como Eiris se acercaba, y era tarde para aparentar que no estaba

contemplando intensamente a Luna, sin embargo, no había nada que ocultar; su hermana dispuso que fuera él quien se encargara de todo el entrenamiento de La Única, sin explicárselo, la Diáfana sabía que Luna tenía la habilidad de ayudarlo a no sentirse tan vacío. Quizás hasta podía colaborar a averiguar la razón de sus lagunas mentales, pero él no se sentía en la capacidad de pedirle ayuda, él debía ser su protector, él debía mantenerse fuerte y seguro frente a ella; y si Luna era la clave para descubrir el motivo de todas sus dudas y problemas; el momento se iba a presentar cuando fuera oportuno.

Eiris se detuvo junto a Sebastián, y se mantuvieron en silencio por un rato, absortos en los pensamientos de cada uno mientras observaban como Galvin y Luna se divertían preparando la cena.

La hermosa Diáfana de cabellos dorados sacó una roca grisácea de su bolsillo y extendió el brazo para dársela a Sebastián. La noche anterior, él había dispuesto varias piedras similares a esa en las afueras, deseando que Luna se identificara con alguna, y así evitaran su viaje a Carerunt, pero fue inútil, ni siquiera se fijó en ellas.

—No había manera de saber anticipadamente con cuál piedra iba a establecer la conexión —dijo Eiris rompiendo el silencio entre ambos.

Sebastián asintió con la cabeza, Clea le había informado que tanto Sinserra como Anieta podían tener en su poder la roca necesaria para realizar el hechizo de luna, y aunque deseaba que la humana no tuviera que encontrarse con la Elfa, porque sabía que sus resentimientos la dominaban, fue algo que tuvo que intentar.

Entre sus averiguaciones iniciales sobre este encantamiento, pensó que el ser elemental que fuera a otorgar la magia de la cual se iba a apoyar Luna, era quien debía escoger los implementos necesarios para practicar el hechizo, y mientras durara, formar un vínculo intraspasable a otro ser.

No fue sino hasta después, con la ayuda de Miriyan, que descubrió que, si Luna escogía personalmente las hierbas, y la piedra, podría conectarse con cualquier criatura mágica, de acorde a las necesidades diarias de sus entrenamientos. Este nuevo descubrimiento lo hizo sentirse más tranquilo, precisamente, debido al poder que tenía la humana sobre él, le perturbaba la idea de crear un lazo tan íntimo con ella.

Por lo que entendió, cada vez que se apoyara de él para potenciar su magia, iba a sentir como si estuviera dentro de la humana; algo que le parecía intrusivo e incorrecto; y a pesar de que por las circunstancias del entrenamiento, lo más probable es que fuera inevitable que él fuera el ente pasivo del hechizo, le otorgaba cierta serenidad pensar que si se daba el caso, Aidan y Eiris podían formar parte del encantamiento en vez de él.

Todo esto se vino abajo cuando Sinserra quiso poner condiciones inaceptables para otorgarle la piedra a Luna, ahora le correspondía a él vincularse con la chica durante el periodo que funcionara el hechizo, no había tiempo para convencer a la Elfa, ni de posponer los planes, faltaban un par de días para el cumpleaños número dieciocho de la humana, al día siguiente saldría la luna llena y solo le quedaban un par de semanas de protección en Shiretoko gracias a los Corrutos; Luna debía estar mejor preparada

y más consciente de sus poderes para ese momento.

—Voy a moldear el jade para el encantamiento de mañana —le indicó Sebastián a Eiris.

—¿No te quedas a cenar? —preguntó Eiris consciente de que su hermano podía moldearla ahí mismo, sin necesidad de trasladarse a ningún lado.

—No, avísame cuando Luna se vaya a dormir para relevarte —replicó Sebastián.

Eiris no quiso contradecirlo y presenció como su hermano se desvaneció frente a sus ojos.

Durante la cena, la Diáfana, Galvin y Luna conversaron sobre diversos temas, dominados principalmente por la humana, quien le comentaba a sus amigos, sus experiencias con Sebastián como entrenador y todos los avances que había logrado. Al momento de la sobremesa, la chica se dio cuenta que pronto llegaría la hora de irse a acostarse a dormir, y no tenía ganas de terminar la velada, extrañaba vivencias como esa.

—¿Qué tal tu estadía con las Hadas del norte, Eiris? —preguntó Luna en un intento de alargar la conversación, aunque al parecer, no era necesario, sus amigos no tenían intenciones de retirarse pronto.

—Son bastante reservadas. No les gusta hablar del pasado, en particular sobre la época de La Guerra de los Tres Emperadores... —la Diáfana interrumpió sus propias palabras para perderse en sus pensamientos, como si recordara algo que no debía compartir, a los pocos segundos agregó—: no les agrada que exista otro humano con poderes mágicos.

—Imagínate si supieran que hasta te has hecho pasar por humana, como en aquella época en la que suplantaste a Luna en la escuela —dijo Galvin atropellando sus propias palabras, queriendo con esto, apoyar a Eiris en su intención de no hablar sobre su encuentro con las Hadas, en seguida miró a su amiga—. Tan indignado que estaba yo, igual que nuestros compañeros, creyendo que habías decidido cambiarte de colegio sin explicaciones ni despedidas, no puedo ni suponer todo el trabajo que implicó ocultarle a Pierah que Eiris se hacía pasar por ti, cuando te llamaban a tu casa o iban a buscarte.

—No fue tan difícil —replicó Eiris—, un poco de magia y la ayuda de tu madre y tus hermanas mayores facilitaron la labor.

—No creo que haya sido tan fácil, sobretodo tomando en cuenta que no puedes mentir —opinó Luna.

—No necesariamente, los Guarnats utilizamos términos similares a los humanos —agregó Eiris—. Tomemos por ejemplo la palabra corazón, al igual que ustedes, consideramos que es el órgano del cuerpo que impulsa la sangre, pero también lo nombramos como aquello relacionado con los sentimientos vinculados con el amor y otras noblezas. Para nosotros, es tan sincero decir que alguien ganó nuestro corazón cuando empezamos a quererlo, como cuando lo dicen los humanos. Es por eso que nuestra convivencia con la humanidad es tan viable, es por ello que fácilmente podemos tener en funcionamiento una empresa como VitaEco.

—También hay que tomar en cuenta que los Guarnats dicen lo que consideran que es cierto —intervino de nuevo Galvin de forma atropellada—, por ejemplo si yo le digo a Eiris que cuando tenía cinco

años, mi pantalón favorito era de color rojo, es lo que ella va a creer como verdadero, y eso es lo que va a repetir, aunque en realidad el color era azul, no sé si me explico, la verdad es subjetiva, lo cual ha facilitado que los Sombríos puedan manipular a su antojo.

—Como están manipulando a Pierah —replicó Luna.

—¿Qué te parece si tomas una ducha para refrescarte mientras nosotros recogemos la mesa y limpiamos? —preguntó Galvin distraído a su amiga—, mañana te toca un gran día debido al hechizo de luna, y después, la celebración de tu cumpleaños...

—¿No les parece irresponsable que me esté tomando unos días libres, cuando el tiempo apremia y todavía no controlo mis poderes? —interrumpió Luna.

—¡Nada de eso! —negó Galvin—, precisamente porque estás tomando demasiada responsabilidad sobre ti, es que debes tomar un descanso —luego se dirigió a Eiris—, ¿le mostraste los productos de higiene personal que le envié Caressa? —de nuevo miró a Luna—, ha estado experimentado con frutas, hierbas y flores, y tengo entendido que son una maravilla tanto para los cabellos como para la piel.

—Ya los ubiqué en su baño —intervino Eiris.

—¡Ve, ve! —el tono de voz de Galvin sonaba a mandato, y Luna no quiso discutir con él, las palabras salían de su boca como una metralleta y no daban oportunidad de procesar lo que hablaban.

Luego de una larga ducha, disfrutando cada producto que le envió su madre, Luna estaba dispuesta a seguir compartiendo con sus amigos, pero ambos se encontraban en su habitación para despedirse.

—¿Ya se van? —preguntó Luna con pesar.

—Creo que deberías descansar —dijo Eiris.

—Nos vemos mañana antes de tu cumpleaños —agregó Galvin.

—Antes de irte, ¿puedes aclararme unas dudas? —inquirió Luna dirigiéndose a Eiris, sobretodo porque prefería preguntarle a la Diáfana en vez de a Sebastián.

—Por supuesto —respondió Eiris haciéndole un gesto a la chica para que se sentaran en la cama.

—¿Qué tipo de piedra era esa que identifiqué en casa de Sinserra?, ¿por qué ella dijo que no funcionaría otra de la misma naturaleza?

—¡Ah! —exclamó Eiris—, en casa de Sinserra te identificaste con una piedra lunar, y debido a la conexión que hiciste con ese objeto, ninguna otra similar funcionaría si quieres utilizarla en el hechizo de luna.

—¿Una piedra lunar?, ¿quieres decir una roca de la luna?, ¿esa que está allá arriba y que da vueltecitas a nuestro alrededor? —interrogó Luna sorprendida.

—Sí, un fragmento de la luna como muchos otros que fueron catapultados hacia la tierra, hace millones de años debido a impactos de meteoritos. Muy pocas de esas piedras han sido ubicadas por los humanos, otras tantas, están en poder de los seres mágicos para ser utilizados en hechizos —explicó Eiris.

—¿No te acuerdas cuando la profesora Sandy nos explicó eso en una clase de ciencias? —intervino



Galvin—, cuando nos dijo que la luna tiene no sé cuántos millones de cráteres causados por meteoritos destinados a chocar con la tierra, pero que debido a su fuerza de gravedad chocaron con ella, que por eso el ochenta por ciento de su superficie está destruida, ¿no te acuerdas?

—Creo que sí —admitió Luna dudosa, pero no era eso lo que quería saber—, hoy tuve la impresión de que fuimos en búsqueda de esa piedra en específico, sentí como que ustedes sabían que necesitaba “esa” roca y no otra.

—Teníamos la corazonada de que te ibas a identificar con la piedra lunar que alguien tenía en su poder en Carerunt, la manera como procesan y trabajan las piedras allá, le dan una fuerza mágica especial, pero no queríamos predisponerte, sobretodo porque no estábamos seguro de quién la poseía —dijo Eiris.

—Las chicas del club de los corazones rotos son reservadas, no andan vociferando por ahí sus pertenencias. Sebastián indagó un poco, solo lo suficiente para saber que en ese lugar podías encontrar la que necesitabas —agregó Galvin.

—¿Y por qué una piedra lunar?, ¿por qué no una esmeralda, un rubí, un diamante?, o no sé, ¿un cuarzo?

—Sebastián supuso que, si tú ibas a escoger la roca para el hechizo, debía ser una que estuviera infaliblemente relacionado con tu poder. Intentó probarte dejando al azar, aquí en la cabaña y en sus alrededores, piedras que quizás podrían atraerte, pero ni siquiera te fijaste en ellas; esto le hizo pensar en que si La Leyenda dice que serás bendecida por la luna y las estrellas, una piedra lunar era lo más lógico a buscar. Tiene mucho sentido; la luna es un estabilizador global, su fuerza de gravedad permite la oblicuidad del planeta, gracias a ella tenemos la distribución de la luz solar que otorga los sistemas climáticos, y la existencia de la vida de todos los seres como la conocemos hoy en día, y eso es lo que representas tú como La Única, el equilibrio y la estabilidad necesaria en el mundo mágico.

Luna quedó sin palabras ante la explicación, el simple hecho de recordarle su destino en toda esta historia, la hacía erizarse de pies a cabeza, ya que era algo que no le gustaba pensar mucho, simplemente prefería sobrellevar el día a día, y sin embargo, una duda más quedaba en su mente.

—¿Y por qué no puedo utilizar otra?, ¿por qué tiene que ser esa piedra en específico? —preguntó Luna.

—Al sensibilizarte para ubicar los instrumentos adecuados para el hechizo de luna, tu mente se preparó a conectarse con las hierbas y la piedra que escogieras, al identificarte con la de hoy, te condicionaste a acceder que solo esos componentes son los que tu cuerpo va a aceptar como parte del encantamiento, otra roca lunar no funcionaría —contestó Eiris.

—¿Eso qué significa?, ¿que ya no funcionará el hechizo?, ¿entonces por qué Sebastián escogió otra piedra si no va a servir de nada? —insistió Luna.

—Si va a funcionar, solo que de otra manera. Si escogías tú todos los componentes, ibas a ser capaz de utilizar la magia de cualquier ser mágico que se ubicara cerca de ti, pero ahora, vas a tener una

conexión intransferible con Sebastián mientras dure el hechizo —explicó la Diáfana de hermosos ojos azules.

—¿Durante dos semanas?! —preguntó Luna escandalizada, la idea de catorce días vinculada “intransferiblemente” a él, la perturbaron enormemente.

—Solo mientras utilicen el artefacto producto del hechizo, lo cual será durante los entrenamientos, y siempre y cuando te estés apoyando de Sebastián para potenciar tu magia con la suya —replicó Eiris.

—Es una lástima que se pierdan las hierbas que me dio Suni, eran tan hermosas y las sentía tan irresistibles —comentó Luna apesadumbrada.

—¡Para nada! Utilizarán esas hierbas, que en conjunto con el jade que escogió Sebastián, procurarán un vínculo más potente entre ustedes, lo cual te beneficiará mucho más. El hechizo será aprovechado al máximo —explicó la Diáfana.

—¡Ojalá! —exclamó Luna—, me cuesta mucho canalizar mis emociones, y a pesar de que a veces tengo éxito, porque he podido avanzar un poco, ¡son tantas las cosas que ocupan mis pensamientos!: Pierah, La Leyenda y todo ese asunto de tener que enamorarme de un descendiente puro de Tulúa, es difícil no pensar en ello, además extraño a mi familia, mis amigas, mi vida de antes —inmediatamente se percató que prácticamente le estaba admitiendo a la hermana de Aidan que no lo amaba, pero no podía contener sus palabras—. No puedo evitar sentir que es absurdo que el destino de la humanidad depende de que me enamore de alguien en particular.

—Yo sí le veo la lógica al asunto —intervino Galvin—, lamentablemente los humanos regimos muchas veces nuestras decisiones con cinismo y superficialidad, el éxito de “las grandes cosas” se basan en cálculos fríos y la insensibilidad. Odio la expresión “no es personal, son negocios”, cuando claramente siempre es personal, siempre salen afectadas personas, ¿acaso creen que las consecuencias recaen sobre rocas? Pero, si el amor y todo lo que está relacionado con sentimientos puros, son la base de las decisiones; si un amor entre dos seres particularmente poderosos es lo que va a determinar nuestro futuro, tendrán una fuerza que no posee nadie más.

—El amor es la salvación de la humanidad —comentó Eiris con la mirada perdida.

—El amor es la respuesta —afirmó Galvin mirando fijamente a la Diáfana.

—No a todos les toca vivir la misma historia de amor —dijo Eiris devolviéndole la mirada al chico—, a veces buscando experimentar algo parecido a un cuento real o ficticio, oído o atestiguado, hay personas que pueden enamorarse de la persona equivocada.

—Yo no creo que un corazón noble e inteligente puede equivocarse tan fácilmente —replicó Galvin sosteniendo la mirada de la Diáfana.

Luna tuvo problemas para darle crédito a lo que presenciaba, a pesar de que las explicaciones de Galvin tenían cierto sentido para ella, se dio cuenta que, con sus últimos intercambios de palabras, no hablaban de La Leyenda, estaban hablando sobre ellos. Su mejor amigo se había enamorado de Eiris, y esta le decía que se había equivocado al hacerlo.

Luego de que sus amigos se despidieran, tardó en quedarse dormida analizando todo lo conversado esa noche, no quiso preocuparse por los sentimientos no correspondidos de Galvin, en caso de que fuera así, porque no estaba muy segura de que Eiris no sintiera algo por él, en estos últimos meses se habían vuelto inseparables, y no parecía que los emociones solo provinieran de parte de uno de ellos.

Repasó las explicaciones que le habían dado, tratando de conseguirle un orden a las ideas, pero no lo logró exitosamente, el comportamiento de todos los seres que la rodeaban era confuso e inestable: Aidan estaba descabezadamente enamorado y optimista, su amigo, que normalmente era centrado y sereno, se veía contradictoriamente preocupado, Eiris estaba extrañamente distraída muchas veces, y Sebastián...

No quería pensar en él, su presencia era lo que más le afectaba en todo este asunto.

Se preguntó si era posible que los seres mágicos tuvieran trastornos psicológicos al igual que los humanos, si alguno sufría de bipolaridad o algo parecido, después de lo que había vivido, no parecía imposible, aunque pensándolo bien, si los Guarnats tenían la capacidad de percibir desequilibrios, ¿no podrían solucionar algún desequilibrio en su mente en caso de que lo padecieran? Posiblemente estaba sobre analizando las cosas más de la cuenta, todo lo que ocurría era complejamente complicado, y nada era como aparentaba.

\*\*\*\*\*

Cuando Luna abrió los ojos, pudo contemplar las estrellas desde su ventana, no supo si había dormido unos pocos minutos o ya era el día siguiente por la noche. Supuso que era el siguiente día por lo descansada que se sentía. Escuchó un ruido en la planta inferior y no hacía falta asomarse para saber que era Sebastián.

Encendió la luz del cuarto, y vio sobre la silla del escritorio un traje blanco de pantalón y chaqueta, elaborado con aquella famosa tela de Elfos para conservar el calor corporal, recordó que esa noche iba a realizar el hechizo de luna en el Everest, y se erizó por la excitación y el miedo que experimentó al mismo tiempo.

Luego de prepararse, bajó las escaleras, y sobre la mesa del comedor, se ubicaban diferentes manjares y el acostumbrado vaso de bebida azulada. Sebastián estaba de pie en el exterior, y junto a la puerta abierta, se observaba una mochila donde Luna supuso se encontraban los materiales que iban a utilizar en su excursión.

La chica se sentó a comer y el Guarnat de los misteriosos ojos verdes se acercó para acompañarla, ninguna palabra fue pronunciada, ella sintió que él no estaba de ánimos para conversar. Al terminar de recoger y justo antes de partir, Sebastián sacó de un bolsillo de la mochila una horma de delgado grosor en forma de medialuna, que aunque tenía tonos grisáceos, Luna identificó que era la piedra de jade que habían conseguido en casa de Anieta; el chico la había moldeado de esa manera.

—¿Me permites tu dije? —preguntó Sebastián refiriéndose al collar con la joya en forma de media luna que le había regalado a la humana la noche que despertó sus poderes.

Luna dudó por unos segundos, a pesar de que anteriormente le pertenecía al Guarnat, sentía que esa pieza era parte de ella, no quería desprenderse de algo que le daba cierta sensación de seguridad.

—Solo quiero probar algo, pronto te lo voy a devolver —agregó Sebastián.

Cuando la joya estuvo en las manos del Guarnat, calzó la horma de jade alrededor del dije para verificar que las medidas eran correctas, luego se lo devolvió a Luna guardando el molde en el mismo bolsillo donde lo había sacado.

—Vamos —indicó Sebastián colocando la mochila en su hombro, y tomando a la chica de la mano la transportó a la cima del Everest.

El cambio de escenario se apreció de manera extraña, Luna no sintió ni frío ni calor, le tomó unos segundos percatarse que estaban bajo una cúpula cerrada donde se respiraba un aire refrescante, no supo si era de día o de noche, una ventisca nevada los rodeaba.

Suspendidos en el aire, se ubicaban sentados uno frente al otro, en medio de ellos se observaba un cuenco de cristal transparente, donde Sebastián fue depositando la horma de jade, las hierbas de *clatera*, *siminu* y *zito* finamente cortadas, unas bolitas diminutas de colores similares a las plantas, además de unos polvos escarchados.

—Es hora, luna llena —indicó el Guarnat estirando sus brazos para que Luna tomara sus manos, el cuenco se interponía entre ambos.

—¿Qué hago? —preguntó Luna.

—Siente —respondió Sebastián.

Ante los ojos asombrados de Luna, todos los componentes sobre el cristal comenzaron a elevarse mientras eran rodeados por unas luces espirales de los tonos de las hierbas y la piedra, un cosquilleo recorrió el cuerpo de la chica; uno que no daba risa, ni causaba incomodidad, sino que le daba placidez.

Poco a poco, las hierbas se fueron uniendo con las bolitas y los polvos envolviendo la horma de jade, hasta adherirse a sus paredes y colarse en sus poros. Ahora solo se veía el molde verdoso y todo lo demás había desaparecido. Durante el proceso, Luna pudo sentir la magia proveniente del Guarnat de los misteriosos ojos verdes, fue él, y nadie más, quien practicó el hechizo con sus poderes mentales, algo maravilloso de observar y percibir.

Sebastián soltó las manos de Luna y tomó la horma que todavía se encontraba suspendida en el aire. Sin decir nada, se inclinó hacia la chica, y abriendo un poco el cierre de su chaqueta, colocó el molde alrededor del dije.

La chica permaneció inmóvil, sorprendida por los movimientos del chico, ya que esa intimidad y contacto no eran propios de él; aunque lo que más le impactó de todo, es que le pareció notar cierto nerviosismo en sus ojos.

Apenas el Guarnat volvió a su posición, Luna pudo sentir una ola de energía que la dominó de pies

a cabeza, la conexión mágica del hechizo se estaba estableciendo, ese vínculo intenso que iba a durar hasta que terminara su efecto un par de semanas después, el pecho de Sebastián se expandía y contraía curiosamente.

Un sutil gemido de placer se escapó de los labios de la chica, lo que sentía en todas sus terminaciones nerviosas la sobrecogían increíblemente, hasta que paulatinamente se fue disipando. Ahora se creía invenciblemente poderosa.

Luna retrocedió por acción de reflejo al ver que Sebastián volvía a acercar sus manos para tomar de nuevo el molde.

—El artefacto va a ser utilizado únicamente cuando vayamos a entrenar los días siguientes a tu cumpleaños —susurró el Guarnat de los misteriosos ojos verdes.

—Prefiero que no celebremos mi cumpleaños, y comencemos a utilizarlo de una vez —replicó Luna firmemente, sin dar cabida a una pizca de duda en su voz.

Sebastián no dijo nada, simplemente mantuvo su mano extendida, ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Al cabo de unos minutos, la mirada del Guarnat pudo más que la determinación de Luna, y como niña regañada, sacó de mala gana la horma calzada en su dije, para soltarla en la palma de su acompañante. Entonces se sorprendió al sentir el contacto del chico al rodear su mano con los dedos, una sensación de vacío revolvió su estómago como si estuviera montada en una montaña rusa, y una paz interior suplantó el gran poder que sentía segundos antes.

En estado de trance se dejó trasladar de nuevo a la cabaña, y como si no pudiera tomar decisiones propias fue guiada a su habitación. Su cuerpo parecía estar hecho de gelatina y no se sentía decaída, simplemente estaba tan relajada que no controlaba sus movimientos. Sebastián le quitó la chaqueta y la llevó hasta su cama, donde sin cambiarse la vestimenta, permitió que el Guarnat la acostara bajo las sábanas.

—Descansa —dijo Sebastián inclinándose para darle un tierno beso en su frente, este sencillo gesto dibujó una sonrisa en el rostro de ella, haciéndole sentir muy feliz, pero al igual que su sueño un par de noches atrás, a la mañana siguiente, no lo recordaría.

¿Quieres seguir leyendo esta historia?  
Adquiere tu ejemplar en: <http://tinyurl.com/selfooo>

**Guadalupe Cuahonte-García®**

Twitter . Instagram . Facebook

@misticaturale

[www.misticaturale.com](http://www.misticaturale.com)